

LA ULTIMA SEÑORA DE ÍNSUA.

NOVELAS Y LEYENDAS.

LA
ÚLTIMA SEÑORA DE ÍNSUA.

NOVELAS Y LEYENDAS.

RECUERDOS DE GALICIA

POR

DON FERNANDO FULGOSIO.

MADRID,
LIBRERÍA DE DON LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,
calle del Cármen, número 13.

1867

MADRID, 1867.—IMPRENTA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, 3.

Á

LA MEMORIA DE MIS PADRES,

Fernando Fulgosio.

Il y a toujours, *Dieu merci*, des Bretons, des Normands, des Lorrains, des Provençeaux, *et on n'est pas moins bon Français pour avoir conservé de l'attachement à sa province natale.*

—*Économie rurale de la France depuis* 1789, par M. L. de Lavergne, membre de l'Institut, etc. 3.ª edition. Paris, 1866.—

Fácil la crítica en disimular mis faltas, y constante el deseo en alentarme á escribir; única ambicion de toda mi vida, desde la infancia; habrá de perdonarme el lector si de nuevo halla mi nombre en la portada de un libro.

Las leyendas se han publicado en el *Museo Universal*, *Revista Hispano-Americana*, *Época*, etc. Las novelas, que son LA ÚLTIMA SEÑORA DE ÍNSUA y LA HOZ DEL HUÉCAR, se publican ahora por la primera vez.

Impulso irresistible, que me ha movido á escribir estos renglones, me estorba el acabar aquí mismo, cual yo lo deseára.

Amistosamente, y por decirlo así, en voz baja, me han acusado algunos de anteponer el amor á Galicia al que á mi patria era debido. A cargo tan infundado é injusto, y mucho más si se une el de no querer bien á otras provincias, por desemejantes, y áun opuestas á la tierra de mis padres, contestaré en verdad y en conciencia.

Tengo por verdadero fratricida á todo Español que, con sus acciones ó palabras, intente sembrar enemistad entre sus hermanos. El patriotismo provincial, como se ha solido comprender en várias regiones de la península, es ridículo á menudo, y áun á veces pernicioso. Cierto que no hay miedo de ver semejante provincialismo por Galicia, ántes bien fuera preferible á la apatía presente.

Mas, por qué no dejar á un lado toda exageracion? Ya que con tan escaso discernimiento solemos imitar á Francia, patria de la centralizacion exagerada, justo es repetir aquí las palabras con que M. Léonce de Lavergne, en su excelente obra; ya clásica;

sobre la agricultura francesa, da muestras de comprender el verdadero patriotismo:

«Aun hay, *á Dios gracias*, Bretones, Normandos, Loreneses y Provenzales, y *nadie deja de ser buen Frances por haber conservado cariño á su provincia natal.*»

Así comprendo tambien el amor á España, así el amor á Galicia.

LA ÚLTIMA SEÑORA DE ÍNSUA.

LA ÚLTIMA SEÑORA DE ÍNSUA.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Entre la ria de Betanzos y el valle de Lambre se extiende una lengua de tierra montañosa, de escarpadas riberas, por ambos lados vestidas de árboles, praderías y viñedo; várias parroquias tienen en lo más alto la iglesia, y en torno de ella yacen las casas como desparramadas, si bien la mayor parte á la vista, semejando rebaños de pacíficas ovejas, las cuales se apartan en pequeños grupos, y áun separadas, á sestear á la sombra de los más copados árboles, pero sin alejarse del todo del pastor que las guarda.

Es el extremo de esta hermosa comarca un peñascoso promontorio, cuya basa, rodeada de sus propias rocas, desprendidas por el tiempo y los embates del mar,

servia, no há muchos años, de fundamento á una hermosa posesion, rodeada de jardines.

Llámase el sitio Ínsua, bien porque tal fuese el nombre de su primer poseedor, como quiere la tradicion, ó ya porque en tiempos pasados fuese tenido por isla; lo que parece más probable.

De todos modos, no puede darse sitio más á propósito para un fuerte castillo en los tiempos de la Edad-Media, ni para palacio de recreo en los presentes. Tal les pareció tambien á sus poseedores; con lo que el castillo de Ínsua, no sin razon así llamado, se componia de un macizo y espacioso cuadrilongo de considerable altura, coronado de almenas, debajo de las cuales corrian, á gran trecho unas de otras, angostas ventanas góticas, cuyos marcos eran de cárdenos y vetustos sillares, así como todo el edificio; más abajo se veian no pocas saetías en formidable hilera, si bien es justo decir que la mayor parte estaban tapiadas, sirviendo las demas de respiradero á graneros y despensas; empleo harto más humilde de aquel para que se construyeron.

Nada más habia en el oscuro murallon, á cuyos piés se elevaba un edificio de construccion moderna, ridículamente blanqueado, pero dispuesto en lo interior con más comodidad que el castillo. En casi todas par-

tes hace mal efecto el blanqueo; artísticamente hablando; pero en el campo no puede darse efecto más lamentable; por eso le he llamado ridículo al hablar del castillo de Ínsua. Con todo, no dejaba éste de pasar por una maravilla en los tiempos á que me refiero; esto es, á fines del año treinta.

Por aquel tiempo hablaban de él como de cosa en verdad sorprendente, en muchas leguas á la redonda, á lo cual contribuia no poco el buen corazon, prosapia ilustre y riqueza de su señor.

Mas, en esto, llegó el otoño, y con él la caida de la hoja, época triste y peligrosa para los valetudinarios. Sucedió que una tarde, á fines de Noviembre, empezaron á agolparse muchas personas á la puerta del castillo que daba al campo, desde la cual se extendia secular alameda de corpulentos árboles, hasta una pequeña capilla románica, que se alzaba á regular distancia en el más próximo altozano.

Entre la gente que se agolpaba, sólo se veian mujeres, niños y tal cual anciano impedido, mas no habia un solo rostro que no demostrase profunda afliccion y amarguísimo desconsuelo. Hablaban unas mujeres que llevaban sus hijos á los pechos, con ademan propio de aquel que teme daño inminente para sí ó los suyos; enmudecian otras, con los ojos puestos en el suelo;

lloraban las más, y todas manifestaban en sus rostros y ademanes verdadero dolor.

Abrieron en esto pausadamente las dos hojas de la desmesurada puerta, y entónces lloraron á una mujeres, niños y ancianos impedidos.

Ricos de la tierra, qué haceis en Madrid? Por qué malgastais en él vuestra fortuna, sin dignaros siquiera emplear una mínima parte de la vida en ayuda de vuestros labradores, cuyas penas podrias tan fácilmente aliviar? Ah! sólo por veros queridos como lo fué el señor de Ínsua deberiais imitarle!

Cesaron de repente lástimas y clamores, y todos abrieron paso al signo de la redencion. Detras venian á cada lado, en sendas hileras, los numerosos colonos de la casa, destocada la cabeza, llevando hachas encendidas en la mano, miéntras un largo y ancho pedazo de paño de somonte les cruzaba el pecho y la espalda, á manera de banda, desde el hombro derecho al lado opuesto. Larga era la procesion, y todos volvian la cabeza como buscando á su padre, y todos la inclinaban tristemente llorando.

Mas en esto, y á pesar de los consejos y mandatos de los hombres, volvió con más fuerza el llanto, hasta que se oyó el sordo murmullo de la voz del sacerdote rezando un responso.

Seis robustos y valientes granaderos del provincial de Betanzos, hijos todos de colonos del señor de Ínsua, llevaban un ataud cubierto de blanco manto, entre cuyos pliegues resaltaba la roja insignia de Santiago. Era el sacerdote ya viejo, de alta estatura y escaso cabello, y miéntras rezaba con trémula voz, le respondian á un tiempo el pueblo y varios caballeros, de edad, que cerraban el acompañamiento. Entre ellos habia un anciano de blanco bigote y venerable presencia, cuyos ojos permanecian secos, pero el rostro expresaba dolor incomparable. Con todo, nadie respondia con voz más firme al eclesiástico.

Era hermano del difunto señor de Ínsua, cuyo cadáver acompañaba á la última morada, yendo él á la cabeza del duelo; y se llamaba D. Pelayo Sada de Ínsua, que tal era el apellido de la familia.

Violento nordeste arrancaba las últimas y secas hojas de los árboles, extendiéndose por el mar, desatado en espantable tempestad: eran las olas de color verde oscuro, de pardas y negras nubes se hallaba cubierto el firmamento, de duelo la tierra, de llanto el rostro de cuantos respondian al responso. Pusiéronse en seguida en movimiento; mas ántes de dar un paso, los granaderos se detuvieron al oir el grito de un niño.

Presentóse éste con el rostro pálido y como hu-

yendo de los que le perseguian; tendria unos doce años; larga y rizada melena, descompuesta á la sazon, cubria en parte su rostro hermoso, lleno de lágrimas; mas al ver el ataud, y sin que nadie osára estorbárselo, cayó sobre él, abrazándole y dando lastimeros gemidos. Los granaderos, mudos hasta entónces y silenciosos como estátuas, torcian el rostro ó cerraban los ojos, por no llorar.

El niño era hijo único del señor de Ínsua, y todos le miraban con el mismo cariño que á su padre; de ese modo nadie se atrevió á separarle de aquel sitio; mas una niña poco menor, rubia, igualmente llorosa y de rostro angelical, que con otras mujeres habia venido detras de él, le tomó suavemente de la mano, diciendo:

«Vén, Ramiro.»

Obedeció el niño, y fueron poco á poco cerrando la puerta, y el cortejo siguió tristemente su camino.

Desde la ventana del castillo se veia el humo de las hachas, que apagaba el viento, y los blancos pliegues del manto de Santiago, que á veces entorpecian el andar de los granaderos.

Aun parecia que sonaban por las secas hojas del suelo las pisadas de la gente, cuando llegó el clamoreo de las campanas, cuyo fúnebre tañido interrumpia harto amenudo el nordeste.

CAPÍTULO II.

El señor D. Benito Sada, señor de Ínsua, era mayorazgo de una ilustre y antiquísima familia de Galicia, en donde, como una de las personas de más representacion, mandaba el provincial de Betanzos desde su juventud. Harto de hallarse soltero toda la vida, y viendo, sobre todo, que su único hermano no tenía tampoco hijos, llamó un dia al capellan, diciéndole lo siguiente:

«Señor D. Veremundo, no he tenido, como se ve por mi vida, grande aficion al matrimonio, pero ántes que todo son mi nombre y la casa. Pelayo, mi hermano, no tiene hijos, pues todos se le han muerto hasta ahora, con lo que es preciso, señor D. Veremundo, que me busque usted esposa.»

Abrió los ojos D. Veremundo, atónito, sin saber

qué responder, y cuando ya empezaba á tartamudear, le atajó el señor de Ínsua.

«Señor D. Veremundo, tiene usted para elegir las siete provincias de Galicia (1), y en cuanto á mí, estoy seguro de que no habrá en todas ellas una sola señorita soltera que desdeñe al señor de Ínsua.»

Dos horas despues salió D. Veremundo del castillo, caballero en una buena mula, y con un mozo de espuela delante. Segun parece, el buen capellan era digno de toda confianza, pues á los seis meses se verificó en el castillo de Ínsua el enlace de su señor con la señorita doña Felicidad Mosquera del Rivero, hija menor de una nobilísima familia de Orense.

Ni paró en esto la satisfaccion de los deseos del mayorazgo, pues al año nacia su hijo Ramiro. Mas entre los plácemes del nacimiento, murió la madre de sobreparto, viéndose el señor de Ínsua sin otro consuelo que su hijo y la compañía de su hermano Pelayo, el cual enviudó tambien al cabo de algunos años, quedándole únicamente una niña, nacida despues de Ramiro.

Desde entónces, el señor de Ínsua, que siempre habia sido buen caballero y por demas honrado, se

(1) Siete eran, en efecto, las provincias de Galicia, á la sazon.

dedicó á hacer todo el bien que pudo, al paso que atendia á la crianza y educacion de su hijo.

Este y Aurora, la hija de D. Pelayo Sada, vivieron juntos desde niños en el castillo, queriéndose por hermanos, pues como tales se consideraban, siguiendo de este modo hasta la muerte del señor de Ínsua, el cual dejó á D. Pelayo, tutor y curador de Ramiro.

Un mes haria de la muerte de D. Benito Sada, cuando el hermano se encaminó á la capilla, llevando á su hija Aurora y á su querido sobrino Ramiro. Hallaron á la puerta al anciano sacerdote que acompañó el entierro, á quien dijo D. Pelayo:

«Señor D. Veremundo, aquí está Ramiro, que viene á orar sobre la sepultura de su padre.»

«Bien venidos», contestó el anciano sacerdote, «de paso oirán ustedes la misa que voy á decir.»

Entraron en la iglesia, y se llegaron los tres al pié del altar mayor, á cuya derecha habia una gran losa, que, encabezando con la cruz de Santiago, decia:

†

AQUÍ YACE
EL SEÑOR D. BENITO SADA Y FIGUEROA,
DÉCIMOQUINTO SEÑOR DE ÍNSUA,
CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO Y CORONEL DEL PROVINCIAL
DE BETANZOS.

R. I. P.

D. Pelayo, conteniendo el llanto, miró al niño, el cual permanecia inmóvil y clavados los ojos en la sepultura de su padre.

«Llora, hijo mio, llora, si quieres», le dijo el anciano, «llora y no te contengas delante de nosotros.»

«No puedo», replicó éste, «déjeme usted rezar.»

Y cayó de hinojos al lado de su prima, la cual estaba desde el principio en semejante postura. El pequeño templo se hallaba desierto; triste y apagada luz penetraba en él por las estrechas ventanas y el roseton circular de la fachada; el viento, que pasaba al traves de los resquicios de los pintados cristales, agitaba las luces del altar; y las losas del suelo, que eran, en su mayor parte, sepulturas, estaban negras y resbaladizas de la humedad.

D. Pelayo entró en la sacristía, dejando solos á los niños miéntras oraban.

Puestos detras de la cortina él y D. Veremundo, apénas podian contener las lágrimas, al ver á aquellos dos hermosos niños de ocho á doce años, con la cabeza inclinada y las manos en cruz.

Acabada la misa, D. Veremundo se puso en pié con un libro abierto en la mano, y al lado de la sepultura del último señor de Ínsua. Don Pelayo asió al niño de la mano, y encaminándose desde el banco

frontero del presbiterio, á cuyos piés habian oido la misa de rodillas, hasta donde se hallaba esperando el sacerdote, dijo:

«Ramiro! de rodillas sobre la losa de tu padre!»

Ramiro obedeció temblando.

El sacerdote presentó al niño el libro, diciéndole:

«Décimosexto señor de Ínsua, vais á jurar de rodillas, en la sepultura de vuestro padre y con la mano puesta sobre los Evangelios, lo que siempre han jurado vuestros antecesores.»

«No tiembles, Ramiro», le dijo su tio, cogiendo con su diestra las dos manecitas de Aurora, que se habia llegado hasta él.

«Señor de Ínsua, vuestro padre, al morir, dejó encargado á vuestro tio y tutor, que nos escucha, os hiciese jurar lo siguiente: Jurais ser cristiano hasta la muerte, y morir, si necesario fuese, en defensa de nuestra santa fe católica?»

«Lo juro», contestó el niño.

«Ahora me toca á mí», dijo el tio. «Has jurado de rodillas fidelidad á tu Dios. En pié! que ahora estás ante los hombres. Juras ser buen caballero, como lo han sido tu padre y los suyos?»

«Lo juro.»

«Dos sagrados juramentos has hecho sobre la mis-

ma losa de tu padre. Que Dios te castigue, privándote de tu herencia, si eres perjuro.»

El niño, que hasta entónces habia estado conteniéndose para no llorar, cayó en brazos de su tio, derramando un torrente de lágrimas; mas enjugándolas de pronto, exclamó:

«Tio, he cumplido con la voluntad de mi amado padre, pero yo tambien quiero hacer un juramento que me sale del corazon!»

«Te advierto, Ramiro, que eres menor de edad y estás bajo mi tutela; de manera que debo preguntarte ántes en qué consiste el juramento que quieres hacer.»

«No hay inconveniente, tio mio—Juro—» dijo el niño; y ya alargaba la mano sobre el libro que áun tenía abierto el sacerdote.

«No, Ramiro, no; justamente lo que te digo es que pongas ántes en claro lo que vas á jurar.»

«Cosa bien sencilla, tio», dijo el niño, pasándose la mano por los ojos, «voy á jurar el casarme con Aurora en cuanto tenga edad para ello.—Yo soy el mayorazgo, tio; la pobrecita Aurora no tendrá más que su lugar (1) de usted de Miño, y la horfandad

(1) Lugar, en Galicia, es una subdivision de la parroquia, formada á veces por una sola casa.

de capitan, que es todo lo que la puede usted dejar; con que, justo es reparta con mi hermanita lo que es de nuestra familia.»

«Consienta usted, señor D. Pelayo», exclamó Don Veremundo enternecido, «el cielo se lo aconseja sin duda.»

«Con todo eso», respondió harto conmovido el veterano, «me es imposible consentir en tu juramento, hijo mio, porque hasta ahora no tienes edad ni razon suficientes para saber lo que vas á jurar.»

Por más que el niño lloró, y suplicó D. Veremundo, fuéles imposible recabar el permiso para el juramento.

«Pues no he jurado otras cosas?» decia Ramiro.

«Sí, pero en ello cumplias con la voluntad de tu padre. Y si ahora jurases de esa manera en vano, en sitio y ocasion tan sagrados, ofenderias á Dios; no es verdad, Aurora?»

«Sí, padre mio, tiene usted razon», contestó la niña.

CAPÍTULO III.

Despues de los vientos y nieblas del invierno, y de las lluvias de primavera, Galicia se muestra tan fresca y risueña, tan hermosa y llena de atractivo, que es preciso ser ciego del entendimiento para no llenarse de gozo y alegría á su vista. Verdad es que hubo tiempo en que los poetas más eminentes estudiaban á la naturaleza en el Ariosto, con lo que estaban dispensados de conocerla, y si alguna vez daban con ella, era efecto del talento, que no de la voluntad; mas hoy, á quien halle todavía fea á Galicia, y se atreva, como Góngora, á burlarse de sus hermosas umbrías, bien se le puede declarar, sin miedo, privado de juicio.

Érase una tarde del mes de Junio; el sol heria á soslayo las riberas de Ínsua, de las cuales zarpaba en aquel momento una graciosa lancha, que á poco desplegó la vela, blanca como la nieve, por la hermosa

ria de Ares, de aguas tan puras y azules, y cielo á la sazon tan sereno como en los lagos de Italia, llevándoles á éstos de ventaja el poder recibir y abrigar en su tranquilo seno las más poderosas escuadras del mundo.

Era el barco por demas velero, y llevaba escrito en letras de oro sobre fondo azul celeste el nombre de *Aurora*.

A bordo habian levantado los remos los seis marineros, y un niño, como de quince años, llevaba el timon con la maestría del más viejo piloto; por si alguno está todavía en dudas, bueno será advertir que el niño era Ramiro. Iban ademas sentados en la lancha, á una y otra banda, é inmediatos al jóven, su tio D. Pelayo Sada y su prima Aurora.

Era verdaderamente singular el afecto que aquellos dos preciosos niños se profesaban, y no porque fuesen lo que en Madrid llaman niños precoces, sino todo lo contrario. Ramiro habia oido siempre buenos consejos y visto sanos ejemplos; de las conversaciones entre su padre y su tio habia deducido cuál era el estado de Aurora; sabía que él era cabeza de la familia y dueño de todos los bienes, al paso que Aurora permaneceria pobre toda la vida, y poco ménos que sujeta á la voluntad de su primo. Amábanse ambos

como podian amarse dos buenos hermanos, y Ramiro, incapaz á su edad y con su crianza de abrigar otros pensamientos, llamaba á Aurora su mujercita, como pudiera llamarla hermana.

D. Pelayo, fiel, como lo habia sido toda la vida, al deber y á la honra, veia con placer el cariño de Ramiro á su hija; pero si bien no trató en modo alguno de enfriarle, jamas le dió abrigo ni aliento en cuanto se referia á proyectos de boda; pues le parecia que la más leve muestra de interes de su parte sería abusar de la sencillez de Ramiro.

Si va á decir verdad, no dejaba el honrado veterano de mirar por cosa providencial los pensamientos de su sobrino, y de seguro no hallaba en Galicia, ni fuera de ella, mujer comparable con su hija, ni más merecedora del título de señora de Ínsua; pero ni siquiera es necesario decir que D. Pelayo no habló con nadie de ello, y áun cuando el capellan le solia hablar de lo mismo de vez en cuando, siempre ponia punto el honrado tutor á la conversacion, diciendo:

«Ramiro es depósito que he recibido de su padre, y tengo obligacion de mirar por él, como si fuera mi propio hijo, aunque no le quisiera casi tanto, como le quiero. Cuando Ramiro sea mayor de edad, hará lo que le parezca.»

De ese modo pasaron dos años y medio despues de la muerte del señor de Ínsua, con lo que Ramiro tenía cerca de quince años, y once Aurora; pudiendo decirse con razon que ambos eran tan cándidos é inocentes como el dia en que Ramiro quiso jurar sobre la sepultura de su padre casarse con la prima.

Llegada la lancha á la inmediacion de Sada, consideró D. Pelayo que ya era bastante tarde, y dijo sería prudente dar por terminado el paseo y pensar en la vuelta; pero aquí empezaron las dificultades.

Escaso habia sido el viento á la ida, mas, con todo eso, favorable; por cuya razon, y no habiendo cambiado, no lo era á la vuelta. Viéronse, pues, obligados á amainar la vela y valerse de los remos; trabajo penoso, pues tenian en contra la marea.

«Necesitamos dos horas para el camino que hemos andado en media», dijo D. Pelayo.

«En una hora llegarémos, no es verdad, Caamaño?» dijo Ramiro al marinero de más edad, que por ella y su inteligencia en cosas de mar, hacia cabeza á bordo, en no estando el amo.

«En una hora larga, señor, bastante larga.»

«Pues, en las dos horas que dije», repuso D. Pelayo, «y lo peor es que no han traido ustedes abrigo y pueden resfriarse.»

«No tenga usted miedo, padre mio; el aire del mar no hace daño», dijo Aurora.

«Con todo eso, me alegraria de hallarnos ya en Ínsua.»

«No hay miedo, señor», dijo Caamaño, «que pronto estarémos.»

Y el buen marinero dió el ejemplo, remando; con lo que la lancha adelantó á buen paso hácia el castillo.

Sin salir de España, acontece en el Sur, que, apénas se presenta el crepúsculo vespertino, le sigue la noche, así como por la mañana sale el sol casi de repente; pero en Galicia, á semejanza de las demas tierras del Norte, el crepúsculo dura y se dilata apacible, de modo que llega la noche sin sentir.

Yendo á remo, bastaba con que Ramiro tuviese cuidado de llevar siempre el timon de la misma manera, y así, iba hablando con su tio y su prima.

Ya habian desaparecido los últimos rayos de sol del campanario de la parroquia de Miño y de las almenas de Ínsua; el cielo estaba sereno, y tal cual estrella centelleaba en las aguas de la ria, al paso que los remos, al batir las olas, y el barco hendiéndolas, dejaban en pos de sí fosforescente estela.

Despues de largo rato de silencio, le interrumpió D. Pelayo, diciendo:

«Has pensado ya bien en lo que te he dicho, Ramiro?»

«Sí, señor», repuso éste temblando.

«Pues bien, hijo mio; con harto sentimiento nuestro, nos hemos de separar durante los inviernos; pero en fin, hay en verano vacaciones, y entónces podrás pasearte en tu lancha por la ria y divertirte á tu gusto.»

Ramiro no contestó más que con un suspiro, y su tio prosiguió:

«Al cabo los hombres no son como las mujeres; ántes al contrario, necesitan ver mundo. Ademas, aquí ya no hay nada que enseñarte; D. Veremundo te ha enseñado latin, y yo las pocas matemáticas que sabía; con que, es preciso vayas al mejor colegio de Madrid á hacerte hombre; que tal era el deseo de tu padre, segun me le manifestaba á menudo.»

«Tio, yo! —» dijo Ramiro, pero no pudo proseguir, pues un nudo le cerraba la garganta y las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

«Qué es eso, Ramiro?», dijo su tio, «mira que ya eres un hombre, y los hombres no lloran jamas!»

«Bien, no lloraré!», dijo Ramiro, conteniéndose á duras penas, «no lloraré, con tal que Aurora no llore.»

«Si no lloro!», decia la inocente niña enjugándose las lágrimas, «lo ves? ya no lloro!»

Enmudecieron todos, continuando de esa manera, hasta llegar á Ínsua.

CAPITULO IV.

«El señor D. Pelayo sabrá lo que se hace, pero en cuanto á mí, el demonio me lleve si lo hacia», decia el marinero Caamaño en la cocina de Ínsua.

«Pues, eso es! para ser un burro como tú, basta con entretenerse en voltegear por la ria de Ares; pero á tí te parece que los señores no deben aprender nada y ver mundo y—vamos, hacer todo lo que debe un caballero?»

Tales eran las palabras de Lopez, las cuales fueron acogidas con el mayor silencio, á pesar de ser algo más que elocuentes.

Lopez era hombre de corta estatura y anchísimas espaldas, cabeza casi enteramente calva, rostro escrupulosamente afeitado; como propio del único barbero en seis ú ocho parroquias á la redonda; y manos que, así ponian una buena bizma de pez á un

buey cojo, como tomaban el pulso á una mujer con dolor de muelas, y echaban una sangría al lucero del alba, ya en forma de hombre, ó bien disfrazado con la modesta y humilde piel de algun borrico. Para todas estas cosas, y algunas más, era Lopez que ni pintado, con lo cual es fácil hacerse cargo del respetuoso silencio de Caamaño.

Pero todo tiene sus términos y límites, y no porque Lopez fuese el hombre importante de todos aquellos alrededores, ya como albéitar, ya como médico, bien como barbero y demas, no por tantas y tan altas calidades era cosa de tolerar y consentir todos los desafueros de su lengua.

Sentados estaban, Lopez en una silla, que para él habia traído la cocinera, y Caamaño en un banco que corria por delante de la mesa de comer, cuando se presentó el ama de llaves, doña Teresa, con los ojos encendidos é hinchados como puños. Su afliccion no la dejó reparar en que Lopez no la ofrecia la silla; y sentándose al lado de Caamaño, permaneció en silencio, dando suspiros. No era Lopez capaz de permanecer mucho tiempo callado, y viendo que nadie decia una palabra, exclamó:

«Válgame Dios!»

El ama levantó, sorprendida, la cabeza, y sin más,

volvió á su primera postura. Inútil habia sido el primer cohete; viendo lo cual Lopez, envió una granada en esta forma:

« Farsas ! »

El ama se le quedó mirando de hito en hito, miéntras él silbaba por lo bajo; mas la granada no causó otro efecto, obligando al agresor á valerse de una bomba.

« Pues, señor, no parece sino que se va á venir el mundo abajo con que se vaya el señorito á Madrid á un colegio; es preciso ser tontos de capirote — »

« El tonto, necio y más que necio lo será usted », repuso el ama, encendida en cólera.

Caamaño dió un resoplido, como quien dice: «Ya me he vengado.» En cuanto á Lopez, poniéndose en pié, y conteniendo á duras penas el enojo, repuso:

« Está bien, doña Teresa; llámeme usted para consultarse — »

« Jesus hombre! », respondió asustada el ama, « cállese usted, que le prometo no volver en mi vida á contar con él para nada. Ademas, que ya le pagué; con que, no tiene motivos de queja. »

« Señores, me hizo un par de medias! Vean ustedes, qué modo de pagar á un hombre de mi mérito. — A bien que la señora doña Teresa llamó con tanta

prisa, que dejé de ir á ver el pollino de Anton Perez, el molinero de la puente de Lambre, de cuyas resultas se quedó cojo para toda su vida—y no me lo ha perdonado jamas—»

«Quién? el pollino?» preguntó Caamaño.

«No, animal! Quién habia de ser, sino el amo?», repuso encolerizado Lopez. «No se ria usted de mí, doña Teresa, que ya sabe no hay en dos leguas á la redonda *facultativo* que asista mejor á las bestias, ni mire más por las personas.»

«Ni afeite mejor», añadió Caamaño.

«Oye, tambien te burlas hoy de mí?»

Caamaño hizo como que no oia, y se volvió á hablar con la cocinera, miéntras doña Teresa hablaba al oido de Lopez, como queriéndole contentar; mas éste se hallaba de malísimo humor, y era el contentarle tarea en verdad enojosa. Con todo, doña Teresa logró ir serenando poco á poco la tempestad, alargando dos pesetas al enemigo, en pago de cierta mata de pelo que el barbero médico habia comprado á una pobre muchacha de la inmediata parroquia de San Pantaleon. A cosas semejantes se reducian las consultas de doña Teresa con Lopez, el cual se habia aprovechado de la ocasion para obligarla á pagar lo que él llamaba su última consulta.

Mas el ama de llaves, libre ya de todo compromiso, segura de que Lopez tenía tambien interes en callar, y llena de enojo por haberse visto obligada á pagar las dos pesetas ántes de lo que pensaba, continuó desahogando su mal humor.

«La verdad es», dijo, «que hay personas que sólo se complacen en ver padecer á las demas.»

Los dos enemigos habian trocado papeles; bien es verdad que Lopez tenía en sus manos el cuerpo del delito; esto es, las dos pesetas; de las cuales pensaba dar, á lo más, una á la pobre labradora de San Pantaleon; y el barbero albéitar sabía tan bien disparar una andanada, como aguantarla; segun decia Caamaño á la sazon á la cocinera.

Callaba, pues, el buen facultativo, considerando lo bien que le vendria una disputa diaria, á trueco de recibir por ella dos pesetas. Mas las razones de doña Teresa fueron dejándolo de ser hasta tal punto, que Lopez, encolerizado á su vez, dejó caer en el fondo del profundo bolsillo del pantalon las argentadas monedas, y se puso en pié, diciendo:

«Digo y repito, doña Teresa, que es preciso sea usted tonta de véras, para no comprender las justas razones que tiene el señor D. Pelayo para enviar á su sobrino á la córte.»

Doña Teresa no habia oido hablar en la vida de otra córte que de la del Capitan general, tal cual dia extraordinario al año, y del establo de los bueyes, que tal es su nombre, con lo cual se comprenderá fácilmente la contestacion que dió á Lopez.

«Está usted dejado de la mano de Dios! Con que quiere que envien al señorito á la córte? Jesus, *home!*»

«Pues, adónde mejor, doña Teresa!»

«Vaya, vaya, cállese, por Dios, y vaya á dormir la mona que casi siempe coge al pasar por la taberna de la puente del Porco.»

«Áun por eso que dice la gente, no deja usted tambien de ser algo aficionada.»

«Vaya, vaya, cállese, hombre. El señorito á la córte con los bueyes!»

«Ah, mal pecado!» repuso riéndose Lopez; ya comprendo! Lo suspicaz que es la ignorancia! y lo que hace disparatar tanto á esta buena mujer!» Y en seguida explicó á doña Teresa y demas personas de la cocina, que le oyeron con la boca abierta, lo que se entiende generalmente por córte.

Tranquilizados los oyentes con respecto al viaje del amo, se pusieron á cenar doña Teresa, la cocinera Lorenza y Caamaño, dignándose Lopez acompañarles.

Una de las calidades más notables de éste era su sempiterno hablar; bien podia hallarse en cualquier circunstancia, por azarosa que fuese, pues su lengua jamas cesaba; con lo cual se comprende que miéntras embaulaba tasajo como el puño, no dejase por eso de tentar la paciencia de su enemiga el ama de llaves, diciendo:

«Pues sí señor; diga lo que diga doña Teresa, el señorito ganará mucho con irse, por más que nosotros perdamos; pues, en cuanto á mí, ya contaba con afeitarle dentro de poco, y no que la ganancia será para algun pícaro madrileño — y á bien que no me dejaria de ser útil.»

«El pícaro madrileño?» dijo Caamaño.

«La ganancia, necio!» Cuidado que este Caamaño, en sacándole del agua, se queda sin sentido, como los pescados, de quienes cuenta Ciceron, en su *Libro de cocina*, que fuera de ella —»

«De la cocina?», repuso Caamaño más serio que nunca.

«Del agua, bárbaro! Cualquiera me entiende, ménos tú.»

«No, pues lo que es yo —» dijo la cocinera, «tampoco habia entendido.»

«Porque eres más tonta aún que Caamaño.»

« Tambien yo me habia quedado en ayunas », añadió doña Teresa.

« En cuanto á eso, quiere decir que será usted peor que Lorenza y Caamaño.»

« Y usted es un desvergonzado ! »

« Y usted— »

« Vamos, vamos cenando », dijo el prudente Caamaño, « y dejémonos de niñerías ; que se hace tarde, y mañana tengo que madrugar para ir á la Coruña.»

« Vas á la Coruña, Caamaño ? Oye ! y para qué vas ? » decia Lopez, lleno de curiosidad.

Caamaño le miró con la misma seriedad de siempre, y contestó :

« No lo sé. »

« Pues ! misterios para nada ! »

« Dígalo usted, Caamaño ; lo que quiere Lopez, es saberlo, para irlo contando desde aquí hasta Miño, y desde Miño hasta Puentedeume.»

Armóse sobre el particular nueva algazara, y sólo puso fin á la disputa la conclusion de la cena.

Tal cual va descrita en este y el capítulo anterior era la vida de amos y dependientes en el castillo ó *pazo*, esto es, palacio de Ínsua. Serenos pasaban los dias y reposadas las noches, parecidos unos á otros, y sólo desemejantes en la diversidad de estaciones.»

CAPÍTULO V.

Por fin llegó el mes de Setiembre, y Ramiro salió para Madrid, acompañado de su tio, quedando Aurora á cargo del ama de llaves, doña Teresa, y de don Veremundo, el capellan. Entónces comprendió la pobrecita niña lo triste que es la soledad y desamparo de los suyos.

Veíanla sola por aquellos campos los aldeanos, quienes, al corresponder al dulce y triste saludo de la niña, decian luégo entre sí:

«Es un ángel del cielo!»

Y lo era en verdad; su bellísimo rostro, blanco y sonrosado, formaba perfecto y graciosísimo óvalo, á que servian de marco blondos y ensortijados cabellos, de dorados cambiantes, que en largos rizos la llegaban á los hombros, miéntras los ojos, de celeste

azul, grandes y por demas hermosos, contraponian su triste mirada á la suave sonrisa que, áun en el sueño, sellaba los menudos labios de Aurora.

Vagueaba la niña con inciertos pasos por las orillas de la ria de Betanzos, por los ribazos del valle de Lambre ó por las hermosas y asombradas riberas de su rio. Y era que todos aquellos sitios la recordaban á su primo, á su hermano!—

Sobre todo, se complacia en sentarse en las peñascosas y tajadas costas de Ínsua, y allí, miéntras las gaviotas volaban por encima de su cabeza, reventaban á sus piés las olas, salpicándola á menudo de espuma, acompañando todo en torno los tumbos del mar.

Mas Aurora, apoyando el codo en el regazo, y la mejilla en la diestra, clavaba los ojos en el desagüe de la ria de Ares, por donde habia desaparecido la lancha, llevando á bordo á su padre y á Ramiro. Y entónces Aurora lloraba sin consuelo!—

Desdichada Aurora! Los que la rodeaban desconocian su dolor, porque jamas habian sido huérfanos;—mas ella, léjos de consolarse con la ausencia y el tiempo, huia de casa apénas la era posible, y á poco se veian obligados el anciano capellan, doña Teresa y los sirvientes á salir en su busca, hallándo-

la casi siempre sentada en los peñascos de Ínsua, en la misma postura y con los ojos clavados en el mar.

La contínua tristeza de la niña y su desgano la hicieron enflaquecer de tal manera, que D. Veremundo, lleno de zozobra, escribió al padre para que diese la vuelta cuanto ántes. De ese modo, apénas quedó Ramiro en el colegio, se apresuró D. Pelayo á volver á Galicia.

Grande fué la alegría de Aurora al ver á su padre, é infinitas veces preguntó por Ramiro, el cual, distraido con sus compañeros de juegos y estudios, pensaba mucho ménos en Galicia que la triste niña en Madrid.

Desde su vuelta, D. Pelayo daba grandes paseos, acompañado de su hija; embarcábanse á veces por la ria de Ares, cuando el tiempo lo permitia; y cuando no, se contentaban con navegar por las serenas y reposadas aguas que median entre «la puente del Porco» y «la de Lambre.» Con todo eso, no volvió Aurora á estar tan alegre como cuando se hallaba en Ínsua Ramiro, si bien recobraron su cuerpo la perdida salud y su bellísimo rostro los colores.

Pasaron dias y meses, y llegaron las vacaciones, con lo que D. Veremundo partió en demanda de Ramiro, al paso que en Ínsua se preparaban á recibir

dignamente á su señor. Era de ver la alegría de la pobrecita niña al pensar en la vuelta de su primo. Veíanla acudir con las llaves, detras de doña Teresa, para sacar la ropa blanca de Ramiro, ó bien llamar á D. Pelayo para decirle que no estaban bien puestas las colgaduras de la alcoba. Y en medio del interes que por todo se tomaba, nadie la oyó gritar enfadada una sola vez. Con razon la llamaban todos el ángel de la casa!

Llegó en esto Ramiro, llenándose de alegría el castillo, sin que Aurora tuviera otro gozo que mirar á su primo y permanecer á su lado. Este parecia extraño los dos ó tres primeros dias, pero no tardó en acordarse de su anterior vida y desaparecia á lo mejor, viéndosele con Caamaño en un pequeño bote por medio de la ria de Ares. No gustaba mucho D. Pelayo de verle por aquel ancho brazo de mar en tan ruin embarcacion, mas siempre acontecia que Ramiro bajaba al valle de Lambre, en cuyo rio estaban la lancha y el bote; por lo regular no hallaba sino á Caamaño, y con él se embarcaba en el botecillo; proponiéndose no salir del rio; hasta que, sin saber cómo, se hallaban á la vista de Fontan, ó por lo ménos de Sada, para llegar á los cuales habia que atravesar toda la ria. Más de una vez le reprendió su tio

severamente; pero, aunque prometia la enmienda, á lo mejor volvia á las andadas.

No ménos se temia D. Pelayo que, como su hija iba con Ramiro á todas partes, no se les ocurriese un dia salir juntos á alta mar, lo que, en efecto, al cabo aconteció.

Y era lo peor, que como habian amenazado á Caamaño con despedirle si volvia á la mar con el bote, Ramiro no halló á mano sino un hombre que por allí pasaba á la sazon, el cual dijo sabía remar. Embarcáronse Ramiro y Aurora, y como la marea estaba bajando, pronto se hallaron en la ria de Ares, por más que Aurora lloró y suplicó, temiéndose el enojo de su padre. Con todo, al ver la tranquilidad de su primo, la niña concluyó por conformarse.

Así seguian, llevados por la marea, cuando Ramiro pensó en dar la vuelta; hiciéronlo, y el hombre, que hasta entónces habia tenido poco ó nada que hacer, dijo se mareaba y no podia seguir remando. Asustóse Aurora, y Ramiro quiso remar en vez del supuesto marinero, el cual, llevado del cebo de la ganancia, habia dicho que lo era, siendo su oficio el de mozo de molino; mas el tal molinero estaba mareado de véras, y no servia ni para el timon, al paso que la marea les iba arrebatando mar adentro.

Asustado á su vez Ramiro, quitó el timon, que en aquel caso más bien servia de peligro, y diciendo al molinero se echase en la proa y á Aurora, se sentára en la popa, asió con buen ánimo de los remos, tratando de dirigirse á Ínsua; pero sus fuerzas poco le ayudaban contra la marea, y Ramiro, sudando y desfallecido, estuvo por soltar los remos, lleno de desesperacion; con todo, volvióse hácia el mar, y viendo que si no remaba, se hallarian en pocos minutos fuera de la ria, volvió á remar con todas sus fuerzas, logrando sólo impedir que la marea se llevase el bote, pero sin poder adelantar una vara. Así era, en efecto, y la embarcacion, sin moverse de su sitio, *cabeceaba*, subiendo y bajando alternativamente popa y proa.

Negros nubarrones iban entoldando el cielo, y el mar, hasta entónces sosegado, enviaba sus olas contra la ria, en donde, al chocar con el reflujo, hacian más peligroso el estado del frágil bote. Ramiro, pálido y apretando los dientes, hizo el último esfuerzo para afrontar el peligro, y volvió á remar con todas sus fuerzas. Mas á poco los brazos, exhaustos de brío, se negaron á todo trabajo, y Ramiro abrazó llorando á su prima.

Esta, ocultando su miedo, le abrazó sonriéndose y diciendo:

«Animo, Ramiro; que álguien nos verá y vendrá por nosotros—»

A esto, el bote habia vuelto al mar la proa, como impulsado por invisible fuerza sobrenatural, y Ramiro, fortalecido por el cariñoso acento de Aurora, recogió dentro los remos, que abandonados aumentaban el peligro, y volviendo el timon á su sitio, trató de poner la proa, primero á Sada, mas el bote embarcaba tanta agua, que los vestidos de Aurora estaban empapados; torció luégo más afuera, en direccion de Fontan, y sucediendo casi lo mismo, el niño se llenó de verdadera zozobra, que á poco se fué trocando en fundado miedo de estrellarse contra los peñascos de la costa, con lo que no tuvo otro remedio sino poner la proa al mar.

Pero hallaban las ondas harto airadas y poderosas conforme seguian adelantando; y siendo ya menor la fuerza del reflujo, cabeceaba el bote cada vez con más violencia, tanto, que la pobre niña se vió precisada á sentarse á los piés de Ramiro, por miedo de caerse al agua, sin que el molinero sirviese entre tanto de otra cosa, que de yacer mareado en la proa de la estrecha embarcacion.

Más fuertes los dos niños, Ramiro por la costumbre, y Aurora porque, segun ella decia sonriéndose y

tiritando de frio y acaso de miedo, no tenía tiempo de pensar en marearse, miraban, con todo, llenos de pavura, la inmensa extension de agua salobre, que, conforme adelantaban, se iba mostrando sin límites ni fin á los espantados ojos de los infantiles navegantes.

Callaban, Ramiro asiendo fuertemente del timon, y Aurora rezando en voz baja, y levantando repetidas veces los hermosos ojos para sonreirse con su primo; mas éste, agobiado por el dolor de haber comprometido á su prima en semejante peligro, y convencido de que sólo un milagro podia salvarles, inclinó la cabeza sobre los blondos rizos de su prima y lloró.

Largo tiempo permanecieron de esta manera, hasta que una ola, de verdoso y hórrido color, dió al bote tremenda sacudida, llenándole de agua. Ramiro cayó con tal fuerza, que perdió el sentido, hiriéndose en la cabeza y recibiéndole Aurora en los brazos.

De ese modo quedó sola la triste niña, sin más fuerzas que para implorar á Dios clemencia y socorro —

Hendia á este tiempo las encrespadas olas de la ria una lancha impulsada por seis valientes remeros; y un hombre de hercúleo aspecto, apoyado en el palo

de la vela, aferrada por inútil, iba casi siempre en puntillas, mirando hácia el mar.

Era la lancha de Ínsua, y el hombre, Caamaño, el cual habia visto desde tierra el peligro á que se exponia Ramiro. Caamaño no era á la sazon el flemático marino de costumbre: tan pronto quitaba el remo á un marinero, bogando él solo con más fuerza que los tres de la otra banda, como se ponia al timon; pero siempre concluia poniéndose en puntillas al pié del palo, y diciendo sin cesar á los suyos:

« Boga! »

Pálido estaba el rostro de Caamaño, blancos los apretados labios, encendidos los ojos.

« Boga! » decia el buen marinero; « boga! »

Y pareciéndole no bogaban bastante, asió de nuevo un remo, á cuyo mero impulso se inclinó la lancha al lado opuesto.

« Cuidado el timon! » decia Caamaño, « pero si no servis para nada! Cuatro hombres á esa banda y uno solo conmigo! Eso es: listo, listo! »

Y los cuatro hombres tenian que valerse de todas sus fuerzas para ir á la par de Caamaño y su compañero.

« Un hombre aquí! Eso es », dijo Caamaño, encaramándose en el palo:

« Boga! »

Y la lància cortaba las verdosas ondas que á su andar se oponian.

« Boga ! », decia Caamaño con rabia.

Y la lancha obedecia como el caballo á la voz de su amo.

« Boga ! », dijo el buen marinero, rechinando los dientes. « Boga ! — Mal rayo ! — »

Y Caamaño, arrojando el sombrero y el gaban de marino, desapareció entre las ondas.

« Boga ! », oyeron decir los marineros más allá de una ola que puso derecha á la lancha, mirando al cielo la proa, la popa al abismo, y obligándoles á agarrarse á los bancos para no ir á la mar.

Era Caamaño tan diestro nadador como hábil y fuerte marinero, con lo que á poco le vieron los suyos asido á la banda del mezquino y casi anegado bote, saltar dentro, y valiéndose del par de remos, dar espera á la llegada de la lancha. Trasladados fueron los niños, no sin peligro de abordaje ; Caamaño no consentia lo fuese el codicioso molinero, mas Aurora; temiendo se anegase ; ántes de perder del todo el sentido, rogó con turbadas razones no le dejáran en el bote, que ya venía á remolque.

« No hay miedo, señorita; los pícaros avarientos nunca mueren, pero en fin— adentro ! »

Con lo que dos marineros trasbordaron al mareado, como si fuera un costal.

A poco la niña quedó sin sentido al lado de su primo, miéntras Caamaño decia: «Pobrecillos! no hay miedo, que pronto llegarémos á casa!» Y Caamaño se restregaba los ojos, diciendo le dolian del agua salada, como si el agua salada hubiera hecho jamas llorar á los ojos del buen Caamaño! —

El salvar á los niños habia llevado consigo el buen tiempo, pues ligero chubasco le serenó, y la lancha navegaba como una flecha, viento en popa, la vuelta de Ínsua.

Caamaño iba al timon, con Ramiro y Aurora á su lado, sostenidos por sendos marineros; mas, al llegar al desagüe del rio Lambre, á cuya orilla esperaba, muerto de zozobra, D. Pelayo, con toda la gente del castillo, salió de la lancha un prolongado chillido — *aturutos* — con que los gallegos alegran siempre toda fiesta y toda buena nueva.—

CAPÍTULO VI.

Harto castigo tenía Ramiro con el susto pasado, pero desde entónces mandó D. Pelayo deshacer el bote, dando órden á Caamaño y los suyos de tener buena cuenta con la lancha. En cuanto á Caamaño, de más está el decir lo festejado que sería por D. Pelayo y los agradecidos niños, los cuales no sabian cómo pagarle su interes; pero el honrado marinero se contentó con pedir, por único favor, que le tuviesen siempre en la casa, lo cual ofreció cumplir exacta y fielmente Ramiro, para cuando fuese mayor de edad, así como, hasta entónces, prometió lo mismo don Pelayo.

Despues de esto, quedaron los niños más libres que ántes, pues les permitian ir por donde quisiesen, con tal de que les acompañára Caamaño. Y éste se ha-

llaba tan satisfecho de su nuevo empleo, que cumplia con él á las mil maravillas.

Acabáronse, por último, las vacaciones, y Ramiro salió para Madrid en compañía del anciano capellan, llorando más que la vez primera. Así pasaron dos ó tres años, en cuyas vacaciones volvia Ramiro, echando, al principio, de ménos su colegio, y se marchaba llorando harto amargamente. En cuanto á Aurora, se mostraba tan benigna y apacible con todo el mundo, como siempre, pero durante el invierno su sonrisa era más triste, y sus párpados ocultaban en parte los hermosísimos ojos; al paso que, con la vuelta del buen tiempo, renacia el alegre carácter de la niña.

Mas en esto se notó, ya en el último año, que Ramiro trataba á su prima, como si fuera una mujer, y ésta gustaba ménos de correr y reir que hasta entónces, si bien su carácter era tan amable como de costumbre, y áun más, á ser posible.

Acabóse al fin el colegio para Ramiro, y su tio se mostraba perplejo, deseando que el jóven viajase, y no considerándose él, á su edad, con fuerzas ni ánimo para tamaña empresa. Cierto que nada extraño tenian semejantes pensamientos, pues en el año treinta y siguientes no hallaba el viajero la facilidad de

ahora para emprender un viaje, sobre todo por España, en donde á la sazon ardia la guerra civil con más encono que nunca; por lo cual, para ir desde la Coruña á Madrid, solian presentarse sérias y gravísimas dificultades.

De ménos nos hizo Dios, y Lopez se presentó un dia á D. Pelayo con ademan misterioso, como propio de aquel que tiene grandes secretos que reservar ó extraordinarias noticias que ofrecer. Habíase puesto Lopez aquel dia los trapitos de cristianar; esto es, habia sacado de lo hondo del arca su gran levita de color de aceituna, de cortísimo talle, largos faldones y cortas y por demas estrechas mangas; llevaba pantalon ceñido, de color de correa, con rayas azules, cuyos dos colores combinados, á cierta distancia se convertian en verde caña, y, por último, cubria su pecho pequeñísimo chaleco de terciopelo, de color anaranjado, sobre el cual resaltaba el deslumbrante lazo de una corbata morada. Aquel dia, cierto, estaba contento de su apostura el buen Lopez, con lo cual, y lleno de la mayor gravedad, dijo á D. Pelayo lo siguiente:

« Segun las personas mejor informadas, trata usted, cumpliendo con los deseos del difunto señor de Ínsua, que en paz descanse »; y aquí bajó Lopez gravemente

la cabeza, añadiendo: «trata usted, repito, de hacer correr córtes al señorito, lo cual me parece perfectamente, así como creo que la gran dificultad que le trae pensativo hace dias, es el hallar quien le saque de ella; esto es, de la dificultad. Esta consiste; hablo de la dificultad; si no me equivoco, en dar con persona de toda confianza, de inteligencia y discrecion conocidas, las cuales, ó mejor dicho, la cual, pues hablo de la persona, sea el verdadero acompañante que el señorito D. Ramiro necesita y merece.»

«Bien, sépase adónde vamos á parar», contestó D. Pelayo.

Lopez se sonrió más misteriosamente, y añadió:

«Señor D. Pelayo, conoce usted, en toda la Mariña, persona que afeite ó rasure, como si dijéramos, con más habilidad que yo?»

«Pero, hombre de Dios, y á qué viene eso ahora?»

«Agora lo verédes.—Conoce usted albéitar que más miramientos guarde con los bueyes que se ponen en sus manos, ni médico que más sin aquellos trate las enfermedades de sus semejantes que caen en ellas, esto es, en mis manos?»

Don Pelayo no pudo ménos de reirse de las bien pergeñadas razones del rapista mariñan (1); pero, desean-

(1) Hijo de la Mariña.

do cortar la conversacion, por temor de que durase más de lo justo y soportable, como otras veces solia acontecer, repuso:

«Vamos á ver, Lopez, concluya usted pronto; que tengo que hacer.»

«A eso voy, pero desearia me dijese si conoce—»

«Sí conozco, hombre, sí conozco; conoceré cuanto usted quiera, con tal de que acabe pronto!»

«Ah, pues si conoce otro mejor que yo, entónces está de más lo que iba á decir.»

«Hombre, por Dios, no sea usted pesado; como me marea con sus ambajes y rodeos, no sé lo que me digo. Con que, vamos á ver, no conozco á nadie mejor que usted en su oficio ú oficios; ahora despache, y dígame qué se le ofrece.»

«Lo que he de decirle es de tal importancia, que bien merece un poco de paciencia; así pues, ruego á usted que la tenga y me la conceda; esto es, me conceda la debida importancia en esta ocasion y tenga paciencia, que con una poca basta, ó lo que es lo mismo—»

«Amigo Lopez, al grano, que tengo que hacer.»

«Al grano voy, sin andarme por curvas ni rodeos, como lo hago siempre en todas las ocasiones, los cuales no me extraviarán ni un ápice del camino dere-

cho; hablo de las curvas y de los rodeos. — Ahora bien, señor D. Pelayo, conozco su poca paciencia, y no quiero entretenerle con palabras, que en estas ocasiones son calvas; esto es, las ocasiones y— »

« Lopez, mañana hablarémos, porque hoy tengo mucho que hacer. »

Pero Lopez no querria haberse vestido de gala en vano; con lo que resolvió abreviar el magnífico exordio que traia preparado para ántes de entrar en materia, y continuó diciendo:

«En dos palabras concluyo, señor D. Pelayo: mi propósito es el siguiente: usted ya sabe mi habilidad, conoce mi estado social, y no ignora la reputacion que alcanzo por mi buena mano, la cual se extiende desde las lindes de San Pantaleon hasta más allá de las fronteras de Miño; pues bien, todo lo sacrifico gustoso por D. Ramiro, á quien me ofrezco, y lleno del mejor deseo — En fin, dejando á un lado palabras y prometiendo únicamente obras, que todo lo enredan (hablo de las palabras) y ponen en claro (hablo de las obras); desde ahora sacrifico mi estado, mi habilidad, mi cariño al pote y la brillante suerte que me asegura para lo porvenir, y me ofrezco á reemplazar á usted, acompañando á D. Ramiro en todos sus viajes, cualesquiera que éstos sean, bien se trate de ir

á la córte del gran Tamerlan de Persia, bien nos contentemos con dar una vuelta por las rias *d'Abaxo* (1).»

Mucho tuvo que hacer D. Pelayo para no reirse; mas pudo contenerse, y al mismo tiempo mostrarse agradecido con el bueno de Lopez, el cual salió de la habitacion diciendo:

«Señor D. Pelayo, ya sabe usted que vivo más allá de «la puente del Porco», camino de Miño. En mi casa espero su contestacion.»

En seguida salió Lopez de Ínsua, sin satisfacer las curiosas preguntas de sus conocidos, y montado en su *barrufeiro*, ó jaca de la tierra, en la que habia querido venir para mayor solemnidad de la embajada.

No hay que decir fué desoida la proposicion de Lopez, quien se vengó, afirmando estaba seguro de que nadie en el mundo podia ser tan útil para el proyectado viaje, como él.

Perplejo seguia el honrado tutor, y pensando en que al cabo no tendria más remedio que acompañar á su sobrino, cuando éste se le presentó un dia, diciendo tenía que hablarle.

«Tio mio», dijo Ramiro, «á qué cansarnos en bus-

(1) Las rias *d'Abaxo*, ó de Abajo, son las hermosísimas rias de la provincia de Pontevedra.

car compañero de viaje? No es mejor me case el año que viene, con Aurora, y en seguida embarcarnos con usted, ó solos, en la Coruña, para ir á Francia ó á Inglaterra, desde donde podemos dar un buen paseo por Europa?»

«Ramiro, tienes, en efecto, cerca de veinte años, pero Aurora apénas tiene diez y seis. Ya sabes que en Galicia crece el hombre, por lo regular, mucho más despacio, y abre los ojos más tarde que en el resto de España. Aurora es tan niña y tan inocente como una hija de Alicante ó de Sevilla á los diez años.»

«Bien, pues por eso propongo que esperemos hasta el año que viene, ó más, si necesario fuese.»

«Ademas, Ramiro, no te oculto el placer que me causa tu cariño á mi hija, que no parece sino inspirado por el cielo; pero, con todo eso, preferiria no te casases hasta la mayor edad.»

«Tio, no sea usted cruel. Yo he querido desde niño á Aurora, y ella no piensa sino en mí, desde que tiene uso de razon, á pesar del cariño que á su padre profesa.»

«Ya lo sé», contestó D. Pelayo, no sin profunda tristeza.

«Pues bien, tio; ya que Dios se llevó á mi padre,

séalo usted para mí: prométame usted la mano de Aurora, y nos casarémos en cuanto ella pueda hacerse cargo de sus nuevas obligaciones.»

«Veo tu sinceridad, Ramiro; pero, ni áun en tí se han despertado las pasiones; quiero dejarlas que se presenten, y ver cómo cumples entónces: hasta tanto, no prometo nada, pues no quiero me tenga nadie por *capta-herencias*.»

«Harto sabe usted que no seré yo», dijo Ramiro, con cierto enojo.

«Ramiro, algun dia comprenderás mi conducta y me darás la razon. Por ahora, lo más sencillo es lo que he pensado. He escrito á Madrid, pidiendo para tí el empleo de agregado á la embajada de París, sin sueldo; cosa que, con esta última condicion, será muy fácil lograr á nuestros amigos. Ya en París, puedes hacer lo que mejor te acomode, esto es, trabajar para darte á conocer en la carrera diplomática, viajar de vez en cuando, y áun venirnos á ver, si te parece.

»En cuanto recibas el nombramiento, te embarcas en la Coruña para Burdeos, llegas á París, te diviertes cuanto quieras, y apénas te canses de aquella vida agitada y sin familia, te vuelves á casa; y si entónces piensas todavía en casarte, créete que

no seré yo quien se oponga á tu ventura, ni á la de mi hija.»

Por más que Ramiro rogó á su tio con lágrimas y cariñosísimas palabras, nada pudo lograr, sino la promesa de concederle la mano de Aurora á su vuelta de París.

Y, cosa extraña! Aurora fué la primera en conformarse con el deseo de su padre, si bien se conocia en su pálido rostro y en su contínua tristeza lo mucho que la mísera niña padecia.

Hechos los preparativos de viaje, y llegado el nombramiento de Ramiro, sólo faltaba el barco que le habia de llevar, mas áun éste se halló pronto. Y no fué poca fortuna, pues no habiendo entónces vapores, como hoy se hallan por todas partes á mano, Dios sabe el tiempo que habria tenido que aguardar Ramiro.

Fortuna que nadie deseaba, y ménos que los otros Ramiro y Aurora; pero aquel, hecho á obedecer y respetar á su tio, desde la infancia, como á un padre, y ésta, obediente como buena hija, procuraban ambos conformarse y obedecer al honrado y buen caballero.

Llegó en esto el dia fatal para Ínsua, y su señor bajó, llevando á Aurora del brazo, al embocadero del

Lambre, en donde le esperaba la lancha, con sus seis marineros, Caamaño, y la vela dispuesta á volar hácia la Coruña. No sin razon seguia Ramiro casi siempre este camino, harto preferible entónces á los que se podian seguir por lo interior de Galicia, la cual se hallaba muy léjos de tener las buenas carreteras que ahora tiene.

Aurora se sonreia al hablar con su primo, y miéntras tanto las lágrimas corrian por sus mejillas. Ramiro, más sereno en la apariencia, estaba pálido como la muerte, y apénas acertaba á contestar á la niña. Don Pelayo iba detras con la cabeza baja y en silencio, miéntras D.ª Teresa y Lopez seguian á cierta distancia, hablando en voz baja, y al parecer, disputando.

Espesa niebla entoldaba la ria de Ares, y caia, convertida en agua, por entre los árboles de hoja en hoja, hasta llegar á humedecer el suelo. Parecia como que la naturaleza entera acompañaba el dolor de Aurora y de Ramiro.

Este, al llegar al pié de la lancha, y sin poderse contener, se echó á llorar entre los brazos de Aurora, miéntras la pobre niña, con el corazon despezadado, consolaba á su primo! —

Mas ya D. Pelayo habia saltado á la lancha, y Ra-

miro, despues de abrazar infinitas veces á Aurora, sin acertar á separarse de ella, exclamó:

«Aurora, tio mio, y cuantos me escuchan, sean ustedes testigos de que en este momento solemne juro lo que mi tio no me permitió en la sepultura de mi padre—»

«Ramiro! ten cuenta con lo que haces! dijo su tio; mira!—»

«No miro nada, tio mio; ya soy hombre, y comprendo el valor de mi juramento—»

«Ramiro, por Dios!»

«Ya ve usted que le obedezco en todo. Déjeme usted, pues, libertad para esto solamente— Juro casarme con Aurora ó con nadie! Ya lo han oido ustedes todos los que están aquí presentes— Ya lo oyes, Aurora!!»

El anciano tutor no tuvo otro remedio que callar; Aurora abrazó tiernísimamente y por última vez á Ramiro, y éste saltó á la lancha, obedeciendo á su tio.

Lentamente se iba apartando la embarcacion de la orilla, en la cual tenía los ojos clavados Ramiro, miéntras Aurora, asiendo con sus manos la diestra de D.ª Teresa, saludaba de cuando en cuando, y escondia el rostro para suspirar y gemir.

Conforme la lancha se alejaba, desaparecia por medio de la niebla, y apénas divisaba Ramiro el blanco rostro y los rubios rizos de la niña, con los cuales jugueteaba la húmeda brisa del Atlántico —

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Pasemos en silencio el dolor de Ramiro y los dias primeros de Aurora en su soledad.

A poco tiempo, no habia en Ínsua otro deseo sino saber nuevas de Ramiro; mas Galicia se hallaba, á la sazon, apartada, no sólo del mundo, sino de España; y una carta de París tenía que dar tamaños rodeos y corria tales peligros para llegar á la Coruña, que no era extraño tardase tanto la primera carta del viajero.

Antes de que ésta llegue, bueno será advertir que D. Pelayo habia hallado excelentes recomendaciones para nuestro embajador en la córte de Luis Felipe;

con lo que el buen tutor daba ya por hecho el tener en París persona de autoridad y representacion que mirase por Ramiro.

Tal vez D. Pelayo juzgaba á los demas hombres por sí propio, pero, á su entender, y al de otras muchas personas con quienes consultó, Ramiro no podia ir á París mejor que iba.

Fueron llegando al cabo las cartas del jóven, y el dia de correo, lo era de verdadera fiesta en Ínsua. En cambio, y fuera de esto, no podia ser más triste la vida de Aurora y de su padre. Algunas noches jugaban los dos al tresillo con D. Veremundo; y Aurora, á pesar de su poca aficion, habia aprendido el juego para distraer al anciano; mas, como no se jugaba á interes, todos se cansaban pronto.

Por las mañanas siempre habia qué hacer, y por las tardes acompañaba la niña á su padre á paseo, si el tiempo lo permitia, y si no, tocaba breve rato el piano. Así pasaban dias, semanas y meses.

Así pasaron años—

Sí, lector; las cartas de Ramiro fueron escaseando; venian cada vez más de tarde en tarde, y casi siempre pedia el jóven dinero, hasta el punto de que D. Pelayo no tuvo ya qué enviar. Entónces dejó Ramiro de escribir durante seis meses, siendo su primera

carta, nueva peticion de dinero. Don Pelayo, que le enviaba á París la renta entera del año, dejando una corta cantidad para el pago y mantenimiento de criados, no comprendia cómo Ramiro podia gastar de tan escandalosa manera: sin hacerse cargo de que las rentas de Ínsua podian servir perfectamente para que su señor pasase por bien acomodado en Galicia, mas eran harto escasas para un jóven gastador y amigo de divertirse, en París.

Una de las cosas notables que en Ínsua ocurrieron, fué la venta de la lancha. Aquel dia se le saltaban las lágrimas al buen Caamaño, al despedir á los marineros, dándoles de paso una propina.

« No es por la lancha », decia el honrado marinero, « sino porque con ella hemos salvado la vida á los señoritos, el dia aquel en que estaban á punto de perderse, á la salida de la ria! — »

A poco, no quedaron en Ínsua más criados que doña Teresa el ama de llaves, y Caamaño. Era éste, al mismo tiempo, vaquero, mozo de labranza, jardinero y hortelano, todo lo cual tuvo que aprender, y aprendió con la mejor voluntad. Don Veremundo, que hasta entónces habia residido siempre en el pazo, ó castillo, pasó á ser cura de la inmediata parroquia de San Pantaleon *d'as Viñas*, así llamada en

otro tiempo por su mucho viñedo, del que áun conserva parte. Con la ida de D. Veremundo quedó desierta y cerrada la capilla románica, inmediata á Ínsua, enterramiento de sus señores; y D. Pelayo tenía que ir con su hija todos los domingos á misa hasta la iglesia de San Pantaleon.

Esto fué lo que primero desató las lenguas de los aldeanos, murmuradores de suyo, y amigos de hablar mal de todo el mundo. Decian, y no sin razon; en la apariencia al ménos; que el señor de Ínsua se habia metido á gastar en París más de lo que podia. Añadian otros que quien pagaba semejante conducta eran D. Pelayo y Aurora; no faltando quien asegurase que Ramiro se habia convertido en un mal hombre!

Don Pelayo apénas hablaba de Ramiro, cuyo nombre dejó de pronunciar Aurora, pues conocia la tristeza que causaba á su padre. Así pasaba el tiempo; D. Pelayo iba descaeciendo de dia en dia; ya no andaba erguido el anciano con marcial continente, sino con la cabeza inclinada y los ojos puestos en el suelo. Cuando álguien le hablaba de Ramiro, levantaba el rostro como asustado y sin saber qué decir; pero si se atrevian á hablar mal del jóven, entónces se enojaba el honrado tutor, diciendo:

«Ramiro es tan digno de su nombre como el último señor de Ínsua, mi hermano; y quien se atreva á ofender á Ramiro, me ofende á mí.»

«Y á mí tambien», añadia Aurora con la mayor firmeza.

«Bendita seas, hija mia», replicaba el anciano, cogiendo entre sus manos temblosas la rubia cabeza de su hermosísima hija.

Como D. Pelayo no gastaba más que lo suyo, esto es, su corto retiro; apénas pagado en aquella época; y la pequeña renta que le producia el lugar que tenía en la parroquia de Miño, veíanse obligados á vivir con la mayor economía. Con todo eso, áun hallaba Aurora modo de socorrer á los pobres enfermos de la parroquia y á las familias más menesterosas.

Era la salida de misa, los domingos, segun decia su padre sonriéndose, la hora de consulta. Entónces acudian á rodear á Aurora mujeres con niños en los brazos, ciegos é indigentes, y Aurora consolaba á éste, daba á aquel un consejo, y á todos prometia asistencia y amparo. Jamas se separó de ella un solo aldeano sin consuelo ni esperanza.

El lúnes siguiente salia Aurora por la mañana temprano, acompañada tan solo por doña Teresa; pues en la noble Galicia, que los demas españoles

como que se complacen en menospreciar, se camina con más seguridad por las intrincadas veredas, que por las calles de Madrid á las doce del dia.

Aurora entraba en las casas más pobres, sentándose á la cabecera de los enfermos, á quienes llevaba medicinas, ó bien dejando un pequeño socorro en casa de alguna triste mujer, cuyo marido, á bordo de un buque de guerra, no habia podido ménos de dejar, durante los años que la nacion lo exigia, á su esposa en la viudez, y en la orfandad á sus hijos.

Jamas salia Aurora de casa sin buen propósito, ni daba la vuelta sin haber hecho, por lo ménos, una buena obra.

Hermosa como nunca era á la sazon Aurora. De gallarda y proporcionada estatura, de tez blanquísima, ojos azules y rubia cabellera; la cual, como siempre, acariciaba las sonrosadas mejillas, en forma de graciosos rizos, que, medio deshechos por la constante humedad del clima, llegaban hasta el principio del naciente y casto seno; era la jóven vivo recuerdo de aquellos generosos hijos de Germania, de cuya noble sangre Galicia, con justa razon, blasona y se gloría.

Mas Aurora, siempre amable y cariñosa, en vez de sonreirse como de niña, lloraba en hallándose

sola, no sin enjugar al punto las lágrimas, bien la llamase su padre, bien acudiese alguna triste aldeana á pedirla amparo ó consejo.

CAPITULO II.

Pasada la «puente del Porco», sobre el rio Lambre, y siguiendo el camino real que por Puentedeume endereza al Ferrol, se ofrece á la vista la parroquia de Miño; pero, ántes de llegar á ella, hay una casita que mísero huertecillo rodea por todas partes, ménos por el frente, el cual da al camino ántes citado. Entolda una vieja parra de retorcido tronco la puerta, cuya hoja, dividida en dos á la mitad de su altura, tiene abierta la parte superior, miéntras la inferior permanece cerrada. Frontero de la puerta, y apoyado en la casa, un *alpendre* ó cobertizo ampara debajo de sus inclinadas tejas un pequeño carro; que así llaman en Galicia á las carretas; y tal cual apero de labranza. Corre por delante del *sobrado*, ó piso superior de la casa, ancho balcon de madera, pin-

tado de almagre, al cual dan una puerta, y hácia el extremo una ventanilla, todo ello al amparo del ancho alero del tejado, el cual viene tan bajo, que únicamente Lopez, dueño y señor de la casa, puede permanecer en pié en el voleado balcon.

No es, en verdad, Lopez únicamente quien, merced á su ruin estatura, puede gallardearse en el referido sitio; que hay ademas en la casa otra persona, perteneciente al sexo femenino, la cual es hermana del insigne barbero; se llama Lorenza, y apénas llega con la frente á los hombros de su hermano, si bien le iguala y áun aventaja en anchura de hombros y tamaño de la cabeza, con lo que ambos hermanos no pueden desmentir la casta, como decirse suele.

Era, pues, Lopez dueño de la casa y huerto, en el cual campeaban hasta media docena de frutales y una docena de coles, que en altura, frondosidad y vigor fueran envidia de eso que en los paseos de Madrid llaman árboles; á ser el vegetal capaz de envidia.

Semejantes los dos hermanos en el rostro y apostura, eran en extremo opuestos sus caractéres, pues así como Lopez jamas podia estar callado, nunca abria la boca su hermana Lorenza, sino para contestar á tal ó cual pregunta indiscreta, que para ella lo eran siempre, no solo las preguntas de su hermano;

en lo cual no iba descaminada; sino las de todo caminante ó desocupado que la obligasen á hablar.

Mas no, por su aficion á dejar holgar la lengua, se crea que Lorenza hallaba agrado en que holgasen las manos; ántes bien, miéntras Lopez salia de casa á rasurar, acompañando el tormento de la víctima con sempiterna charla, la hermana permanecia en casa, siempre ocupada en las faenas y quehaceres domésticos, propios de toda mujer honrada, á quien el trabajo y ocupacion complacen.

De esa manera, la casita de los dos hermanos presentaba alternativamente dos aspectos por demas distintos. Cuando Lorenza estaba sola, no se oia el menor ruido, salvo el que no podian ménos de causar las faenas domésticas; pero, en hallándose su hermano, la caverna donde Eolo guarda y sujeta los vientos era apénas digna de compararse con la casa de Lopez.

Tal era el estado en que se hallaba en el momento á que me refiero. Lorenza escardaba en el huerto, á solas y en silencio la tierra, en derredor de las coles, al paso que su hermano entretenia los ratos de ocio en pintar la fachada de la casa. Fácil tarea en la córte, por ejemplo; pero en la parroquia de Miño empresa por demas ardua, con no pequeños visos y

cambiantes de peligrosa; á todo lo cual es bien añadir la corta estatura de Lopez, quien, desprovisto de andamios, y áun de los utensilios más necesarios, apénas acertaba á alcanzar con la escoba, que le servia de brocha, á la altura del marco de la puerta, sin que de allá para arriba le fuese lícito al buen hombre extender el almagre, que desde la empapada escoba goteaba sobre su calva frente, llena de sudor.

Era Lopez de tan humilde cuerpo como levantados pensamientos, y no pareciéndole bien el blanqueo, que es á lo que más se atreven los labradores; cuando se atreven; deseaba hacer que su casa pareciese hecha de ladrillo fino, como él habia visto algunas en Madrid, en época harto lejana; pues nada ménos se referia que á los primeros años del siglo, en que su padre, mayordomo á la sazon del difunto señor de Ínsua, le habia llevado consigo á la córte, adonde le enviaba el amo de vez en cuando para hacer compras y encargos de importancia.

Lopez iba y venía, poníase en puntillas, maldiciendo la ruindad de sus piernas, tan poco conforme con el ánimo resuelto; cantaba, daba voces á su hermana, la cual respondia *sí* ó *no*, cuando no permanecia en silencio; mas, con todo eso, la pintura no llegaba sino á cierto punto, pues Lopez no consentia en ma-

nera alguna en que nadie, al pasar, advirtiese que se habia visto obligado á subirse en un banquillo para llegar con la escoba al balcon, adonde todos los vecinos llegaban con la mano desde el suelo.

Tales y tamaños pensamientos tenian perplejo al pequeño y atrevido Lopez, sin que por eso dejase de interrumpir á menudo su tarea para hablar con Lorenza.

«Pues, lo que digo», exclamaba, «lo que digo siempre y he dicho ahora — maldita pintura, que me está poniendo hecho un San Lázaro á la vista de cuantos pasan, en vez de quedarse en la pared!— Lo que digo, Lorenza: la casa de Ínsua se acabó para siempre, y estoy por jurar que no volvemos á ver el pelo á D. Ramiro; lo único que siento es no conocer á mi cofrade que le afeita, quiero decir, la barba, no el pelo, el cual debe de ser algun intrigante de marca mayor, que le ha hablado mal de mí, diciéndole no se fie de mi mucha habilidad, como si esos franceses fuera ninguno de ellos capaz de tener más que yo; hablo de la habilidad, porque en cuanto á marca, bien me está, Lorenza, ahora que nadie nos oye, el confesar que, desgraciadamente, no llego á una marca muy alta que digamos, con lo cual — por vida de la escoba, de la pintura, de la casa y de quien la la-

bró, que debió de ser algun gigante, segun lo alto que puso el balcon, para que yo me la echase encima; no la casa, sino la pintura; porque desde que Caamaño con su sorna, y doña Teresa con su mala lengua, han dado en decir que soy confuso y enredado cuando hablo— Pero, Lorenza, ¿estás ahí?

«Sí», replicó Lorenza, sin dejar de escardar.

«Pues por qué no contestas? Habráse visto mujer como ésta! Vivir contigo es lo mismo que tener en casa una piedra— Y qué bien me vendria ésa que está al lado del camino, añadió para sí Lopez; con sólo traerla rodando hasta aquí, me encaramaba en ella, y concluia de pintar la parte baja; mas no quiero se ria nadie de mí. Y si algun vecino me llega á atisbar, correrá la voz de que me tengo por pequeño, lo cual no será miéntras Lopez viva— Lorenza! Lorenzaaa!

«Qué?»

«Qué haces, mujer, que no me contestas! Tienes un alma, que ya— Si el emperador Heródes viviera en estos tiempos, de seguro te mandaba matar por inocente. Parece imposible que seas hermana de tu hermano, sin cuyo permiso no se muere el más cativo pollino desde Betanzos á Puentedeume; el cual, aunque pobre, te quiere y ha de dar dias de

gloria al nombre que heredó de sus padres; que siempre nosotros hemos sido personas de importancia y representacion en la Mariña. Pero, si no me engaño, de la parte de Betanzos veo encaminarse hácia acá á varios hombres en sendos caballos, los cuales vienen hablando á más y mejor, á pesar del buen trote que traen — »

Con tales y tan enredadas razones daba Lopez á entender lo que pensaba y veia, no siendo el entenderlas tarea fácil para los que en ello pudieran tener algun interes, lo cual jamas acaecia á la pacífica y callada Lorenza.

Bajaban á esto una cuesta no lejana los jinetes á quienes Lopez habia visto, y justo será pongamos en ellos la vista, cuando no por otra razon, al ménos para hacer lo mismo que el insigne barbero.

Eran los viajeros, dos jóvenes de la misma edad, con corta diferencia, aunque en el rostro y aspecto exterior, no del todo semejantes. Ambos eran gallardos y de bizarra apostura; vestian trajes semejantes, conformes al uso de los años cuarenta á cuarenta y tres, y de los que, á la sazon, llevaban los ingleses en el campo para montar á caballo; esto es: gorras de color oscuro, de forma igual á las que usan los *jockeys*, levitas cortas, de color verde-botella, calzon

de punto, y altas y flexibles botas de montar. Los látigos con puños de martillo, nueva moda á la sazon, que en las manos llevaban, servian de mero adorno, pues las cabalgaduras, de sangre pura inglesa, más bien requerian ser apaciguadas con blandura, que recibir la menor ayuda de látigo ni espuela.

Pero, si en el cuerpo, traje y cabalgaduras iban muy á la par entrambos jóvenes, no así en el rostro; tenía el de la derecha cabello castaño claro, perfectas facciones y sonrosado color; llevaba solamente bigote, que habria parecido rubio, á no ver á su lado las blondas patillas del compañero. Era éste no ménos hermoso: su tez blanca y sonrosada como la de una doncella, los ojos azulados como el cielo sereno, el perfil ménos correcto y el conjunto de la persona, por demas apuesto y gallardo, daban á entender claramente que por sus venas corria la noble sangre anglo-sajona, así como por las de su compañero la nobilísima sangre del celta y del godo-suevo.

Tampoco demostraban igualdad de pensamientos los rostros de los jóvenes, pues con la serenidad y aspecto un poco altivo del rubio, contrastaba el ademan inquieto y la tristeza que á menudo cubria el rostro de su amigo. Este, poniendo el caballo de nuevo al paso, exclamó:

« *Sir Georges*, tenga usted ese caballo; que desde aquí se divisa el pazo de Ínsua. »

Hízolo así el inglés, y siguiendo la mirada de su compañero, extendió la vista hácia el desagüe del Lambre, despues de lo cual dijo:

« Admirable cuadro tenemos ahí delante. »

« Pase por cuadro, pero no estaria demas cierto *comfort* en la venerable mansion de mis mayores », repuso Ramiro Sada de Ínsua, que era, como sin duda se ha sospechado ya el lector, el compañero del inglés.

« Siempre esa amargura, amigo mio; siempre esa sonrisa volteriana, empapada en sangre y veneno, que le han enseñado á usted nuestros desgraciados vecinos los franceses! »

« Jorge, fácil es predicar conformidad al pobre; mas quien se ponga en mi lugar no hallará tan fácilmente consuelo — No se ria usted, amigo mio; dentro de poco verá mi casa; y, por su estado, comprenderá cuál es el de mis bienes; no le digo á usted más; que pronto se convencerá por sus propios ojos. »

« Si viera usted la envidia que le tengo, Ramiro! De qué me sirve la riqueza, si mis parientes son mis mayores enemigos, y no tengo una sola persona en Inglaterra que piense en mí, como en usted su tio y su prima? »

«Mi tio! — más valia que me hubiera dejado casar cuando yo lo deseaba, sin saber qué era el mundo. En cuanto á mi prima, supongo habrá ya dado al olvido nuestro cándido amor, de la inocente infancia.»

Sir Georges miró con seriedad á Ramiro, y dijo:

«Ramiro, es usted pobre y tiene deudas; pero desde ahora le aseguro que, si no es feliz, será por culpa suya. En Galicia se vive sin gastar apénas dinero: retirado á su castillo, y administrando por sí propio los bienes, puede usted, en pocos años, pagar lo que debe, aumentar el caudal, casarse con una mujer hermosa y buena, que le ama, y causarme todavía más envidia de la que hoy me causa — se rie usted? Ya sabe usted, amigo mio, que esa sonrisa, estereotipada en los labios de la juventud francesa de nuestros dias, es la sonrisa de la impiedad y de la nada —» (1).

«Parece imposible, Jorge, que hombre tan jóven como usted y que apénas me lleva un año, haya emprendido tan pronto la carrera de predicador.»

«Búrlese, amigo mio, burlese de este inglés *excéntrico*, que pudiendo gozar de sus riquezas en donde

(1) El autor reconoce, sin la menor dificultad, que lo que era cierto en Francia por los tiempos á que se refiere, no lo es ya de igual manera.

mejor le acomode, se viene á pasar una temporada en tierra maldita, segun usted.»

«En tierra maldita, sí, y lo repito, Jorge. Siglos hace que sobre la frente del español ha caido la maldicion del cielo— Prepotente en el mundo, semejante recuerdo es hoy nn tormento; de claro ingenio, llora la perdida ciencia; de imaginacion sublime y creadora; se ve hoy sin letras ni artes; esforzado marino, no posee en sus arsenales sino los carcomidos restos de Trafalgar; soldado valiente, ha visto puestas en duda sus calidades guerreras—qué nos queda, Jorge, que nos queda, si hemos perdido lo último que pierde un pueblo, que es la confianza en sí propio!!»

«No exagere usted.»

«Para mí, Jorge, no es usted extranjero, sino amigo, á quien quiero como si fuera mi hermano. Hartas veces se ha quejado conmigo de los defectos y vicios de los ingleses, para que yo no tenga confianza en esta ocasion. De ese modo, hágame el favor de decirme en qué exagero. Nos queda hoy del pasado poder otra cosa sino el recuerdo? Sí, tiene usted razon; nos quedan los insensatos charlatanes, qne, hablando sin cesar á su pueblo de glorias pasadas, le engañan y adormecen, alejando de su vista la miseria presen-

te, y eso, no por patriotismo, sino para medrar á costa de un pueblo inocente, que, como apartado del trato con los demas, se cree, en verdad, superior á cuanto no conoce.»

«Eso es propio del vulgo en todas partes.»

«Sí, pero aquí el vulgo lo inunda todo — de manera que con cuatro alardes de lo que llamamos españolismo, el cual sólo consiste en odiar lo extranjero sin mejorar lo propio, es fácil al más necio llegar á ser tenido por hombre de pro, miéntras el que se proponga decir la verdad á sus conciudadanos se verá crucificado. Bien sabe usted que en Inglaterra acaece lo contrario.»

«No tanto como usted cree; si bien no le quiero negar la verdad; pero tenga presente que en mi tierra, el poder cada cual expresar libremente su opinion se debe á la libertad de que gozamos—»

«Acaso me tiene usted por enemigo de ella? no, Jorge! Pluguiera á Dios que jamas hubiese acaecido lo de Villalar! Todo el mundo, en vez de perder, habria ganado en ello. No parece sino que nuestros ricos-hombres deseaban morir en la antecámara del Rey, como al cabo les ha sucedido!»

CAPÍTULO III.

«Siempre ese empeño en ver las cosas por su peor aspecto!»

«Pues qué, Jorge, por ventura exagero? España ha de ser, de hoy en adelante, del que ménos crea. En cuanto al triste que, juzgando por su propio corazon, imagine hacer lo suficiente, cumpliendo con su deber, ése recibirá, en pago de tan necia confianza— á lo más, un balazo por la espalda!»

«Por Dios, Ramiro!»

«Lo que hemos visto hasta ahora es levísima muestra de lo que nos queda por ver. Ah Jorge! usted habla como aquel que sabe con toda seguridad el camino que ha de emprender y seguir hasta la muerte! Felices ustedes, que se hallan en semejante caso. Pero nosotros! Nosotros, á fuerza de recibir desengaños desde el punto en que nacemos, qué mucho, despues de habernos hecho renegar de lo pasado, que

no tengamos fe en lo presente ni en lo porvenir? En cuanto á mí, prefiero la muerte á darme por vencido y consentir en acoger con aplauso al vencedor. Crea usted, Jorge, que si mañana se alza bandera en su contra, no seré yo el último que acuda á semejante llamamiento.»

«Mal hará usted, Ramiro, pudiendo hallar en su casa la paz y ventura que le esperan.»

«La paz de la estólida oveja, á quien primero esquilan y despues matan, sin que ella sepa otra cosa sino despedirse de la vida con algunos tristes balidos!»

«Perdone usted, Ramiro; pues he mirado, en efecto, con poca detencion el estado á que hoy queda reducida la clase aristocrática en Esapña. Pero en fin, somos amigos ó no?»

«Quién lo duda, Jorge?»

«Pues entónces hablemos con franqueza. Cree usted, por ventura, que los liberales son responsables de la muerte de la aristocracia española?»

«Sabe usted que siempre he acusado á nuestros grandes de haber desconocido su deber—»

«E injustamente, Ramiro. Los grandes de España han sido desgraciados, pero no criminales. Ni tampoco era fácil negarse á las mercedes de un rey absoluto.»

« Para eso nacieron nobles y con suficiente riqueza. Ademas, si el rehusar enérgicamente lo que les humillaba, les hubiera hecho ser mal mirados en la córte, tenian, como la aristocracia inglesa, castillos y tierras, adonde podian acogerse y vivir con dignidad.»

« Castillos? Ignora usted, Ramiro, ó por mejor decir, le ciega á usted hasta tal punto la pasion, que se olvida de que en España no habia castillos, desde los Reyes Católicos? Hablo de verdaderos castillos, como los nuestros. Los Reyes Católicos creyeron que todo era poco para humillar á una nobleza generosa, pero inquieta y turbulenta; de esa manera, hicieron desde entónces cuanto estaba en su mano para trocar al señor feudal en palatino — y lo lograron — más por su desgracia que porla de la nobleza española! »

« Sí, Jorge; no soy ciego, para desconocer el estado de mi clase, y las causas que nos han traido á este punto, pero qué quiere usted? Ni tengo paciencia, ni es tan fácil hallar consuelo al ver despeñar al abismo la última piedra del edificio á cuya sombra ha vivido mi familia durante tantos siglos! Ni siquiera nos es lícito morir con honra, ántes bien, los que hoy mandan, incapaces de llegar á nosotros, nos han hecho bajar á su nivel. Tenemos la incompara-

ble dicha de poder ser médicos, abogados y escritores— Quién sabe? Acaso mis hijos, olvidados de quienes más obligacion tenian de mirar por ellos, habrán de escribir para ganarse la vida! Más nos valiera haber muerto con honra!!»

«No sé por qué se asusta usted tanto de ver mañana á sus hijos escritores: usted, que tanto conoce mi tierra, se ha olvidado ya del precio á que vendia lord Byron sus versos? No ha sido Walter Scott báronet? Y hoy mismo, no son miembros del Parlamento inglés, y personas de gran representacion en nuestro pueblo, hombres cuyo mérito; mérito real y positivo; es el haber sido escritores eminentes, ya en el terreno de la ciencia, ó bien en el campo de la amena literatura?»

«Ah, Jorge! si gran parte de lo que ustedes tienen, lo pudiéramos trasladar aquí— pero eso es hablar de la mar. Si á estas fechas me pudiesen oir todos los españoles, resonáran diez y seis millones de carcajadas por todos los ámbitos de la Península!»

«Nadie puede decir la suerte que les espera á ustedes; pero es justo tener presentes los años, y áun siglos, que ha necesitado Inglaterra para llegar al estado en que se halla.»

«Pasarán años y edades, Jorge, ántes de que esto

vuelva á la vida. Acaba usted de ver el Ferrol? pues ésa es la imágen de España, sin contar, con que no hay ni esperanza de remedio (1).»

«Vaya, Ramiro, no tiene usted perdon de Dios; dentro de poco se hallará de vuelta en su casa, entre su tio y un ángel que llora por usted, hace ya no pocos años—»

«No creo que Aurora se acuerde de mí; la prueba es, que apénas me escribe.»

«Ingrato! y no veia en las cartas que últimamente recibia de vez en cuando; no veia usted la tristeza y dolor con que su prima se expresaba?»

«Más bien parecia despecho.»

«Despecho! cuando jurára yo que las escribia derramando lágrimas de amargura!»

Ramiro sólo respondió con un gesto de impaciencia; mas sir Georges añadió:

«Animo, Ramiro; sea usted hombre; cierto que su estado de usted es, por desgracia, harto diferente del mio; pero Dios no abandona á quien en él confia. Animo!!»

«Ya sabe usted que no me falta; pero todo es conforme á las circunstancias en que cada cual se halla.

(1) Téngase presente la época en que pasan los sucesos de esta novela.

Usted puede tener ánimo para unirse á un partido y poner cuanto esté en su mano para contribuir, con arreglo á estas ó aquellas opiniones políticas, á la prosperidad y grandeza de Inglaterra; ó bien al frente de la milicia de su condado, como ántes mi padre á la cabeza del provincial de Betanzos, lidiar con los enemigos de la nacion y defender el hogar de sus mayores: gloriosa empresa para un noble, no ménos útil á la patria. Y á todo esto, como no es la codicia del sueldo la que le mueve á usted en defensa del trono y de la libertad de su pueblo, no está de antemano vendido; como decia Napoleon de los que pedian empleo meramente por el dinero.» Calló Ramiro, mostrando en el rostro los negros pensamientos que le agobiaban. Sir Georges le miraba tambien en silencio, aunque podria decirse que ambos jóvenes seguian conversando, pues sus pensamientos iban á la par; diálogo que el hombre prefiere cuando no hay para qué repetir verdades de todos conocidas y acatadas. Ramiro añadió:

«En cuanto á mí, en lugar de la representacion que tenía mi padre, no hallo sino dos caminos: ó vivir oscuramente en un rincon, apartado de todo trato y sin amigos, de quienes mañana habré menester para dar carrera á mis hijos, ó emplear el tiempo

en asuntos políticos, si bien, para ello, no soy capaz de aborrecer á mis semejantes, como hasta el presente nos hemos aborrecido unos á otros los españoles.

«No diga usted eso! — y sobre todo, elija usted el primer camino.»

«Entónces no podré dar carrera á mis hijos, y como despues de dividida la casa, se quedan sin amparo ni arrimo, tendré el consuelo de dejarles á mi muerte, si no á ellos, todo lo más á mis nietos, una soga para ahorcarse! A ménos que no tenga el placer de verles desde el otro mundo dar la mano á los que acaso hayan incendiado á Ínsua ó sido causantes de mi muerte!! Confiese usted, Jorge, que, de hallarse en mi caso, no miraria las cosas con la serenidad que al presente.»

«Tiene usted razon, y me hago cargo de los motivos en que se fundan sus amargos pensamientos; con todo, y á pesar de que no dudo habrá de padecer y acaso verse perseguido en medio de los continuos cambios que trastornan á España, desde ahora le digo que, con una poca serenidad en el alma y una poca paciencia—»

«Ve usted allá el antiguo castillo de Ínsua, cuyos señores han padecido más en defensa de esta comar-

ca, contra invasiones extranjeras, por mucho que lo pasen en silencio sus enemigos, que cuanto estos juntos puedan padecer, en pago del sueldo que cuestan á la nacion? Quién me dice que, dentro de pocos años, no estén arrasadas aquellas antiguas murallas, y su dueño perseguido de muerte?»

«Qué cosas tiene usted!», exclamó sir Georges, mirando á Ramiro con dolorosa inquietud.

«No sueño, amigo mio. Por ventura sería en España el primero el caso de Ínsua? Nada; me condeno á morirme de necio en un rincon, ó esos ricos nuevos, que creen merecer nuestro lugar porque no conservan una sola buena calidad del generoso pueblo á que deben el orígen, ni una virtud de la nobleza, á la cual asesinan y quieren remedar, darán pronto en tierra con el único noble de levantado espíritu que se atreva á arrostrarles.»

«El que se tiene por desdichado lo ve todo con triste y negrísimo color, y como usted se tiene por tal, sin serlo —»

«Ah, con que no soy desdichado!», exclamó con harto enojo Ramiro.

«Su desdicha de usted consiste, no en lo que cree, sino, cabalmente, en lo que no cree —»

«Entiendo, entiendo lo que usted me quiere decir;

mas le ruego no lo manifieste en casa, porque mi tio con su intolerancia, y con su devocion mi prima, no me dejarian vivir.»

Sir Georges clavó los ojos con cariñosa lástima en el triste rostro de Ramiro, y siguió caminando en silencio.

Sir Georges Brentford, báronet, título que en la jerarquía inglesa viene en seguida del de lord, poseia cuantiosos bienes en Inglaterra, parte de ellos hácia Cornwall.

Cuando Ramiro fué á París, de agregado de embajada, tenía igual categoría en la inglesa sir Georges, con lo que ambos empezaron á tratarse con franqueza, verdaderamente extraordinaria en hijos de Inglaterra y Galicia, que son tal vez los dos pueblos de la tierra en donde, por efecto de la cortedad frecuente de caractéres, es menor el número de los que se llaman amigos, al paso que el de los verdaderos es mayor que en otras partes; teniendo siempre en cuenta los altos y bajos de la efímera naturaleza humana.

Sin saberlo, fué sir Georges la primera causa de los excesivos gastos de Ramiro, pues como eran amigos íntimos, y la vida de París es sumamente cara, sobre todo para jóvenes del estado social del señor

de Ínsua y del báronet inglés, éste no reparaba jamas en gastos, y Ramiro, sin poder igualarle, se arruinaba. Al cabo, murió la madre de sir Georges, viéndose éste obligado á irse á Inglaterra, con lo que Ramiro quedó solo en París, y lleno de deudas.

Tal era, en breves palabras, el orígen de la amistad y confianza entre sir Georges Brentford y el señor de Ínsua.—

Lopez, entre tanto, cuyos ojos eran de lince, miraba desde léjos, lleno de sorpresa, á entrambos jinetes, y, sin apartar de ellos los ojos, llamaba á su hermana para que los viniera á ver; mas ésta, ocupada en sus coles, se contentaba con decir «allá voy», y con seguir escardando.

«A *extrangis* huelen aquellos buenos señores, Lorenza; vén acá, y verás qué solideos con visera traen en la cabeza! Pues los caballos tienen pescuezos que jamás se acaban, y además son colines; qué diferentes del caballo del escribano Raposo, el cual tiene un cuello tan hermoso y tan gordo por arriba como por abajo, y una cola que ya— y una barriga, que no parece sino propia de una yegua de vientre.»

Y de esta manera prosiguió el bueno de Lopez burlándose del caballo del escribano Raposo, creyendo que le alababa; la intencion le salve. Por desgra-

cia, Lopez era, ó creia ser, albéitar, con lo que se tenía por docto en la materia, y á bien que no son mejores las razones que muchos tienen para presumir de doctos.

«Lorenza!» añadia, «corre, vén volando, mujer; que ya se acercan esos judíos, y no los vas á ver pasar. Judíos son, sin duda, porque á ningun cristiano viejo se le podia ocurrir el ataviarse como ellos y el montar en semejantes caballos. Jesus, qué sardinas! Ave María purísima! De cierto, son judíos, Lorenza, Lorenza, vén pronto, por Dios —»

Y Lopez no sabía si meterse dentro de casa á sacar por fuerza á su hermana, ó permanecer á la puerta; mas los jinetes pusieron sus caballos á galope, pasando con increible rapidez por delante del asombrado Lopez, el cual no pudo ménos de dar un grito de sorpresa, al ver el rostro de Ramiro.

CAPÍTULO IV.

Desierto y abandonado parecia el Pazo; cerradas estaban casi todas sus ventanas, las paredes, sin enlucir años hacia, dejaban al descubierto los gruesos cantos y piedras arcillosas de que estaban construidas, bien así como por medio de la carcomida tablazon del viejo barco se ve á trozos su negro esqueleto.

Inculto el jardin, subia la hiedra por los troncos de los árboles sin podar, miéntras al pié nacian zarzas, ortigas y helechos; erial la huerta, apénas presentaba indicios de cultivo en el terreno próximo á la casa.

Sólo detras de ésta se alzaban los cárdenos murallones del antiguo castillo, como el soberbio roble del monte entre los restos de sus demas compañeros, talados por mano impía, para arrojarles desde la altura al valle.

Por la única alameda del jardin cuyo suelo se hallaba limpio de maleza, y que iba á parar á la propia puerta del Pazo, paseaba á la sazon un anciano de blanco y escaso cabello, bigote del mismo color, rostro pálido y enfermizo, y estatura, en otro tiempo, gallarda; mas hoy caminaba encorvado y apoyándose en el brazo de una hermosísima jóven, de mirada triste y rubios y largos rizos. Tal era, hacia ya algunos años, el aspecto de D. Pelayo Sada de Ínsua y de su hija Aurora. Detras de ellos, y á respetuosa distancia, seguia Caamaño, cuyo rostro y aspecto varonil y hercúleo eran siempre los mismos; solamente se notaba variacion en su cabello, de castaño oscuro que ántes era, convertido más de la mitad en blanco.

«Siempre llevamos el mismo paseo, hija mia», dijo el anciano con fatigosa voz; «siempre acudimos hácia la orilla de la ria, al sitio en donde se embarcó Ramiro —»

«Padre», respondió Aurora suspirando, «deberia usted añadir que jamas nos decimos adónde vamos, y con todo, siempre se nos ocurre igual pensamiento.»

«Tienes razon, hija mia, tienes razon.»

«Y luégo», añadió Aurora, «el recuerdo es lo que únicamente nos consuela, porque, quién nos dice el

camino que ha de traer Ramiro el dia en que venga — si llega á venir! »

« Sí, hija mia, vendrá. Va ya para un mes que no tenemos carta suya, despues que le envié la cantidad que me pedia — para venirse. Los Sadas de Ínsua no han mentido jamas! »

Siguieron andando lentamente y en silencio, Don Pelayo con la cabeza inclinada y los ojos puestos en el suelo, y Aurora poniendo los suyos al traves de los árboles, en la ria, y de vez en cuando en el camino del Ferrol. Años hacia que Aurora tenía semejante costumbre; años hacia que Aurora miraba y esperaba en vano!

A la mitad de la alameda, trazaba ésta ancho semicírculo, rodeado de bancos de piedra, en uno de los cuales se sentaba D. Pelayo, así á la ida como á la vuelta. Hiciéronlo del mismo modo aquella tarde, y al volver la cabeza para hablar á Caamaño, se quedaron no poco sorprendidos de no hallarle.

« Adónde se habrá ido Caamaño? », exclamó el anciano, quien no pocas veces tenía necesidad del vigoroso brazo del buen marinero, al volver de paseo.

« Ya volverá, padre mio; de seguro le tendrá usted al lado para cuando haga falta. »

«No, pues hoy ha de hacer falta pronto, porque me hallo con ménos fuerzas que estos dias pasados.»

«Se siente usted peor?»

«No, sino un tanto más débil.»

Miró por un momento Aurora, llena de cariñosa inquietud, á su padre, y en seguida fué á levantarse para llamar á Caamaño; mas no fué necesario, pues éste se hallaba presente y en la misma disposicion de todas las tardes.

«Ya le iba á llamar á usted, Caamaño, creyendo se habia ido», exclamó Aurora.

«Bien sabía yo», repuso D. Pelayo, «que el buen Caamaño no me habia de abandonar de esa manera!»

Singular era, por cierto, el ademan de Caamaño á la sazon. En vez de contestar á Aurora ó dar las gracias á D. Pelayo, el marinero permaneció en silencio, dando vueltas en la mano á su gorra de punto; única prenda que le quedaba del antiguo oficio; mirando de extraordinaria manera á la jóven siempre que el anciano inclinaba la cabeza, y cuando éste la alzaba, poniéndose á mirar al cielo y á las copas de los árboles, con ademanes propios de aquel que se siente malo ó empieza á perder el juicio. Caamaño, inmóvil siempre y silencioso como una piedra, apénas podia hoy permanecer un segundo sin variar de

postura, toser, bostezar ó rascarse la cabeza, cada vez con mayores muestras de desconcierto y falta de sosiego.

«Se ha puesto usted enfermo, Caamaño?», dijo Aurora al verle hacer un gesto, incomprensible para ella.

«Eh! no señora, cá — de ningun modo — al contrario, estoy muy bueno, más bueno — que nunca!»

«No, pues se me figura que le pasa lo contrario de lo que dice.»

Caamaño entónces hizo sobrehumano esfuerzo, y cruzándose de brazos, puso los ojos en el suelo, tosiendo, á la verdad, de insólita manera; y acaecia que, como con una tos deseaba, al parecer, borrar el primer efecto de la primera, la boca de Caamaño se convirtió en verdadero torrente de toses, lo que aumentó el susto de la jóven y el desconcierto del marinero. La tos de éste fué creciendo de manera, que áun Don Pelayo reparó en ella, y dijo:

«Caamaño, para marinero eres más que sobrio; pero se me figura que hoy has empinado algo el codo — digo, á juzgar por las apariencias — he acertado, Caamaño?»

Mas éste, con el rostro encendido, iba y venía con ademanes cada vez más desordenados, y no acertaba sino á reirse, á toser, á pararse de nuevo, convertido

en estatua, y á todo esto, sin serle posible hablar palabra. De pronto dió varios pasos atras, y se quedó mirando hácia la alameda por donde acababan de venir. Nada podian ver D. Pelayo y su hija desde el asiento en que se hallaban; con lo que Aurora no pudo ménos de levantarse, movida de gran curiosidad, á ver qué traia al buen Caamaño tan fuera de sí.

Mas al hacerlo, se quedó igualmente atónita y muda, sin que el anciano pudiese lograr de su hija la menor respuesta.

«Qué te detiene, Ramiro?», exclamó al cabo Aurora con voz baja y temblosa; «llega, que aquí está mi padre — y tu tio! —»

Antes de poderse D. Pelayo levantar, ya tenía á sus piés á Ramiro de rodillas, besándole las manos y empapándoselas en lágrimas. Aurora sostenia á su padre; Caamaño lloraba.

De más es querer dar pormenores sobre semejante encuentro; inútil y enojoso, en verdad, fuera el osar poner de manifiesto los pensamientos de Aurora, Ramiro y D. Pelayo Sada.

Al cabo, despues de algunos minutos, Ramiro se puso en pié, y yendo hácia la alameda, se presentó con su gallardo y apuesto compañero, á quien traia

asido de la mano. Habia éste permanecido cortés y prudentemente á cierta distancia, y sin que nadie reparára en él, hasta que Ramiro se presentó de la manera referida, exclamando:

«Tio mio, presento á usted mi amigo, sir Jorge Brentford, á quien deberia, ante todo, llamar mi ángel custodio, pues á él debo, más que á mí propio, el hallarme en este instante cumpliendo con mi deber.»

Don Pelayo se alzó del banco, y apoyándose en su hija y Caamaño, saludó, como cortés y bien nacido, al amigo de su sobrino.—

Triste era, en verdad, el estado en que Ramiro hallaba su casa, ó más bien, en que él la habia puesto. Don Pelayo, obligado por las cartas de su sobrino, en que más de una vez amenazaba con quitarse la vida, no habia tenido otro remedio sino tomar dinero sobre las fincas, al premio que los usureros querian, pues en aquella época se hallaba Galicia, como toda España, en el estado más desastroso que darse puede. De esa manera, las deudas se habian ido acumulando sobre la casa, todo para satisfacer á París, monstruo insaciable, que en pocos dias devora y consume caudales que para formarse han necesitado siglos.

Afortunadamente, no habia por aquel tiempo en

Galicia quien quisiera los antiguos muebles del Pazo, con lo que éstos se habian conservado, adornando; más bien que sirviendo de comodidad; las espaciosas salas del vetusto edificio, que áun así parecia desmantelado. Las dos mejores habitaciones fueron dispuestas para Ramiro y su huésped, y con todo eso, no dejaba de lamentarse el jóven señor de Ínsua, cuando se hallaba á solas con Aurora y su tio, de la falta de comodidad que, de seguro, experimentaba el rico báronet.

Aurora acogia con el mayor sentimiento las cuitas de su primo, y procuraba remediar, en lo posible, las faltas advertidas. Mas Aurora, si bien lo ocultaba á su padre y se mostraba complacida y placentera, comprendió desde los primeros instantes que el corazon de Ramiro no latia á par del suyo. Tremenda verdad, que atormentaba á la inocente jóven, la cual no comprendia cómo su primo podia ser capaz de olvidar tanto amor como se habian tenido.

Ni es cosa de decir que Ramiro tratase con despego á su prima, ántes bien la hablaba á menudo de amor y de casamiento; mas la triste Aurora lloraba luégo á sus solas, al comparar semejante lenguaje con las pasadas promesas y ardientes juramentos. Ramiro la miraba con placer y experimentaba indudable-

mente satisfaccion al hablar con ella, mas no dejaba por eso de reirse de lo que él llamaba las inocentadas de su *galleguita*. Mísera Aurora! cómo despedazaba su corazon el recuerdo de lo pasado, y el compararle con lo presente! A veces dudaba fuese Ramiro el mismo de otro tiempo.

Tambien es de advertir que sir Georges proponia á menudo diversas expediciones tierra adentro, ó á lo largo de la costa, á las cuales siempre iban juntos ambos jóvenes, montados en los dos caballos, propios del báronet, y seguidos de un par de criados, que á todas partes les acompañaban. Antes de continuar, hay que advertir que sir Georges Brentford navegaba en un hermoso *yacht* propio, en el cual habian venido los dos jóvenes desde el Havre al Ferrol.

Al cabo de unos quince dias, sir Georges manifestó que, pues ya dejaba establecido en casa á su buen Ramiro, él pensaba encaminarse á Madrid, no en diligencia, correo ni silla de posta, sino como suelen hacerlo muchos paisanos suyos, esto es, á caballo, y deteniéndose donde mejor le pareciese, para ver la tierra y conocer las ciudades.

«De buen grado acompañaria á usted», exclamó Ramiro, sin poderse contener.

El báronet, que hablaba en castellano con grande

correccion, si bien harto despacio y con señalado acento extranjero, se contentó con responder:

«Sabe usted, Ramiro, que soy su amigo, y, no digo ahora, que le es casi imposible dejar su casa, sino el dia en que pueda hacerlo con toda libertad, no tiene usted más que ponerme dos letras, y le esperaré donde quiera, lo mismo en Madrid que en Lóndres, así en New-York como en Calcutta.»

«Gracias, amigo mio, ya lo sé», replicó Ramiro con talante propio de aquel que recibe una leccion severa, dada con amabilidad por persona que le quiere sinceramente.

Sir Georges Brentford salió al dia siguiente para Madrid, no sin prometer pasar unos dias en el Pazo de Ínsua á su vuelta para Inglaterra.

Singular y por demas extraordinario era el carácter de sir Georges Brentford; miéntras se hallaba en casa, nadie oia su voz, de la cual, si bien era en extremo agradable, jamas se servia sino para hablar en tono bajo y suave; sus modales eran siempre igualmente bizarros y corteses, sin la menor afectacion; intachable su aseo, y el trato, aunque un tanto frio y reservado al principio, inspiraba á poco tiempo simpatía y cariño. Con tacto verdaderamente propio de persona de talento y excelente crianza, apénas se

mostró los primeros dias en el Pazo sino á ciertas horas, tratando de que Ramiro permaneciese, siempre que fuera posible, al lado de su tio y de su hermosísima prima, lo cual no solia acaecer, pues ya hemos visto que Ramiro preferia acompañar á su amigo.

Mas, cuando comprendieron en Ínsua lo mucho que el báronet valia, fué apénas se verificó su partida. Pequeño era el ruido que sir Georges y sus dos criados, tan poco habladores como él, causaban en casa, y con todo eso, áun los servidores comenzaron á echar de ménos aquel señor, cuyos criados parecian á su vez caballeros, y trataban cortésmente á todo el mundo. Si esta razon era la principal que entristecia á los habitantes del piso bajo, en el superior, Don Pelayo echaba de ménos la entretenida y agradable conversacion de sir Georges; Ramiro bostezaba, aburrido, y Aurora no podia ménos de confesar, cuando su primo la preguntaba la causa de su distraida tristeza, que no parecia sino que con aquel jóven tan callado y poco amigo de ruido, acababa de desaparecer la alegría de la casa.

«Tienes razon», respondia Ramiro; «Jorge es el hombre mejor que conozco, y dudo le haya superior en el mundo. Buen amigo, rico, valiente, hermoso,

todo lo reune; y no sé qué ha podido moverle á tenerme el cariño que me profesa, pues tan inferior soy á él en todo—»

«Te tienes en ménos de lo que vales, Ramiro.»

«Es que no puedo valer ménos de lo que valgo, Aurora.»

Así concluian, poco más ó ménos, todos los diálogos entre ambos primos.

Infeliz Aurora!

CAPÍTULO V.

D. Pelayo Sada ocupaba parte de la mañana en dar cuenta á su sobrino del estado de los bienes, no muy agradable en verdad, mas no del todo sin esperanza, con tal que Ramiro se aviniese á vivir en Galicia y en el Pazo la mayor parte del tiempo, seis ú ocho años, con lo cual se podrian ir pagando las deudas y restableciendo la casa. Ramiro se prestaba dócilmente á trabajar con su tio, mas con tibieza, y aun á veces pasaba por su rostro un gesto de desesperacion, fugaz como el relámpago; lo cual no advertia casi nunca el buen anciano, enfermo y achacoso, ocupado meramente en poner al cabo de todo á su sobrino. Pero Elvira pasaba las noches en vela, llorando la indiferencia de Ramiro y comprendiendo, por instinto, el horroroso estado del alma de su primo.

Si va á decir verdad, no podia ser más triste.

7

Cuando la inundacion arrasa el valle, arranca matas y árboles, dejando sólo el enhiesto y descarnado peñasco, el cual ahora señorea el espantable suelo, esterilizado por la arena, como ántes señoreaba prados y umbrías; del mismo modo, la tempestad de las pasiones, desatada en el corazon de Ramiro, lo habia barrido todo, salvo la honra, á la cual aun obedecia el jóven, acaso más por orgullo que por otro virtuoso pensamiento.

No era Ramiro lo que suele llamarse impío; en religion era más bien indiferente, y sólo de vez en cuando daba á entender su escasa fe para todo. En el mundo no habia, segun él, otro hombre honrado sino sir Georges Brentford, y eso era verdadero milagro; como si su tio, su prima y los leales servidores, que con tanto cariño le habian recibido á la vuelta, no fueran verdaderas pruebas de lo mucho que se equivocaba! De semejantes pensamientos nació el más negro hastío y desprecio de la vida que puede imaginarse. Con razon solia llamar Ramiro á Brentford su ángel custodio, pues fué quien le animó á abandonar la muelle y afeminada vida que llevaba en París, cuando, por su parte, apénas tenía fuerzas para intentarlo.

Pasaban meses, y aunque Ramiro hablaba á menu-

do con Aurora de casarse, jamas señalaba término, bien que su hermosa prima no le alentaba á ello mucho, sino todo lo contrario. A veces servíala de plausible pretexto la falta de salud de su anciano padre, con lo cual, segun ella decia, no tenía tiempo sino para pensar en asistirle. Ni dejaba de poner por delante á Ramiro la falta de recursos para casarse conforme al esplendor y antiguo renombre de la familia. No tenía Aurora mucho que hacer para dilatar la boda, pues Ramiro hablaba de ella más bien como quien cumple con el deber, que movido del entrañable afecto que en otro tiempo profesaba á su prima, cuyo mísero corazon despedazaba pena cada vez más profunda, y sin esperanza de consuelo!

Aurora, que durante la ausencia se tenía por desgraciada, echaba ahora de ménos aquellos tiempos pasados, en que aun la era lícito dudar de los pensamientos de Ramiro; pero ya no tenía, de presente, la menor duda, segura como estaba de que su primo se consideraba obligado á casarse con ella por la palabra empeñada, y no por el amor.

Cierto que para un jóven aficionado, cual á otra ninguna, á la vida frívola y meramente exterior, no podia darse más desapacible contraste que el de la existencia del jóven señor de Ínsua. Si lo que en

París se compra y vende con nombre de amor no hubiese convertido en ceniza el cariño de Ramiro á su prima, aun habrian podido ser ambos dichosos; mas el jóven volvia de su infausto viaje con el gusto estragado y el corazon empedernido, siendo Aurora la única persona en Ínsua que desde el principio se habia hecho cargo de que Ramiro permanecia en el Pazo y hablaba de casarse tan sólo movido de su orgullo, que le obligaba á cumplir la palabra empeñada.

Tal era tambien el recurso de que se habia valido Brentford para sacarle del lodazal, obligándole en seguida á permanecer en Ínsua.

A fines de Septiembre volvió Brentford, de paso para Inglaterra, como lo habia prometido; mas cuando se presentó á la familia de Ínsua, nadie acertaba á comprender cómo aquel jóven, de fresco y sonrosado color, podia haber cambiado de tan extraordinaria manera.

Mustio, pálido y en extremo delgado, parecia su hermoso semblante propio de algun convaleciente, recien salido de larga enfermedad. Así se lo dió á entender D. Pelayo, á lo cual contestó Brentford que no habia hecho cama un solo dia, ni en su vida habia pasado temporada con mejor salud.

«Pues digo lo que mi tio!», exclamó Ramiro, «debe usted de haber estado enfermo, Jorge, segun lo delgado que está.»

«Ya ve usted cómo no hay tal cosa», replicó el báronet sonriéndose. «En cambio», añadió, «veo que usted, Ramiro, ha engruesado no poco desde la vista.»

«Qué quiere usted que me pase con esta vida meramente vegetal!», respondió el señor de Ínsua, metiéndose las manos en los bolsillos y recostándose en la butaca.

Sir Georges miró, sin poderse contener, hácia Aurora; mas ésta se levantaba en aquel momento, diciendo tenía qué hacer. Dió el inglés un leve suspiro, y respondió:

«Ya ve la diferencia, Ramiro. Usted, en su casa y en medio de sus parientes, está sano, bueno y engruesa; al paso que yo, despues de mi vida de gitano, vengo flaco y con cara de enfermo. Compare usted!»

«Oh! sí; soy tan feliz, que debe usted añadir, como suele tenerlo por costumbre, que me tiene envidia.»

«Y lo repito», dijo sir Georges riendo.

«Pues cambie usted.»

«Ahora mismo.»

«Si se pudiera!»

«Vaya! Está usted loco, Ramiro!» dijo Brentford, poniéndose serio de repente.

D. Pelayo, embargado por los achaques, no solia reparar en las palabras de mal humor de su sobrino; pero, como entónces no podia ménos de estar atento á la conversacion, vió con disgusto semejante manera de hablar, por lo cual dijo:

«Ramiro, hay cosas de que un caballero no puede hablar jamas con ligereza; la tuya ha sido causa de que nuestro buen amigo, sir Jorge, te haya tenido que llamar loco, por no llamarte cosa peor.»

Jamas habia hablado así D. Pelayo á su sobrino; pero éste, sin querer hacerse cargo de que el tono despreciativo con que habia propuesto á sir Georges *cambiar*, no podia ménos de ofender al padre de Aurora, dió muestras de enojo de tan señalada manera, que D. Pelayo le dijo:

«Ramiro, delante de sir Jorge Brentford, que se ha portado contigo como cariñosísimo hermano, se te puede decir la verdad. Hasta ahora no me habia hecho, ó querido hacer cargo de lo mudado que venías de tu viaje á Francia; mas, puesto que de ese modo te quitas hoy la máscara, te diré que, sin necesidad

de cambiar con nadie, puedes hacer lo que mejor te acomode, pues con nosotros no tienes el menor compromiso, y en breve te dejarémos, yo y mi hija, libre en tu casa, para que hagas lo que mejor te parezca.»

En otra ocasion Ramiro se habria disculpado con su tio; pero en la presente y delante de Brentford, creyó no debia callarse, y ademas que Aurora, apoyada en el quicio de la puerta, parecia como que estaba sin querer entrar, hasta ver lo que decia su primo.

«Tio», exclamó Ramiro, «nunca olvidaré la sangre que corre por mis venas, y pues me hallo resuelto á cumplir á Aurora la promesa de casamiento, nada más se me puede exigir!»

«Ah! Y tú crees que cumples con eso?»

«Sí, señor.»

«Y el cariño con que esa triste niña te ha consagrado su vida entera, crees, por ventura, que no merecia algo más que el cumplir un juramento, con la misma indiferencia con que el soldado obedece la consigna? Ah, Ramiro, Ramiro! qué mal hice en permitirte jurar el dia de tu despedida!»

«Ántes bien debió usted dejarme casar entónces, que amaba á Aurora con el candor de la inocencia, y no que—»

«Ramiro!» exclamó sir Georges.

«Puedo hacer más?» repuso el jóven fuera de sí, «puedo hacer más? Si el fuego de mi corazon se ha trocado en nieve, yo no tengo la culpa, y lo único que puedo hacer es lo que hago — padecer y callar.»

«Entra, Aurora, hija mia», exclamó el triste anciano, «entra, y dile á tu primo lo que has pasado por él — lo que hemos pasado los dos —; dile que, si su corazon está de tal manera empedernido, para nada te hace falta su corazon, y si se cree obligado por su palabra — »

«Permítame usted, padre mio», dijo Aurora, llegándose al medio de la habitacion y mirando alternativamente á su padre y á Ramiro. Aurora permaneció un instante en silencio, y haciendo al cabo soberano esfuerzo, exclamó: «Ramiro, haces mal en creerte obligado por un juramento que nadie te exigia, y que, ademas, á nada te obligaba, siendo, como eras, menor de edad. Lo que el muchacho inexperto juró, mal puede obligar al hombre; y si por ventura te contiene lo que los hombres llamais honra, y no es amenudo sino orgullo y aun vanidad, desde ahora te digo que, por mi parte, estás tan libre de todo compromiso, como puede estarlo sir Jorge Brentford.»

No pudo éste ménos, á pesar de su serenidad acostumbrada, de estremecerse al oir las palabras de Aurora; mas permaneció en silencio.

«Tus palabras vienen á poner en claro mis dudas», respondió Ramiro. «De manera que ahora acabas de manifestarme lo que hace tiempo sospechaba; esto es, que de tu amor quedaban restos semejantes á los del mio, y nada más. Con todo eso, Aurora, y aunque me acuses de orgullo y aun de vanidad, soy caballero, te amo sinceramente, como primo, y en fin, aunque tú me declares libre de todo compromiso, yo no me tengo por tal; con lo que seguirémos, como hasta aquí, de novios, y nos casarémos en cuanto Dios y nuestra mísera suerte lo consientan.»

«Hablas por tí», respondió Aurora sonriéndose, «mas, por poco que yo valga, todavía creo tener derecho á que cuenten conmigo. No basta, Ramiro, que tú te sacrifiques; es preciso tenga yo tambien voluntad de sacrificarme.»

Á esto hizo sir Georges un movimiento, como dando la razon á Aurora, ó, por lo ménos, así lo supuso Ramiro, el cual advirtió al punto que, si no tenía corazon para amar á su prima, todavía le conservaba para experimentar celos; con lo que respondió:

«Ya veo que mis escrúpulos estaban de más, pues tan pronto te consuelas de la desaparicion de nuestro amor; tal vez halles pronto quien te haga ponerme para siempre en olvido.»

Las palabras, y sobre todo, la mirada de Ramiro daban tan claramente á entender el pensamiento, que sir Georges, pálido y conteniendo el enojo á duras penas, exclamó:

«Ramiro, si usted se cree con razon para ser cruel á fuerza de tibieza y desvío, por mi parte le niego el derecho de calumniar á nadie.»

Ramiro se puso en pié, y tartamudeando de ira, respondió:

«He nombrado á alguna persona, para calumniarla, sir Jorge?»

«Acuérdate», exclamó D. Pelayo, «que estás en casa de tu padre y delante de tu tio!»

«Ha calumniado usted á su prima», añadió sir Georges, bajando aun más la voz y con sañudo semblante.

«Ya veo», exclamó Ramiro, «que *las cañas se vuelven lanzas!* Mi prima ni siquiera se digna agradecer el sacrificio que hago por ella; mi tio tiene á bien recordarme que me hallo en casa de mi padre y delante de él, y mi amigo, sir Jorge Brentford, me

llama calumniador; todo esto á ciencia y paciencia del hijo de mi padre y en el propio Pazo de Ínsua; en casa de mi padre, ó lo que es lo mismo, en la mia! — »

D. Pelayo dió un dolorosísimo grito, y al oirle y ver que se queria alzar de su asiento, Aurora acudió á sostenerle, así como sir Georges, miéntras Ramiro se paseaba arriba y abajo, como desatentado.

Solemne silencio reinaba en la habitacion, sin que se oyesen más que las descompuestas pisadas de Ramiro.

«Se ha desmayado!», exclamó al fin Aurora, con los ojos clavados en el pálido y helado rostro de su padre.

«Acaba usted de matar á su tio y bienhechor», exclamó sir Georges, en voz baja, al oido de Ramiro.

Éste, mudo de espanto, se llegó al anciano, miéntras el báronet salia á toda prisa de la habitacion. Ramiro puso la mano en la frente de su tio, á quien Aurora seguia sosteniendo en los brazos, asió la helada diestra, y besándola, exclamó:

«Tio mio, he sido cobarde y malvado, pero le juro á usted emplear la vida entera en borrar mi iniquidad! Tio mio! No me oye usted? — »

Entraba á la sazon sir Georges Brentford, seguido por su ayuda de cámara, el cual sabia sangrar maravillosamente, y venía con una lanceta en la mano.

«Sangradle!», exclamó en inglés sir Georges; «sangradle, Smith, y si le devolveis la vida, bien sabeis lo agradecido que soy con quien me sirve tan lealmente como mi buen Smith.»

«Es inútil, señor», respondió Smith, «el anciano caballero ha muerto.»

«Con todo, haced por sangrarle.»

«Está bien.»

Sir Georges, apénas concluido este breve diálogo en inglés, compuso el rostro para no asustar á Aurora, y la rogó se retirase, pues habia que sangrar á don Pelayo.

«Aquí quiero seguir», repuso Aurora, «hasta que mi padre vuelva en sí!»

«Pues bien, sálgase usted siquiera por cortos momentos, miéntras le acostamos.»

«Despues que le sangre su ayuda de cámara de usted!» exclamó Aurora.

Sir Georges hizo breve seña á Ramiro, el cual la comprendió, y dijo á su prima:

«Aurora, vén á tu cuarto, y en dos minutos estamos de vuelta.»

«De más está engañarme, señores; porque si mi padre ha muerto, he de permanecer á su lado— »

«Aurora, si su padre de usted no ha muerto», ex-

clamó sir Georges, «puede hallarse tan grave que sea muy expuesto el no acostarle ahora mismo.»

«Aquí está Caamaño», dijo Ramiro, «que nos ayudará á desnudar al tio — Sir Jorge — acompañe usted por un momento á Aurora.»

Como las malas nuevas cunden pronto, habian acudido á la puerta todos los criados de la casa; con lo que el ama de llaves, D.ª Teresa, acudió á consolar á Aurora, y sir Georges pudo ayudar á los demas á llevar al lecho el cuerpo inerte de D. Pelayo Sada de Ínsua.

PARTE TERCERA.

CAPITULO PRIMERO.

Ocho dias despues de la muerte del anciano padre de Aurora, se hallaba ésta, vestida de rigoroso luto, en su habitacion y acompañada de Ramiro y sir Georges Brentford. Los semblantes de los tres jóvenes daban muestras de dolor, pero de tan diferente manera, que no podia ménos de sorprender.

Aurora, sumergida en tristísimos recuerdos, pensaba, con los ojos puestos en el suelo, ántes que nada, en la muerte de su padre.

Ramiro, despedazado el corazon por el remordimiento, apénas se atrevia á desplegar los labios.

Sir Georges Brentford, apoyado el codo en la ventana, contemplaba en silencio la hermosísima ria de Ares, donde se mecia blandamente su gracioso *yacht*,

en el cual brillaba en letras de oro el nombre de « Aurora.»

Se oyó en esto un golpe, suave y discretamente dado á la puerta de la habitacion, y á la voz de « adelante! » entró Smith, el cual habló breves palabras á su amo.

« *All right!* », exclamó éste; y poniéndose en pié, añadió en español: «Amigos mios, hora es ya de despedirnos; el tiempo no puede ser mejor, y el *yacht* espera— »

Y el hermoso jóven, con rostro sereno é imperturbable, alargaba la diestra á Aurora, quien le correspondió de la misma manera, diciéndole:

«Sir Jorge, sabe usted que nos ha prometido volver. »

« Sí, Aurora— si Dios queria, como añade siempre, tan cristianamente, el noble pueblo español— Si Dios quiere, volveré. »

«Dios quiere siempre que amigos tan buenos como nosotros conserven perpetuamente tan leal y honrada amistad!», exclamó Ramiro. «Sí, Jorge; á usted debo el ser quien soy, á usted las fuerzas que necesitaba para salir de París, y el valor que ahora he recobrado para pedir perdon á mi prima— y amarla, aunque no me ame, hasta la muerte! »

«No exagere usted, Ramiro», respondió sir Georges, «usted es mejor de lo que se cree, y la prueba es que ha oido con paciencia los sermones de un jóven poco mayor que usted, compañero suyo de vida de París, la cual no suele enseñar nada bueno á nadie, sobre todo, tal como la llevamos nosotros durante largo tiempo. Luégo, á lo último, ya vió usted cómo empezamos á cambiar, y era bien natural que así sucediese—»

Ramiro á esto, encendido como la grana y dando muestras de extraordinaria vergüenza, exclamó:

«Justo es, amigo mio, que ántes de salir usted de aquí y de despedirse, tal vez para siempre, sepa Aurora quién es su primo, y quién es usted, sir Jorge!»

«Ya sabe usted», le interrumpió éste, «que un caballero no puede faltar á su palabra, y usted faltaria á ella si—»

«Por Dios le ruego que me permita hablar!», exclamó Ramiro cruzando las manos.

«Imposible, amigo mio; es usted caballero, y no le digo más—»

«Será usted capaz de semejante crueldad?»

«Señor de Ínsua», respondió con señalada intencion sir Georges, «supongo que no habla usted de véras!»

«Qué crueldad, Jorge, qué crueldad!», dijo, lleno de desesperacion, Ramiro.

«Y no podré yo saber», exclamó Aurora, «qué secreto es ése que Ramiro tiene tal empeño en decir, y usted en callar?»

«Aurora», dijo despues de breves instantes de duda sir Georges, «lo que Ramiro desea no es más que una niñería — con todo, le permito que hable, sólo porque usted lo quiere, mas ha de aguardar á que suene un cañonazo del *yacht* — en cuyo momento le permito hable cuanto quiera, suplicándole únicamente no exagere, como suele, mi sincera amistad.»

«Es decir, Jorge, que no he de poder hablar delante de usted?»

«Cabalmente.»

Sir Georges dió de nuevo la mano á Aurora, y salió en compañía de su amigo. Al llegar á la puerta de la casa, el báronet rogó tan encarecidamente á Ramiro no le acompañase, que éste, conociendo la sinceridad de su amigo, se detuvo, con harto pesar, permaneciendo á la puerta hasta que sir Georges se perdió de vista por medio de los árboles.

Media hora despues se oyó el cañonazo del *yacht*, y Ramiro, cayendo de hinojos á los piés de Aurora, le dijo lo siguiente :

«Aurora, has visto á ese jóven, que más bien parece un viejo; le has visto serio, callado y triste, y tal vez, juzgando su carácter como generalmente se suele, has supuesto que ese inglés era tétrico y callado como todos sus compatriotas! Pues te has engañado, Aurora; sir Jorge Brentford era uno de los jóvenes más alegres y bulliciosos de París; á su lado parecia yo, al principio, lo que él ahora parece al mio.

»Arrastrado al fin por el torbellino de aquella vida, fueron poco á poco desapareciendo de mi mente los recuerdos de los primeros años, y á poco me vi de tal manera convertido en otro hombre, que apénas comprendia cómo era posible vivir una semana en Ínsua sin morirse de tristeza— Perdona, Aurora; me he propuesto hablarte con verdad, y en ello está mi disculpa.

»De más es decirte que al principio eran tus cartas mi único consuelo en París— pero, como ya te he dicho, todo fué poco á poco cambiando. Fáciles y variados placeres apartaban de mi mente tu recuerdo y el de mi deber, hasta el punto de que ya ni leia tus cartas— Pero, aunque habria dado los tesoros del Potosí por no tener que volver á Ínsua, lo cual para mí equivalia á la muerte, no por eso olvidaba jamas mi promesa de casamiento; de manera que, no por

cumplir con Dios, sino con la honra, estaba determinado á casarme — áun á despecho de mi corazon — que ya te habia olvidado, Aurora! —

» En fin, tales pensamientos me afligian y traian amenudo fuera de mí, sobre lo cual no dejaba de embromarme sir Jorge. De las bromas pasamos á la confianza, y le enteré punto por punto de lo que yo llamaba mi compromiso — No conoces más que al sir Jorge Brentford de ahora; por lo tanto te parecerá extraño que se burlase de mis escrúpulos, á lo cual respondí, cometiendo la más insigne villanía —

» Sé lo buena que eres, Aurora, y por eso te confio mi vileza, seguro de que me has de perdonar — Dije á mi amigo no creyese eras una mujer de quien fácilmente podia uno deshacerse; ántes bien, ademas de tu hermosura, tenías suma discrecion y talento, como — »

Y aquí Ramiro se cubrió el rostro con las manos, pero Aurora le dijo:

«Prosigue, Ramiro.» Ramiro prosiguió.

«Como podia verse por tus cartas — Brentford se echó á reir, y dijo que, pues tan amigos éramos, no veia ningun inconveniente en leer las cartas de mi novia — con lo que se las entregué! — En fin, Aurora, léjos de producir mi ruindad mal resultado, le

produjo bueno. Sir Jorge me dijo con la mayor formalidad, despues de leerlas, que yo no tenía perdon en olvidar á una mujer como tú, cuyo corazon estaba, á no dudarlo, retratado en las cartas.

» Le contesté que no negaba en manera alguna tus excelentes calidades; pero no me sentia con ánimos de abandonar para siempre la alegre vida que á la sazon llevábamos; á lo cual me replicó sir Jorge con la mayor formalidad, que á estar en mi caso, no titubearia un momento en dejar por una mujer como tú aquella vida de París, qué ya le iba cansando.

» Ni dejó un solo instante de pensar de igual manera. Cuando se vió obligado á ir á Inglaterra por muerte de su madre, me escribió siempre en el mismo sentido; y por último, un dia se presentó en París, diciendo ponia á mi disposicion su *yacht* para venirnos á España. Lleno yo de deudas, y falto, en proporcion, de recursos y amigos, no hallaba ya la morada de París tan placentera como ántes; pero irresistible iman me atraia y sujetaba á tan funesta vida. Entónces sir Jorge Brentford, que me conocia, apeló á la honra, ante la cual cedió mi resistencia—

» Por eso llamo desde entónces á mi amigo, mi ángel custodio—

» Y es tan cierto, que si no fuera por sus consejos,

solo Dios sabe cuál fuera mi conducta — me avergüenza el pensar que aun podia haber sido peor! — Despues de todo lo cual, conozco, Aurora, es imposible que me ames, pues hasta el recuerdo de tu padre se alza en medio de los dos! — Ahora mismo daria la vida por borrar y hacer desaparecer mi vergüenza — Y, francamente, creo no me queda otro recurso.»

Aurora en tanto lloraba y permanecia en silencio, cubriéndose el rostro con las manos.

«Nada me dices, Aurora? Dudas de la sinceridad de mi arrepentimiento? Crees que podré olvidar en mi vida la postrera mirada de tu anciano padre, clavada en mí? O imaginas que sólo por remordimiento te sigo ofreciendo mi mano? No, Aurora; te amo, como te amaba de niño, porque te amo; porque he visto tu conformidad y paciencia en sufrir á este ingrato, que tan vil y cobardemente ha pagado tu cariño.»

Aurora prorumpió en sollozos y palabras con que apénas acertaba á dar las gracias á Ramiro; y al cabo, descubriéndose el rostro, exclamó:

«Ramiro, no se han de tener en cuenta los pecados del penitente, sino su arrepentimiento! Tuyo ha sido siempre mi corazon; tuya será mi mano, como así lo desees.»

Ramiro besó respetuosamente la mano de su prima y permaneció largo rato contemplándola en silencio, miéntras la hermosa huérfana lloraba—

Pocos meses despues, á pesar del luto, y para evitar hablillas del vulgo, se casaron Aurora y Ramiro, no sin escribir con la debida anticipacion á sir Georges Brentford, convidándole á la boda. El discreto y honrado báronet contestó, sintiendo no poder asistir, mas no sin ofrecer á sus amigos dar una vuelta por Ínsua.

Pasado algun tiempo, Ramiro, que por su nacimiento y bienes en la provincia de la Coruña, no podia ménos de ser persona de representacion, se vió amenudo comprometido y envuelto en asuntos políticos. Si va á decir verdad, no parecia sino que los bandos y parcialidades habian esperado á la conclusion de la guerra civil para desatarse con más furia que nunca. Ramiro, movido de los recuerdos de su familia, y acaso tambien de cierta inquietud, semejante á la que mueve á la mayor parte de los españoles en nuestros dias, se mezcló, á pesar de los consejos de Aurora, en las discordias civiles, harto encendidas por aquellos tiempos y harto desatinadas tambien; lo cual no quiere decir que el propio exagerado desconcierto las haya hecho al cabo desaparecer de la Península.

Los compromisos de Ramiro fueron acreciendo el peligro, hasta el punto de que los jóvenes esposos hubieron de pensar seriamente en huir de su patria, hasta que dias más bonancibles les consintiesen volver.

La tempestad que por el horizonte amenazaba, se desató al cabo furiosa, y los enconados enemigos de Ramiro determinaron destruir las murallas feudales del castillo de Ínsua.

CAPÍTULO II.

Érase una tristísima tarde del mes de Noviembre; el revuelto mar se unia por el horizonte, harto próximo y oscuro, con el anublado cielo, al paso que el huracan rugia por los secos árboles y escuetas peñas de la costa.

En el portal del Pazo yacian baules y maletas de viaje, sobre los cuales estaba sentado con inquieto ademan el buen Caamaño, miéntras Lopez entraba y salia, encaminándose unas veces hácia el embarcadero, otras hácia el camino de Betanzos. Ramiro y Aurora, asidos de la mano y con los ojos tristemente en el suelo, se hallaban vestidos de viaje y como esperando la llegada de algun coche que les viniese á buscar.

Oíanse de cuando en cuando siniestros aullidos, que el huracan traia y se llevaba en sus alas, y que al parecer venian de hácia Betanzos.

«Si mi amigo Jorge nos abandona», exclamó Ramiro, «no sé qué será de nosotros, pues el Ferrol, la Coruña y Betanzos están *pronunciados*, y no tenemos más amparo que la pequeña lancha en que Caamaño se ofrece á sacarnos de aquí— para llevarnos, no sé adónde, pues el mar ha de ser con nosotros tan inclemente como los hombres!»

Ramiro se asomó á una ventana, desde la que se veia la ria de Ares, y se volvió, exclamando:

«La niebla se ha echado encima, para colmo de males, y nada se ve. Aurora, está de Dios que yo he de ser eternamente causa de tu desdicha!»

«No digas eso, Ramiro; segura estoy de que sir Jorge ha recibido á tiempo la carta, y no tardarémos en tener un barco á nuestra disposicion.»

«Sí, pero puede tardar dias, y tal vez esas turbas armadas, que, segun dicen, proferian amenazas contra el castillo de Ínsua en la plaza de Betanzos esta mañana, no consientan espera muy larga—»

«Señor», dijo á la sazon Lopez, entrando con el rostro sofocado y dando muestras de extraordinaria agitacion, «por el camino de Betanzos se ven hombres armados con teas encendidas, y dicen vienen á quemar el castillo, el cual—»

Ramiro, sin dejarle acabar, subió á lo más alto de

la casa, desde donde, en efecto, se veia el fúnebre centelleo de las teas en medio de la lejana oscuridad del crepúsculo. Volvióse, pues, adonde estaba Aurora, diciéndola:

«No podemos esperar más, Aurora de mi alma; esos bandidos vienen determinados á cumplir lo que há tiempo me tenian jurado y esta mañana han resuelto en medio de la plaza de Betanzos, á ciencia y paciencia de las autoridades— Vamos pronto; recoge lo que más falta pueda hacer, y embarquémonos.

Y á poco tiempo iban caminando Ramiro y Aurora, con sacos de noche y paquetes en las manos, seguidos de D.ª Teresa, el ama de llaves, en la misma disposicion, y otros dos criados con sendos baules en la cabeza. Caamaño y Lopez, no poco cargados tambien, precedian á los señores.

Oíanse ya, harto próximos, gritos, blasfemias y amenazas, miéntras delante de los fugitivos el huracan señoreaba las negras y tormentosas aguas del Atlántico.

En esto, y miéntras el desventurado Ramiro, seguido de su esposa y servidores, ponia los piés en el embarcadero del rio Lambre, siniestra iluminacion estallaba al traves de los espesos y añosos troncos que rodeaban el Pazo y castillo de Ínsua; luégo reven-

tó tremenda llamarada por encima de murallones, saetías y ventanas; despues se empezaron á oir voces de gente que se aproximaba—

«A bordo los que vienen!» exclamó Caamaño, impávido y sereno.

Todos entraron, ménos las dos criadas, que despues de entregar los baules, huyeron á refugiarse en casa de sus padres por ignotas y revueltas sendas, de ellas, á tales horas, únicamente conocidas. Ramiro asió el timon y Caamaño y Lopez empuñaron los remos. Aurora, temblando de frio y envuelta en espeso abrigo, se sentó al lado de su esposo, el cual exclamó:

«Si el barco inglés no viene esta noche, nos ocultarémos de dia en casa de Lopez.»

«Ya saben los señores», dijo éste, «que con el alma y la vida, esto es—»

«Al remo, al remo, Lopez; luégo hablaremos!» interrumpió Caamaño, el cual se hallaba á bordo en su elemento, y no tenía por qué callar ante la ciencia del rapista.

«Pues á eso voy, y me parece que no lo hago tan mal; que aunque pequeño, esto es, de estatura no tan alta como la tuya, me parece que los puños de Lopez no van en zaga á los de Caamaño, digo—»

«Qué va á ser de nosotros?», decia para sí Ramiro.

«Sin más esperanza que permanecer en el agua, y si el barco que sir Jorge envia no viene á tiempo, tendrémos que ocultarnos en casa de Lopez, comprometiendo al infeliz—» A esto dijo Caamaño:

«Callemos, Lopez; que aquí está la puente del Porco y puede pasar álguien por ella y oirnos.»

Lopez enmudeció, y todos pasaron silenciosos por debajo de los oscuros arcos, despues de lo cual, y á no grande distancia, Caamaño y Lopez empezaron á ciar, para que la marea no les llevase mucho más afuera, pues por aquel sitio habian de permanecer toda la noche, si ántes no llegaba el tan anhelado barco.

El intento de Ramiro era seguir esperando, y si al amanecer no se descubria barco ninguno, retirarse á casa de Lopez; mas no contaba el mísero con el ánsia y padecimientos de una tan larga noche! De esa manera se le partia el corazon al triste señor de Ínsua, al oir á su jóven y hermosísima esposa dar diente con diente, á pesar de que ésta hacia por asegurar, con embargada voz, que no sentia la más leve incomodidad.

«Castigo de Dios, Aurora, castigo de Dios!», exclamaba Ramiro, «mas, qué daño habeis cometido tú, ni estos infelices, que por nosotros se están sacrificando,

para que de esa manera mi esposa querida y mis leales servidores se vean sumergidos en una desgracia que yo solamente merezco!»

Tarea difícil y por extremo peligrosa era el querer permanecer toda la noche cerca del desagüe del rio, sin ir atras ni adelante, y á peligro de estrellarse en alguna peña ó de embarrancar en algun pequeño bajo, al descenso de la marea; mas era necesario estar al otro lado del puente, para hallarse en franquía, y peligroso seguir hácia fuera, pues las aguas de la ria de Ares se hallaban en extremo alborotadas.

Noche tremenda, al fin de la cual, y cuando Caamaño y Lopez, rendidas casi del todo las fuerzas, contaban con descubrir el barco salvador apénas rayase el alba, se vieron, á la llegada de ésta, envueltos en densísima niebla, merced á la cual no se veia la popa de la lancha desde la proa. Aurora se habia quedado por un momento dormida en el regazo de su esposo, miéntras éste, lleno asimismo de cansancio y de sueño, veia con ademan indiferente las llamaradas que, aun al traves de la niebla, despedian de vez en cuando los seculares castaños, orgullo en otro tiempo de los señores de Ínsua.

Tambien Caamaño, rendido á pesar de sus atléticas fuerzas, convino al cabo con Lopez en que sería me-

jor retirarse á casa de éste, pues la niebla podia dejarles al descubierto y expuestos á los feroces invasores del Pazo. No se puede expresar el dolor con que Ramiro puso el timon hácia la inmediata parroquia de Miño; pues, quién le decia que el barco de sir Georges no habia llegado? Mas si Caamaño estaba siempre dispuesto á todo, Lopez confesó su cansancio; con lo que Ramiro puso tristemente los piés en la más cercana playa. Parecíale, y no sin razon, que aquello era entregarse en manos de sus enemigos, los cuales le andarian á la sazon buscando por todas partes, seguros de que no podia estar léjos.

Lopez se habia adelantado para avisar á su hermana; Ramiro caminaba muy despacio, sosteniendo á Aurora, por la empinada cuesta, y Caamaño alentaba á D.ª Teresa á seguir los pasos de los amos. El jóven se volvió, y la niebla, cada vez más densa, estorbaba por do quiera la vista, de modo que sólo á duras penas y de cuando en cuando se veia tal cual llamarada del incendio de Ínsua.

Lleno de desesperacion subia Ramiro, pareciendo como que el pedregoso suelo se oponia de intento á su camino.

En esto se oyeron voces en lo alto, y Lopez bajó á todo correr, diciendo:

«Señor, deténgase usía, porque están registrando mi casa! Vienen furiosos con no haberle encontrado en el Pazo.»

Ramiro volvió el rostro á Aurora; mas ésta, con animosas palabras, le inspiró nuevo aliento.

«Vámonos á la lancha!», exclamó aquel.

Volvieron á bajar; pero ya era tarde, pues algunos foragidos, malos hijos de la honrada Galicia, y que de seguro no habian nacido por aquellos alrededores, se mostraron en lo alto, profiriendo amenazas y apuntando á los fugitivos.

«No hay más remedio que huir, Aurora; corramos!» dijo Ramiro, asiendo del brazo á su triste esposa, la cual, sin fuerza para andar, apénas podia sostenerse.

De pronto se oyó hácia el medio de la bahía el estampido de un cañon.

«Ahí está sir Jorge Brentford!», exclamó Aurora.

«Tienes razon; de seguro acaba de llegar, y comprendiendo nuestra desgracia á vista del incendio de Ínsua, nos avisa de esa manera.»

La niebla iba á la sazon despejando; mas, como viesen los enemigos de Ínsua que Ramiro y los suyos estaban ya próximos á embarcarse en la lancha, lo cual habia de suceder mucho ántes de que ellos llegáran, hicieron fuego, llenos de rabiosa y ciega cólera.

Todos apresuraron el paso, ménos Ramiro, que soltando la mano de Aurora, tropezó y cayó al suelo. Aurora se detuvo, y volviendo al lado de su esposo, que tardaba en levantarse, trató de ayudarle, mas en vano; pues Ramiro, respirando con suma dificultad, no sólo no podia ponerse en pié, sino que apénas acertaba á hablar.

«Caamaño», exclamó Aurora, llena de angustia, «venga usted á ayudarme, que Ramiro está enfermo.»

Llegóse Caamaño, que ya estaba aparejando la lancha, y quitando la mano con que Ramiro se apretaba fuertemente el pecho, exclamó, al ver salir un torrente de sangre:

«Jesus mil veces! Por qué me habrá Dios dejado en este mundo para ver el fin de la casa de Ínsua!!»

CAPÍTULO III.

Cuando Aurora volvió en sí, se halló en una pequeña habitacion, un tanto baja de techo, pero adornada con extraordinario gusto y riqueza. En medio del silencio que do quiera reinaba, se oia de vez en cuando insólito ruido, cuya causa no era fácil de comprender. Aurora experimentaba á manera de vahidos, que no la permitian alzar la cabeza de la almohada, pues sin variar de postura, la parecia como si la habitacion entera se moviese. Escasa luz, propia de tarde tempestuosa y oscura, entraba por una ventana, poco más alta que el lecho de Aurora. No pudo ésta contener su curiosidad, é incorporándose para asomarse, no vió al pronto más que una como espesísima cortina de color verdoso y turbio, la cual desaparecia de cuando en cuando, y entónces se veia inmen-

sa extension de revuelto oleaje, cubierto de espuma. Aurora dió un grito, y á poco vió en pié y al lado de la cama á D.ª Teresa, que con rostro pálido y macilento la decia:

«Anímese, señorita, que está en sitio seguro, y libre de esos malvados—»

La presencia y últimas palabras de D.ª Teresa despertaron del todo la memoria de la mísera jóven, la cual rompió á llorar con amarguísima pena. En esto, un anciano de alto y enjuto cuerpo, blanco cabello, rostro serio y triste, y de esmerado aseo en la persona, se llegó con lentos pasos al lecho de Aurora, y haciendo una seña á D.ª Teresa para que se apartase un tanto, ocupó el sitio de ésta, diciendo al propio tiempo á Aurora en buen castellano, si bien con señaladísimo acento inglés:

«Ya sabe la señora de Ínsua que su esposo ha muerto!—»

«Ya lo temia!» respondió Aurora, llorando con mayor violencia.

Doña Teresa quiso hacer seña al anciano para que callase, mas éste la dijo:

«Lo que importa es que llore; eso la salva la vida.»

«Pues bien, no es ésa la única mala noticia que tengo que dar á usted; aunque ninguna otra puede

compararse á ella— Sir Georges Brentford se halla gravemente enfermo—»

«Sir Jorge tambien? En dónde?»

«En Inglaterra.»

«En Inglaterra! Pues entónces, este barco de quién es?»

«De sir Georges Brentford.»

«En medio de mi pena, no pueden ménos de sorprenderme sus palabras de usted, caballero.»

«Sosiéguese usted, señora; soy el médico de sir Georges, ó por mejor decir, lo he sido, pues teniéndome yo mismo por inhábil para salvarle la vida—» añadió con melancólico acento, «le supliqué llamase á los mejores médicos de Inglaterra, que hoy le están asistiendo. No se inquiete usted por nada, y llore en paz, segura de que todos los que venimos á bordo tenemos la precisa obligacion de obedecerla y servirla.»

Salió el anciano de la cámara, despues de saludar breve y respetuosamente á Aurora, y ésta siguió llorando con muestras señaladas de incurable dolor.

Miéntras tanto D.ª Teresa permanecia en silencio, sin duda por órden del médico.

Volaba el *yacht* en direccion de Inglaterra, al traves de deshecha tempestad; sin que el huracan detuviera su marcha, como no detiene el vuelo del águi-

la por los aires, ni el nadar del delfin por el Océano.

Durante este tiempo, Aurora, sumergida en su pena, percibia el mareo lo suficiente para quedar de vez en cuando breves momentos dormida, si bien al despertarse sólo hallaba consuelo en llorar.

Al cabo de tres ó cuatro dias cesaron los continuos vaivenes del *yacht*, y Aurora, blandamente mecida con el suave balance, durmió por la primera vez algunas horas tranquila; bien es verdad que á la caida de la tarde Mr. Graham, que así se llamaba el médico, la habia hecho tomar una bebida, no sin encargar, como siempre, á D.ª Teresa, ántes de marcharse, que dejase llorar á su señora cuanto quisiese. Bueno es advertir, que, á las preguntas, que no podia ménos Aurora de hacer de vez en cuando, siempre replicaba Mr. Graham con la mayor firmeza, á la par que cortesía, no serle posible contestar á la señora de Ínsua, hasta llegar á Inglaterra.

De pronto, un ruido extraordinario, producido por las cadenas de las anclas, despertó á Aurora. El barco, que apénas se movia ya, se detuvo del todo, y doña Teresa entró, rogando á Aurora que se vistiese, pues tenian que bajar á tierra.

Ya que Aurora estaba vestida, dieron un golpecito á la puerta, y prévio el permiso, entró Graham con

aspecto, rostro y ademan en un todo semejantes á los del primer dia.

«La señora de Ínsua», dijo, «tiene el *yacht* á sus órdenes, y á todos los que en él venimos; cuando quiera, puede desembarcar, ó hacer lo que mejor la plazca.»

«Ante todo», respondió Aurora con tristísima sonrisa, «ruego á usted, Mr. Graham, tenga á bien sentarse y enterarme de lo que necesito saber.»

Graham se sentó, y con una ligera inclinacion de cabeza dió á entender esperaba que Aurora le preguntase.

«Usted me considera con fuerzas suficientes para saber por entero mi desgracia?»

«Sí, señora.»

«Pues bien; cómo fué la muerte de mi esposo?»

«La de un cristiano.»

«Se acordó de mí?»

«Sin duda alguna, señora. Pero Dios no le otorgó fuerzas, sino para pronunciar várias veces la palabra *perdon!!*»

Aurora no pudo contener las lágrimas; mas al cabo, dijo:

«Y sir Jorge?»

«Sir Georges, señora, vino ya sumamente desme-

jorado de España, y aunque al principio no advertí en él ningun síntoma de dolencia grave, al cabo enfermó del hígado, y tan crudamente, que despues de dos violentísimos ataques, de que pude salvarle, se presentó un tercero, en el cual acaso haya perdido la vida.»

Aurora siguió llorando; mas su estado era tan singular, que no pudo ménos de preguntar á Graham, qué iba á ser de ella.

«Oh! lo que usted quiera, señora; si lo tiene usted á bien, puede subir á la cubierta, apoyada en mi brazo, y desde el *yacht* verá su nueva casa.»

Salió Graham, entró D.ª Teresa con un abrigo en la mano, y poco despues subia Aurora, apoyado su brazo en el del médico, á la cubierta del *yacht*.

Erguidos y peñascosos montes rodeaban una tranquila bahía, cerrada por todas partes al mar, ménos por un estrecho canal. Aurora imaginaba hallarse en un pequeño Ferrol.

Y éralo en efecto: hácia el extremo de aquel tranquilo lago de agua salada habia un pueblecito de pescadores, como abrigado al pié de altísimos cerros, en cuya cumbre descollaban las murallas y torreones de un castillo de la Edad-Media, no en el estado de ruina y abandono del de Ínsua, mas intacto y como recien salido de manos del arquitecto y alarifes; tal

era el esmero que, al parecer, ponian los dueños en su conservacion.

Aurora, para quien todo era completamente desconocido, vió, con dolorosa inquietud, en la torre del homenaje una bandera á media asta, en señal de luto.

A esto, Graham, levantando á veces los ojos al castillo, y más á menudo poniéndolos en el suelo, con muestras de señalado dolor dijo á Aurora:

«Señora de Ínsua, nos hallamos en el condado de Cornwall, tierra que, por su clima y aspecto, no parece sino continuacion de la costa septentrional de España; si en vez del mar, que sigue la forma del globo, no hubiese más que una extension verdaderamente plana, la señora de Ínsua podia ver desde aquí las costas de su hermosa tierra, de la cual es esta hermana, no sólo por el aspecto y clima, sino por los habitantes.

»Aquí hallará la señora de Ínsua cosas, que á cada paso han de traer á su memoria el suelo en que nació. Tambien entre los castaños y robles que medran por estas riberas, campean naranjos y limoneros, recuerdo de climas abrasados por el sol. Mas, sobre todo, hallará corazones, en quienes alienta el recuerdo de lo pasado, como alentaba en sus mayores, los cuales tambien en tiempos lejanos, y ciegos por el encono

de la guerra civil, hicieron con sus señores, y lo que es más, con su Dios, lo que acaba de ver en Galicia la señora de Ínsua. Hoy la paz, que ha huido de la triste península, da salud y sosiego á estos honrados pescadores, los cuales conservan por tradicion sagrada, que de niños oyeron de boca de sus padres, el recuerdo de la hermandad que les une con los nobles y desgraciados hijos de la tierra en que la señora de Ínsua ha nacido—

» Y ahora pongamos, en fin, los ojos en aquel castillo, morada del más noble caballero de Inglaterra—»

Aquí el buen Graham no pudo contener una lágrima; mas serenándose del todo, prosiguió, miéntras Aurora sollozaba:

«Ese es el castillo de Brentford; de la cumbre en que se halla asentado se despeña un riachuelo, que divide en dos el pueblecillo que yace á los piés. Ese castillo, con el pueblo y tierras que le rodean, son hoy propiedad de la señora de Ínsua.»

No pudo ménos Aurora de mostrar sorpresa; pero Graham la suplicó tan encarecidamente tuviera á bien no hacerle preguntas hasta hallarse en el castillo, que Aurora enmudeció, encaminándose, apoyada siempre en el brazo de Graham, á una hermosa falúa que acababa de llegar al costado del *yacht*. Los marinos de

éste despidieron y los de aquella saludaron á la señora de Ínsua por su nueva señora.

En el embarcadero esperaba un coche con dos hermosísimos caballos, cuyo cochero y lacayos llevaban libreas de luto. Aurora creyó soñar, al ver sus armas en la portezuela del carruaje. Pronto llegaron, á pesar de la distancia y contínuas revueltas, al castillo, pues el camino era muy hermoso y los caballos volaban. Graham acompañaba á Aurora.

El terreno ofrecia suave declive por la parte opuesta al mar, terminando el camino delante de un hermoso jardin; si tal se le podia llamar, en comparacion de lo que los pueblos del Mediodía suelen llamar jardin. Copudos árboles, resguardados del mar, formaban á derecha é izquierda espesa umbría, extendiéndose por el medio deleitosa pradera, sembrada á trechos de matas de flores, enderredor de la cual corrian dos anchas veredas, que, á manera de sierpes, llegaban á juntarse delante de una fachada greco-romana, copia de los palacios de Italia, hecha en el siglo XVII, y que formaba parte del castillo de Brentford.

Como sobre el edificio descollaba por todas partes la torre del homenaje, Aurora advirtió que, al detenerse el coche, arriaban la bandera, y en su lugar izaban otra, á media asta tambien.

«En cumplimiento del mandato de sir Georges Brentford», dijo Graham á Aurora, «acaban de arriar su bandera, y de poner otra con las armas de los señores de Ínsua; mas, como el *yacht* trae la suya á media asta, los criados se han presentado de luto, y la bandera de Ínsua queda en lugar de la de Brentford, á media asta tambien.»

CAPÍTULO IV.

Ni los numerosos criados vestidos de luto que, puestos á derecha é izquierda en el vestíbulo, la saludaban, inclinándose con respetuoso silencio, ni las habitaciones, alhajadas con ricos muebles de épocas diferentes, y dispuestas, sobre todo, para la mayor comodidad, llamaron tanto la atencion de la hermosa y triste Aurora, como el silencio y respeto con que Graham caminaba en pos de ella, con el sombrero en la mano, miéntras iban delante, abriendo las puertas y levantando las pesadas cortinas, diferentes criados.

Detúvose Graham en una habitacion donde no habia nadie, y dijo á Aurora:

«Ruego á usted que se siente y espere por un breve instante.»

Extraordinario era el dolor de la jóven; pero su es-

tado en el mundo, y cuanto acababa de pasar, no podian ménos de sorprenderla, ya que no fuesen parte á alejar la memoria del desventurado Ramiro.

Hallábase la triste viuda en tierra extranjera y á la discrecion del infortunio, sin más consuelo que el de la compañía de D.ª Teresa y el cariñoso respeto de Graham, pues Brentford, segun el propio médico, no era posible saliese de su última enfermedad.

Qué iba á ser de la mísera jóven, desterrada y proscripta, sin casa ni hogar? Tan negros pensamientos eran para ella, en medio de su dolor, como los relámpagos en noche tempestuosa y oscura, los cuales sólo sirven para aumentar la hórrida lobreguez de la tormenta.

En esto se oyó hablar en voz baja por la habitacion inmediata, y aun, á pesar de las gruesas alfombras, se advertia el andar lento y trabajoso de várias personas. Cesó todo ruido, y Graham, acompañado de otros caballeros de aspecto agradable y rostro serio, se llegó á Aurora, diciéndola:

«Señora, los facultativos que están asistiendo á sir Georges Brentford, que son estos caballeros, me ruegan salude á usted en su nombre, pues no saben hablar en español. Sir Georges, deseando recibir dignamente á la señora de Ínsua, se ha hecho vestir—»

«Dios mio!», exclamó Aurora, «y por mi causa tal vez!—»

«No se aflija usted más de lo que está, señora», respondió Graham con tristísima sonrisa. «Mis compañeros y yo nos oponiamos á ello, pero— sir Georges ha dicho que era su última voluntad, y—», añadió Graham bajando sobremanera la voz, «como, en efecto, es su voluntad postrera, no hemos tenido corazon para estorbárselo. Ánimo, señora; Dios la dará á usted fuerzas, y la Santa Vírgen rogará por usted, segun creemos firme y confiadamente los católicos—»

Graham dió el brazo á Aurora, y ambos entraron en la inmediata habitacion.

En ella estaba, sentado en un sillon, el jóven báronet; en otro tiempo gallardo y apuesto, y hoy sin fuerzas apénas para saludar con la cabeza y con la mano á Aurora. A pesar de la larga y dolorosa enfermedad, estaba sir Georges aseadamente dispuesto y vestido, miéntras una hermosa piel de leon le abrigaba desde la cintura á los piés.

Mas el rostro demacrado, los ojos hundidos y el amarillento color del cútis eran claras y evidentes señales de la enfermedad del generoso inglés. Quiso éste sonreirse y hablar al ver á Aurora, pero apénas tuvo fuerzas para decirla :

«Bien venida!»

Y al punto cayó su cabeza sobre el respaldo del sillon. Sobresaltóse Aurora, pero Graham, tomando un frasco de un velador inmediato, se le dió á oler al enfermo, y éste, volviendo en sí, exclamó:

«Gracias, querido Graham, gracias!»

Parecia, en verdad, como si el báronet hubiese recibido nueva vida; sus labios pálidos se tornaron un tanto encendidos; los ojos recobraron; si bien por demas lánguida y triste; aquella hermosa y apacible mirada de otros tiempos, puro reflejo de la nobleza del alma.

«Siento», exclamó al cabo sir Georges, «recibir á la señora de Ínsua de esta manera y en tan tristes momentos— acaso Dios se compadezca de mí, y tenga á bien devolverme la salud, de la cual me he estado despidiendo dias y dias con tanta indiferencia— pero en cuanto recibí su carta de ustedes— entónces ya fué otra cosa. Pluguiera á Dios que yo hubiese estado en Galicia el dia de la quema de Ínsua, para morir al lado de Ramiro. De todas maneras, y aunque jamas llegué á creer llevasen sus enemigos de ustedes á tal punto el encono— créame usted, Aurora, que hice cuanto estuvo en mi mano para que el *yacht* llegára á punto— Los médicos no me dejaron— mas— para

qué mentir? La falta de fuerzas me impidió el embarcarme, pues me caí, Aurora, no una— sino várias veces!!»

«Cuánta generosidad, amigo mio!», exclamó al cabo la jóven, derramando amargas y agradecidas lágrimas.

Jorge permaneció largo rato con los ojos puestos en la hermosa cabeza de Aurora, miéntras ésta seguia llorando con la frente apoyada en las manos. Mas, de pronto, la jóven contuvo el llanto, y dijo:

«El desgraciado es egoista, sir Jorge; miéntras usted se halla tan enfermo, yo no pienso sino en mi dolor.»

El Báronet la miró con la mayor dulzura, y respondió:

«Ya ve usted que estoy mejor: con todo, si Dios no me ayuda, imposible me parece hallar verdadera mejoría— en fin, sea lo que quiera el Señor.» Y sir Georges inclinó la cabeza, acaso por no tener fuerzas para permanecer más tiempo de otro modo.

Sobresaltóse Aurora, y acercándose á su amigo, le asió de la diestra, exclamando:

«Sir Jorge, qué tiene usted? Está usted peor?»

Éste clavó los ojos en Aurora, y al cabo respondió, alzando poco á poco la vóz:

«No, Aurora, no estoy peor; es preciso estar, no sólo mejor, sino bueno— Qué sería de usted sola— en el mundo?— Es preciso vivir!— Graham, cuanto me ha visto usted despreciar la vida, me verá ahora pedirla por Dios, y de rodillas!— la vida, Graham— la vida por Dios!!»

Y Brentford, incorporándose cuanto podia, y cruzando las manos— Brentford pedia la vida— Brentford lloraba—

Graham, á pesar de su carácter flemático y sereno, trató de tranquilizar al báronet; pero viendo que éste sólo queria la vida para poder mirar por Aurora, se retiró al más oscuro rincon, llorando á la par del desventurado enfermo.

Éste asió de nuevo la mano de Aurora, y exclamó:

«Lo que los hombres no pueden, lo hará Dios; sí, Aurora; esos hombres que están ahí fuera, y mi querido Graham, son los primeros médicos de Inglaterra, y todos me han dicho á una, hace más de tres dias, que sólo un milagro me podia salvar. Pues bien, el milagro que pedian, ya se ha verificado— Qué mayor milagro que tener á mi lado un ángel?—»

Y Brentford, al ver que Aurora trataba de soltar su mano, añadió:

«Acaso he faltado á usted, Aurora, sin advertir-

lo?— habré dicho acaso algun despropósito, Aurora!!»

«No, amigo mio, no», respondió ésta; «pero es preciso que usted se tranquilice un poco, pues si no, habré de dejarle solo para que se recoja de nuevo, que es lo que usted debe hacer.»

«Dejarme! Y por qué me ha de dejar usted? Yo me iré de este castillo, para que usted viva en él tranquila—

«Por Dios, sir Jorge, serénese usted—»

Brentford soltó la mano de Aurora, y con el mismo ademan mesurado y caballeroso de siempre, exclamó:

«Mucho hay que perdonar á quien no está sano; qué diré de mí, que tan enfermo estoy!— Páseme usted los despropósitos que debo de haber dicho, sin saber qué me hacia— Me los perdona usted, Aurora?»

«Jorge! yo perdonarle! y de qué?», respondió Aurora con el rostro encendido.

«Otro nuevo despropósito mio, sin duda», respondió Brentford, y calló.

Por algunos minutos sólo se oia la anhelosa y fatigada respiracion del báronet; al cabo éste, haciendo supremo esfuerzo, dijo:

«Aurora, espero, ya que el Señor no me ha dado fuerzas para más— espero— creo haber cumplido con mi deber en este mundo— á eso viene uno á él—

Aurora, negará usted la mano á un amigo— que la profesa— el más— sincero y desinteresado cariño?»

Aurora le dió al punto la mano, y Brentford dijo: «Adios, Aurora!», y espiró.

CAPÍTULO V.

Una semana despues de la muerte de Brentford, se encaminó Aurora, á ruegos de Graham, acompañada de éste, á la parte más lejana y antigua del castillo.

Detuviéronse al cabo delante de un arco ojival de mármol, cuyas cerradas puertas cubrian riquísimas entalladuras; y Graham, entregando á Aurora una preciosa llave de acero, de la misma época que la puerta, dijo:

«Sólo la señora de Ínsua puede abrir esta puerta.»

Temblaban las manos á la jóven; mas al cabo, y por no permanecer de aquella manera más tiempo, abrió Aurora, sin que se oyese el menor ruido de goznes ni cerradura.

Retiráronse los criados, y Aurora entró, seguida de Graham.

Halláronse en una espaciosa pieza de altísimo techo,

cubierto de ricos y antiguos artesonados; la alfombra turca que entapizaba el suelo era más hermosa y gruesa, si cabe, que todas las que acababan de hollar. Ancha y riquísima chimenea de mármol, adornada con infinitas esculturas de lo mismo, ocupaba casi todo un lienzo de la habitacion, así como el de en frente una ventana gótica de cristales de colores.

En medio, y delante de la chimenea, habia diversos muebles de distintas épocas, si bien la mayor parte eran del siglo XVI. No habia en aquellas paredes sino un cuadro, hecho de memoria por sir Georges Brentford, y con todo eso, exactísimo en el parecido; pues Aurora no pudo ménos de dar un grito de sorpresa, al verse tan exacta y admirablemente retratada!

«Qué es esto, señor! Qué es de mí? Estoy por ventura soñando? Ruego á usted, amigo mio, pues de tal me ha dado pruebas, tenga á bien aclarar las dudas que me asedian. Qué significa esto, mister Graham?»

«Pluguiera á Dios, señora, que sir Georges Brentford viviese, para poder explicárselo á usted! En nombre de su difunto esposo, el señor de Ínsua; así como en el del señor de este castillo; cuanto yo haga y hable será con toda la sinceridad de que James Gra-

ham es capaz; sinceridad nunca desmentida, señora de Ínsua.»

Tal fué la respuesta que halló Aurora en los labios de Graham, por más esfuerzos que hizo para dar con la clave del misterio. Pero el honrado inglés, viéndose en el útimo extremo, y que sus palabras no eran parte para convencer á la hermosa viuda de la verdadera voluntad de Brentford, exclamó:

«No tiene usted la culpa, señora, sino yo, que debí rogarla, desde el principio, leyese estos renglones; mas, á la verdad, no he hallado ocasion oportuna en los dias despues de la muerte del báronet.»

Y Graham alargó á Aurora un pliego cerrado y lacrado con las armas de Brentford, retirándose en seguida, y dejando á la señora de Ínsua sola en aquella triste y silenciosa habitacion.

Aurora rompió el sello, hallando varios pliegos de papel satinado con canto dorado, tan grueso, que parecia cartulina, y leyó lo siguiente, escrito en castellano por Brentford:

GEORGES Á AURORA.

«Aurora: Voz secreta, voz del corazon, me dice »que voy á morir; cuando leais estos renglones, el úl»timo señor de Brentford habrá cumplido con Dios y

» los hombres. Aurora, con qué placer escribo semejante nombre! Aurora, no me tengais por loco, pero » os amo desde que leí vuestra primera carta á Ramiro. Os amo, Aurora, os adoro con toda mi alma. » Perdone la vuestra el delirio con que os escribo, al » cual pronto pondrá silencio la muerte. Sí, Aurora; » aunque Graham no me diera á entender el peligro » en que me hallo, me lo diria el corazon. Mas, ya » que tan cerca estoy de cerrar los ojos á la luz del dia, » séame lícito deciros mi amor, séame lícito *decirte que* » *te amo*, como lo habria hecho á nacer en España y » á tu lado, como tu primo. Perdóneme Ramiro; he » sido verdadero amigo suyo, y lo seré; mas debia decirle que te amaba, y por lo tanto, no me rogase » volviese á Galicia para padecer sin esperanza ni consuelo.»

Aurora no pudo ménos de detenerse, pues creia faltar á su esposo, á quien acababa de perder. Miró en derredor, y al verse sola, cayó en una silla, prorumpiendo en amarguísimo llanto. Sus sollozos fueron tales, que al cabo Graham, que permanecia en la habitacion inmediata, abrió con discreta cautela la puerta, y se llegó á Aurora. Ésta levantó los ojos, y le dijo:

«Amigo mio, estoy aquí de más. Esta casa no es mia; déjeme usted salir de ella, y dígame en dónde podré esperar hasta que reciba noticias de mi casa.»

«Tristes han de ser, señora», respondió Graham, «pues ántes de salir el *yacht* de la ria no quedaban del castillo de Ínsua sino escombros. En cuanto á salir de aquí, puede usted hacerlo siempre que lo tenga á bien, así como volver á entrar, pues no hará sino disponer de lo que es suyo.»

Entónces Graham, al ver que Aurora se negaba de nuevo á creer en cosa semejante, sacó de su cartera un documento en inglés y castellano, por el cual declaraba sir Georges Brentford herederos de su castillo y demas propiedades en Cornwall, á D. Ramiro Sada, señor de Ínsua, y á D.ª Aurora Sada, su esposa, á quienes, si no les convenia cumplir con lo que la ley inglesa exige, aconsejaba vendiesen la herencia, para poder seguir disfrutando de su valor en España.

Aurora, persuadida de la veracidad del papel, no pudo ménos de expresar su agradecimiento con nuevas lágrimas; viendo lo cual Graham, añadió:

«Sólo me quedan algunas advertencias que hacer— Lo primero, diré á usted que sir Georges me pidió ántes de morir que ese pliego, que no há mucho la entregué, debia entregarse, como lo he hecho, en propia

mano, y ademas— me suplicó dijese á usted que, si no le queria leer, le quemase.»

Encendióse en rubor el rostro de Aurora, la cual, despues de pensarlo breves instantes, dijo:

«A vivir sir Jorge, ya lo habria hecho— mas ahora— no le quemaré.»

Al parecer, Graham ignoraba el contenido, mas jurára la hermosa viuda que el buen inglés le daba las gracias con los ojos.

«Ahora, pues», añadió éste, «lea usted este otro pliego.»

Aurora le abrió, leyendo lo siguiente:

«Cuando Drake asoló las costas indefensas de Gali-
» cia; despues de ver malograda su empresa contra la
» Coruña, entró por la ria de Betanzos, quemando y
» destruyendo cuanto hallaba al paso; el castillo de
» Ínsua fué á la sazon saqueado, y uno de los oficiales
» ingleses que allí se hallaron, era ascendiente de los
» señores de Brentford. La tradicion de aquel suceso
» dura en nuestra familia, y yo se la he oido referir á
» mi madre. Añadia ésta, por lo bajo, y mirando á to-
» das partes, que, no habiendo sido absuelto de seme-
» jante acto de piratería por ningun clérigo, nuestro
» antecesor, que era católico, se hizo protestante, y

» desde entónces viene la riqueza de nuestra casa.

» Repararé lo último, en lo posible, muriendo en la » fe católica; la otra reparacion, aunque tardía, consis» tirá en ceder al actual señor de Ínsua mis bienes en » Cornwall, que son la menor parte de lo que poseo.»

«Lo que veis en ese papel», dijo Graham, lo ha cumplido sir Georges Brentford. Murió siendo católico. Cuando yo mismo le dí á entender no le quedaban esperanzas de vida, me rogó quedase administrando estos bienes hasta que el señor de Ínsua dispusiese de ellos. En esto recibió la carta en que ustedes le pedian el *yacht*, por creer tendrian al cabo que huir de España, como, desgraciadamente, sucedió.

» Vanos fueron mis ruegos; se levantó de la cama, y vistiéndose, sin oir consejos de nadie, mandó disponer el *yacht*; pero el deseo le engañaba, y sus palabras, hasta que me embarqué, se reducian á éstas:

«Graham, volad á Ínsua!!»

» Lo cumplí, pero harto tarde, señora; pues no llegamos á salvar la vida de su esposo, á quien dieron piadosa sepultura en aquellas arenas dos leales servidores, que me encargaron rogase á usted no se olvidára nunca de Lopez ni de Caamaño.»

CONCLUSION.

Pasado algun tiempo, supo Aurora cómo habia sido del todo destruido el Castillo ó Pazo de Ínsua. No tenía la triste jóven más parientes en España, y sabiendo que los bienes habian sido embargados, determinó quedarse, por entónces al ménos, en Inglaterra.

Largas horas permanecia encerrada en la habitacion en que la hemos visto por última vez; despacho y estudio á un tiempo de sir Georges Brentford. Qué hacia allí Aurora? Nadie lo sabe; solamente los criados la veian despues con los ojos encendidos de llorar, y Graham la rogaba hiciese por distraerse.

Vanos consejos! Aurora, que de dia en dia iba descaeciendo, no hallaba más consuelo sino en subir á la torre del homenaje, y mirar hácia donde sabía se hallaba Galicia, yendo luégo á encerrarse en el despacho de Brentford.

Un dia, advirtiendo D.ª Teresa; la cual permanecia siempre á su lado, como ántes; que la señora tardaba por demas en salir del despacho, llamó á la puerta,

pidiendo permiso para entrar. Viendo que nadie la respondia, abrió la puerta y halló á Aurora sentada en un sillon, con la cabeza inclinada, y en las manos un papel escrito, encabezado con estos dos nombres:

«GEORGES Á AURORA.»

Doña Teresa no leyó más; pero, como su señora no se despertaba, á pesar de los gritos, llamó á Graham á toda prisa. Vino éste, preguntando qué ocurria.

«Nada; la señora, que tiene un sueño tan pesado, que en mi vida la he visto dormir de esa manera.»

El buen inglés asió la mano de Aurora, mas al punto la soltó, exclamando;

«La última señora de Ínsua duerme— en el seno de Dios!!»—

Si alguna vez, en el camino de Betanzos á Puentedeume, se os ocurre preguntar por las ruinas del castillo de Ínsua, no lo hagais, pues aun su memoria ha desaparecido de aquella comarca.—

FIN DE LA ÚLTIMA SEÑORA DE ÍNSUA.

ALONSO DE MOAR.

ALONSO DE MOAR.

—*Nessun maggior dolore*
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria.—
(DANTE, *Divina Comedia*, c. v, *Inferno.*)

La mayor cuyta que aver
Puede ningun amador,
Es membrarse del placer
En el tiempo del dolor.
(MACÍAS, *El Marqués de Santillana.*)

Acorta el paso, lector, deten la vista, clava en estos renglones tus ojos distraidos, y no atiendas al nombre modesto y oscuro en la república literaria, de su desconocido autor, el cual, movido de constante y pacientísima resolucion, sin que la frialdad de los amigos le retraiga, ni la indiferencia le acobarde, trata de conversar contigo breves instantes, haciéndote concurrir, mero espectador, por supuesto, á un suceso de escasa importancia, si se atiende á la modestísima representacion de las personas que en él hacen viso; pero que tal vez te interese y haga to-

mar parte con aficionada voluntad en las penas y dolores de hombres, como tú de carne y hueso, cual tú dotados de alma inmortal y corazon sensible.

Y pues ya te tengo sujeto y atado al carro de mi cuento, habrás de perdonarme el que dé aquí por terminado el exordio, evitando el tropezar y caer en la afectada hinchazon de oradores y escritores noveles, cuando se dirigen al público.

I.

Érase una mañana de Julio, y poco despues de amanecer.—

Desgraciadamente, no tengo á mano puertas ni ventanas para hacer que á ellas se asome la Aurora; cosa que siento por tí, lector del alma, y por mí tambien. Por tí primero, pues acostumbrado á la estereotipada descripcion del amanecer, contabas con la consabida sonrisa del alba, el imprescindible gorjeo de los pintados pajarillos, y media docena de repeticiones por el estilo, que de mano en mano han venido

desde nuestros vigésimos ó cuadragésimos abuelos hasta nuestros dias. Igualmente lo siento por mí, pues temo, no sin fundamento, que has de mirar por lo ménos con extrañeza el que no te presente la Aurora en deslumbrante carro, lloviendo flores y aljófar sobre la tierra, con todas las demas gracias y habilidades que tantos poetas y escritores, perezosos, como verdaderos escritores y poetas, la han colgado, sin más razon que la de no querer levantarse ellos temprano, y pintar lo que ante sus ojos tenian, en vez de repetir la eterna y monótona cantinela de griegos y latinos.

Diré, pues, sencillamente lo que ocurria al comenzar el suceso, orígen de mi cuento.

Cenicienta y uniforme nube entoldaba el cielo; al traves de su cóncava extension penetraba igual y dulcísima luz, que desde las cumbres de los montes circunvecinos bajaba por los suaves declives, cual madre que acaricia tierna y cariñosamente á sus hijos, iluminando pinares, prados, viñas, castañares y robledales, hasta llegar á lo más hondo y remoto de un hermosísimo valle. Exceptuando el color amarillento claro de una carretera, que culebreaba por aquellos campos, hasta desaparecer más allá de extenso pinar, el color verde, con diferentes visos más

ó ménos subidos, era general en el paisaje, pues hasta las casas estaban medio ocultas entre bosquecillos de castaños, y tenian á menudo las mismas paredes revestidas de hiedra. Blando y amoroso como la luz era el ambiente, impregnado de suave fragancia de madreselva y flor del tojo. Parecia el extenso valle más bien anchísimo vaso de labios bajos y abiertos, que no lo que á menudo suele llamarse valle, esto es, alguna estrecha cañada ó tal cual profundo abismo, sin luz ni fácil salida; con lo que tenía todas las ventajas de las tierras montañosas, sin sus inconvenientes. Resguardaban las laderas de los cerros del Norte las esparcidas casas de una parroquia, cuya iglesia levantaba su blanca fachada, resaltando entre el oscuro verdor de los castaños, que en parte la rodeaban, y bajaban luégo las casas por ribazos y costaneras, casi ocultas entre los árboles hasta lo más hondo del valle. Más allá de los maizales y pinares se veia la blanca fachada de otra parroquia, semejante á la primera, y áun más léjos se divisaba otra, si bien á duras penas, pues la vagabunda y juguetona niebla la envolvia y casi ocultaba á la vista; el horizonte por todas partes se presentaba como borroso, por decirlo así, y las cumbres de los montes desaparecian entre las nubes.

No vayas á creer, lector, que estamos en Flándes ó Suiza, en virtud de lo cual, ya tienes las palmas en alto y dispuestas á aplaudir y alabar lo que no es tuyo; modera tu ímpetu, sábete que para ver el hermoso valle de que te acabo de hablar, no tienes necesidad de salir de España. Basta únicamente con que te dignes dar una vuelta por Galicia, en donde hallarás infinitos por el estilo.

Caminaba yo por la carretera, humedecida con el fresco rocío de la mañana, cuyas gotas brillaban como diamantes entre la yerba de ambas cunetas ó zanjillas á la derecha é izquierda, en las hojas de las zarza-moras que cerraban las heredades, y en las de los castaños y frutales que por encima de los setos descollaban. No era mi prisa muy grande, pero, aunque lo fuese, nunca habria dejado de detenerme á contemplar el ameno y hermoso campo que cada revuelta del camino me presentaba con distinto y siempre agradabilísimo aspecto.

Proponíame visitar y presentarme, por la primera vez de mi vida, ante un pariente mio bastante próximo, que vivia en el campo; pero no me atrevia á salir fuera del camino real, hasta preguntar á alguno por el de Sada, en el cual estaba la casa de mi pariente. Sólo se veia por allí cerca un niño, como de

seis años, rubio y colorado, el cual, á pesar de tener por todo vestido una camisita abierta por el pecho y anchísimos pantalones, que casi desde los sobacos le llegaban á los descalzos piés, se hallaba sentado en el verde ribazo de la cuneta, y de espaldas al seto de una heredad, comiendo una patata cocida con tan sosegado reposo, y saboreándola más á gusto que si fuera un suculento *beefsteak.* No pude ménos de detenerme á contemplar con envidia tanta tranquilidad y buen apetito; y creyendo que el niño podria indicarme el camino, iba ya á preguntársele, cuando se presentó un guardia civil, el cual, despues de saludarme cortesmente, preguntó por sus padres al niño.

«Están buenos», dijo éste. El guardia se detuvo un momento, miró por encima del seto, dando un suspiro, alzó del suelo el fusil, en el que se habia apoyado al hablar cariñosamente al niño, y echando el arma al hombro, se dispuso á seguir adelante.

«Me podria usted decir cuál es el camino de Sada?», pregunté yo al guardia.

«Por várias partes puede usted ir», me contestó, «pero si no tiene reparo en decirme fijamente si va á Sada ó á sus inmediaciones, le podré enseñar entónces el mejor camino.»

«No tengo ningun inconveniente; voy á casa de D. Pedro N.....»

«Ah! pues entónces, véngase usted conmigo.»

«Va usted tambien hácia allá?»

«No; pero desde el camino real se ve la casa del Sr. D. Pedro.»

«Pues vamos andando.»

«Adios, *rapasiño*», dijo el guardia al niño, el cual, hasta que nos separamos de él, no bajó la mano, que desde el principio habia tenido á la altura de las cejas, como quitándose el sol.

II.

El guardia caminaba á mi lado con marcial continente, y yo miraba con respeto los galones de su brazo, que indicaban ya infinitos años de servicio, y el rostro curtido por la inclemencia de las estaciones y de aspecto verdaderamente varonil y militar; llevaba el sombrero ligeramente echado adelante y ladeado, con el porte propio de soldado viejo; eran sus

mejillas encendidas y prominentes, azules los ojos, entrecano el ancho bigote, y la barba, huesosa y bien dibujada, servia de digno remate á la mandíbula inferior, un tanto prolongada y saliente, señal de firmeza é inquebrantable constancia.

«Lleva usted alguna comision?», pregunté á mi compañero, deseando entablar conversacion con él, y ver de averiguar el por qué del suspiro que habia dado, al preguntar al niño por sus padres.

«No, señor,» me contestó, «como sargento tengo obligacion de ir hoy á este puesto, mañana al otro, segun, vigilando para que nadie falte á su deber.»

«Perdone usted, pues sólo habia puesto la vista en los galones que lleva en señal de veterano, mas no en los de sargento. Y viene usted de la Coruña?»

«No, señor; vengo de Iñás, en donde hay una pareja de guardias, y voy á Betanzos, que es donde resido por mi destino. Pero, sea dicho con perdon, se me figura que es usted nuevo en esta tierra.»

«No soy muy antiguo», repliqué sonriéndome.

«Quiere decir que hace poco que vive en Galicia.»

Siguió andando el guardia á mi lado unos cuantos pasos, y por último me dijo:

«Va usted á casa del hombre más bueno que come pan.»

«En efecto, D. Pedro es muy hombre de bien. Aquí donde usted me ve, todavía no le conozco, y eso que soy sobrino suyo.»

El guardia se cuadró y me dijo: «D. Pedro y todos sus parientes son para mí cosa santa»; y siguió andando.

«Y se podrá saber, por qué tiene usted tanto cariño á mi tio?»

«Ya lo creo que sí! Sabe usted lo que hizo conmigo en la guerra civil? Pues ha de saber que fuí herido en la accion de Ramales. Como los facciosos me habian dejado el cuerpo hecho una criba, pasaban meses y meses sin cerrárseme las heridas, hasta que los físicos del hospital mandaron que me viniese á la tierra, en donde la variacion de aguas y alimentos haria más que todas las medicinas y cirujanos del mundo. Diéronme licencia, y me vine hácia Galicia un pié tras otro; las dos primeras jornadas, las anduve como Dios me dió á entender, mas la tercera iba á ser tal vez la última de mi vida, pues estaba empeñado en seguir adelante, á pesar de no tener fuerzas para ello. Venía yo por el valle de Valdivielso, cuando al llegar al pié de la altísima y empinada cuesta de la Mazorra, caí desfallecido, quedándome sin ver ni apénas oir, cuando llegaron á emparejar conmigo un jinete y un

peon; detuviéronse, y el jinete, que era oficial de artillería, se apeó, diciendo: «Ese infeliz se muere, si le dejamos ahí solo.» «No está muy bueno», contestó el soldado, que era asistente.

»Por último, viéndome sin fuerzas hasta para hablar, me levantaron como pudieron, montándome en el caballo; hiciéronme tomar un corto refrigerio, y entónces pude dar las gracias á mi bienhechor, que era D. Pedro N.....», dijo el guardia, casi cuadrándose delante de mí como la vez primera.

«Vaya, veo que mi tio fué caritativo, pero tambien usted es agradecido.»

«Yo, señor, no hago más que cumplir con mi deber.»

«Y dígame usted, está usted casado ó soltero?

«Soltero», repuso el guardia con tristísimo semblante, «soltero, y para siempre.»

«Vamos, puesto que ya nos conocemos, me va usted á explicar, por qué me dice esas palabras con tanta tristeza.»

«Su tio, D. Pedro, se lo puede contar mejor que yo.»

«En nombre de mi tio, le ruego á usted que me lo cuente.»

«No siga; en siendo en nombre de su tio, haré cuanto usted quiera.»

Casi me daba pena el obligar al pobre guardia á contarme sus cuitas, pues en su rostro se conocia lo que éstas le atormentaban; mas la curiosidad no tiene entrañas, y sin condolerme de las penas de mi compañero, le rogué que empezase. Detúvose éste, y dando con la culata del fusil en tierra, me dijo:

«Todavía me quedan cerca de dos horas, y en mucho ménos tiempo le puedo á usted contar la causa de mi tristeza. Me llamo Alonso de Moar, soy sargento de la guardia civil, y no teniendo ni la sombra de una mala nota, podia muy bien haberme casado, haciendo feliz á la única mujer, á quien en mi vida he querido.

»En fin, vaya todo por Dios, y en su nombre y en el de su tio de usted, empiezo.

III.

»En la casa que está detras del seto, á cuyo pié ha visto usted al niño sentado, vivia un honrado matrimonio, rico, para lo que son los labradores de la

tierra, y sin más familia que una hija, llamada Catalina.

»Era ésta entónces la más garrida moza del contorno; blanca y encendida como una rosa, fresca como la brisa del mar que en este momento nos acaricia la cara, con un pelo castaño hermosísimo, y tan largo, que sus dos trenzas casi llegaban al suelo; añada usted á esto que la muchacha era hija única, con lo que excuso decirle el infinito número de enamorados que Catalina tendria. Mas ésta no amaba á nadie, sino á mí; nos queriamos desde niños, y nuestras familias, unidas tambien de toda la vida, tenian concertado nuestro casamiento. Pasaron dias, y caí yo quinto —no se me olvidará nunca la mañana en que me despedí de Catalina. Usted acaba de ver al niño; pues en el mismo sitio estaba ella llorando como una Magdalena, tapándose la cara con las manos, miéntras la llegaban hasta el suelo aquellas hermosas trenzas, envidia de las demas *paisanas* y encanto de los hombres.— »

Aquí el guardia se detuvo, miró atras, y dirigiéndose hácia un pequeño recuesto, se encaramó en él, diciéndome:

« Siéntese usted aquí, que pronto acabo. No le quiero á usted cansar con nuestros lloriqueos de chi-

quillos, pues yo tenía diez y ocho años y ella diez y seis; sólo diré que tuve que ir á presentarme en la Coruña, y cuando volví; al pasar, en compañía de los demas, y entre soldados, delante de la casa de Catalina, estaba ésta cantando con tristísima y plañidera voz la siguiente copla:

Tocan o tambor n'a guerra,
Tócan'o destemperado;
Coitadiña d'a miniña
Que teñe o amor soldado.—

«Catalina,» grité con toda mi voz, «Catalina, adios.» Detras del seto oí otro grito que me despedazó el corazon, y sin poderme contener, me salí de la fila. «Atras, *maruxo,*» me dijo un sargento castellano que venía á mi lado; mas como no le hacia caso, me derribó con la culata al suelo: caí llorando de ira y de desesperacion. Le aseguro á usted, señor, que siempre que veo llorar á algun quinto, me acuerdo de Catalina, y léjos de maltratarle, hago por él cuanto está en mi mano; quién sabe? tal vez llora por la misma razon que yo aquel dia!—» Detúvose mi buen Alonso de Moar, á quien ya iba yo tomando cariño, y por último, prosiguió:

«Fuimos á la guerra, y como sabía leer y escribir,

me hicieron en seguida cabo, con lo que, á no ser herido en Ramales, en Aragon habria ganado los galones de sargento, y tal vez la charretera de alférez. Volví, pues, á la tierra de la manera que usted ya sabe, pues su tio de usted, D. Pedro, vino más de la mitad del tiempo á pié, por tal de que yo pudiese llegar á Galicia. No, lo que es eso no lo olvidaré jamas. Vine á mi casa, y hallé que habia muerto la madre de mi futura, quedando sólo su anciano padre, Anton de Valdomir, que así se llamaba. Despues de abrazar á mis padres, acudí á ver á Catalina. Usted habrá amado alguna vez; pues entónces, excuso decirle lo que sentí al verme de nuevo al lado de mi hermosísima novia.

»Pasaron algunos dias, y el demonio, que todo lo enreda, y las viejas, peores que el demonio, empezaron á darme qué pensar con ciertas palabrillas sueltas acerca de Catalina. Una vieja, sobre todo, á quien llamaban la *Meiga* ó la Bruja; sin que ella se incomodase; me tomó un dia por su cuenta, diciéndome:

«Hijo mio, crees que te vas á casar con Catalina? Pues te llevas solemne chasco, porque tienes un rival, á quien favorezco, y por lo tanto, ha de poder más que tú.»

«Ya! no dudo que me venza, pues tiene el diablo á su favor.»

«No te burles, no te burles,» respondió rabiosa la Meiga, «porque te aseguro que Juan de Lema se ha de casar con Catalina, ó yo dejo de llamarme Meiga, como me habeis puesto por mal nombre.»

»Dijo esto la pícara Bruja, y en seguida se fué, no sin dejarme pensativo y cabizbajo. Ya habrá usted visto que por aquí la gente del campo cree todavía en brujos ó meigos y cosas por el estilo; no era yo en esto mejor que mis paisanos, con lo cual me entristecia sobremanera la prediccion de la Meiga.

»Por lo demas, Juan de Lema me parecia rival poco temible; en primer lugar, era tan pobre, que no tenía más remedio para vivir que hacer de criado en las casas de los demas labradores, pues no poseia una sola pulgada de terreno, aquí donde todos tenemos siempre algo, por poco que sea; era pequeñuelo, y aunque fornido y rehecho, nunca se habria atrevido conmigo, que era el mozo de más fuerzas de todos estos alrededores. Demas de esto, Catalina se reia siempre de su pequeña estatura, y hasta de su modo de andar; con lo cual, me fuí poco á poco olvidando de la funesta prediccion. Sucedió que un dia, al ir á casa de Catalina, vi á ésta que se hallaba unciendo

los bueyes, ayudada por el referido Juan de Lema: quedéme como la mujer de aquel santo padre de quien cuenta la *Biblia* se quedó de repente convertida en estatua de sal; y le aseguro á usted que lo primero que se me vino á la cabeza fué la profecía de la Meiga. Ya uncidos los bueyes, partió Juan á la *leira* ó campo que iba á labrar, y me quedé á solas con Catalina, mirándola de hito en hito y sin decirla palabra.

»Echóse á reir mi novia al verme tan serio, y á mis quejas y razones contestó diciendo que Juan de Lema habia venido llorando y pidiendo á su padre, por Dios y por la Vírgen, le tomase de criado, pues se estaba muriendo de hambre.—Cuando vine de la fuente, añadió Catalina, mi padre ya le habia recibido, adelantándole el jornal de una semana; de manera que por más que le llamé aparte y le hice saber el pronóstico de la Meiga, y lo que las buenas lenguas se entretenian en decir por la parroquia, así como las muchas veces que Juan me habia hablado de amor; mi padre, dijo sonriéndose Catalina, que, como ya sabes, es algo codicioso, me ha prometido despedirle, pero sólo cuando pague con su trabajo el jornal adelantado.

»De ese modo, me iba á ver en contínuo tormento

durante toda una semana, gracias á la avaricia de mi futuro suegro, á quien no pude convencer, por más razones que le dí, de que lo primero era echar cuanto ántes al recien venido. Me volví á mi casa, no poco pesaroso, y si ántes iba dos ó tres veces á la de Valdomir, puede decirse que desde entónces estaba en ella todo el dia. Juan era robusto y experto en la labranza, y contentó de tal modo al padre de Catalina, que estaba yo seguro de que, á no formalizarme, mi rival del pronóstico de la Meiga seguiria en la casa, Dios sabe hasta cuándo.

IV.

»Llegó el sábado, y más contento que unas pascuas, me fuí derecho á casa de Catalina para presenciar á la tarde la despedida de Juan de Lema; no sé lo que me pasó cuando vi á éste abrirme con el mayor descaro el portillo de madera que cierra la heredad, con ademan propio de amo de casa.

«Todavía estás aquí?», le pregunté.

«Y por mucho tiempo,» me contestó, metiéndose las manos en los bolsillos y poniéndose á silbar.

»Yo entre tanto, mudo de rabia y sorpresa, le miraba de hito en hito, sin que él me hiciese más caso, ni se acordase más de mí, al parecer, que de las nubes de antaño. Por primera vez me encaré con él atentamente y despacio, notando que su rostro era expresivo y de buenas facciones, pero sus ojos verdes tenian el mirar traidor y solapado. Sin ser ya dueño de mí, le agarré del brazo y le dije si se estaba burlando; contestóme con un fuerte tiron, para lo cual tuvo que usar de grandes fuerzas, y libre ya, me dijo:

«No me toques, porque aunque soy pequeño, tengo otro tanto debajo del suelo.»

«Y Catalina y su padre?» dije yo, temblando de rabia.

«No están en casa.»

«Que no están en casa? Pues adónde han ido?»

«No lo sé.»

»Entré, y vi que en efecto no me engañaba: el alma se me cayó á los piés. Sin saber ni comprender la causa de la ausencia de Catalina y su padre, no sé qué voz secreta me anunciaba alguna desgracia; y como á nadie podia atribuírsela más que á Juan de

Lema, fuíme á él encolerizado, y despues de decirle cuanto se me vino á la boca, le mandé se marchase al momento.

«No puedo,» me dijo, «Anton de Valdomir me ha dejado encargado de todo, y ni tú ni nadie me hará faltar á mi obligacion.»

»De las palabras pasamos á las obras, y aunque mi enemigo mostró ser hombre de muchas fuerzas, al cabo le derribé al suelo con la cara ensangrentada, y le puse la rodilla en el pecho, diciéndole no le dejaba hasta que me prometiese irse en seguida.

«No, aunque me mates,» respondió Juan rechinando los dientes y vomitando terribles maldiciones por aquella boca.

«Mira que si no, te ahogo entre mis brazos, Juan; mira lo que haces.»

«Aunque supiera que me habias de matar cien veces.»

«Pues qué, te figuras que Catalina se ha de casar contigo?»

«Tan seguro estoy de ello, como de verme ahora en el suelo derribado por tí, á quien permita Dios—»

»No le dejé proseguir; ciego de rabia, rodeé su cuerpo con mis brazos, y levantándole en alto, le apreté tanto, que le hice gritar como un condenado;

en seguida le *boté*, quiero decir, le arrojé al suelo con tal fuerza, que sonó como un pellejo de vino de Toro, de los que traen los carros castellanos. Despues de esto, y al verle sin movimiento, me fuí á casa, creyendo que le habia muerto.

»Pasé la noche en vela, y al amanecer del dia siguiente ya estaba á la puerta de Anton de Valdomir, el cual me dijo que la noche anterior; al *volver* él y su hija; se habian encontrado á Juan de Lema en el suelo sin sentido y lleno de golpes, todo lo cual, acaso le habia acontecido por evitar que los ladrones robasen la casa.

«Pero le han robado á usted algo?» le dije yo.

«No; nada.»

«Pues entónces, no diga usted disparates. Está ahí Catalina?»

«Ahí la tienes», me dijo el viejo, dejándonos solos.

»En efecto, en aquel momento salió Catalina. Pero cuán mudada estaba!

»De alma y de cuerpo, señor; mujer al cabo! Catalina habia perdido para siempre su sonrosado color; tenía los ojos hundidos y rodeados de ojeras azules, casi negras; en una palabra, parecia difunta, y lo era para mí.»

Aquí el guardia bajó la cabeza, y no me atreví á hablarle.

«En fin, señor», añadió Alonso de Moar, «despues de un rato de estarnos mirando sin decir una palabra, sin respirar apénas, exclamé:

«Y Juan de Lema?»

«Ahí dentro está echado», me contestó Catalina, despues de detenerse un poco.

«Y piensa estarse ahí toda la vida?»

»Catalina se quedó buen rato sin contestarme y con la cabeza baja; por último dijo: «Sí, Alonso.»

«Qué estás diciendo, mujer?» la dije, cogiéndola de un brazo.

»Catalina levantó la cabeza; tenía la cara más pálida que ántes, más hundidos los ojos; si al principio me habia parecido difunta, entónces la tuve por cosa del otro mundo. Me aparté de ella dos ó tres pasos, y la dije, lleno á un tiempo de enojo y de lástima:

«A tí te ha pasado algun mal suceso; cuéntamele, Catalina; no me quieres ya? no te fias de mí? Qué te ha pasado?

«Nada!» me contestó con voz que parecia salir de la sepultura.

«Estás enferma? Tu padre está medio lelo y no piensa más que en sus dineros. Catalina, por el ca-

riño que siempre nos hemos tenido, por el alma de tu madre, no me dirás lo que tienes?»

«No tengo nada, Alonso.»

«Bien está; ya veo que á la par de la confianza, se ha acabado todo entre nosotros. Y cuándo te casas con el Sr. D. Juan?»

«Ántes de un mes.»

»Mi pregunta habia sido en tono de zumba; mas no esperaba yo ciertamente tal repuesta; así es que me quedé sin saber qué decir, y como muerto. Señor, he andado no pocas tierras y he visto á los hombres quejarse, desesperarse, volverse locos, al recibir respuestas por el estilo de la que me acababa de dar Catalina; mas, nosotros los gallegos no tenemos, por lo general, tan violentos arranques; por eso somos infinitamente más desgraciados, pues como nuestra pena no sale á lo exterior, jamas nos desahogamos; con lo que, el dolor nos consume y á veces mata. Así dicen que somos frios, como si el fuego no durase mucho más debajo de la ceniza que al aire libre!

»En fin, no quiero cansar á usted más con mi cuento; tampoco recuerdo lo que despues pasó, ni nadie me lo ha querido decir. Al dia siguiente me hallé en la cama, pero vestido; mis labios sin cesar repetian: «Ántes de un mes! ántes de un mes!»

»Me asomé á una ventana, y habia densísima niebla de la que llamamos *brítema;* tan espesa era, que al cabo caia al suelo en menudas gotas, como cernida. Amargas lágrimas, las últimas que he vertido en mi vida, se mezclaban en mi cara con la fresca humedad de la niebla, cuyas gotitas, al caer de hoja en hoja en la parra que debajo de mi ventana se extendia sobre la puerta, jurara yo me decian: « Ántes de un mes! ántes de un mes!»

»Salí de casa, y como desde el huerto se veia la de Catalina, se me figuró que los árboles, que por encima del tejado levantaban las ramas, movidas de cuando en cuando por el escaso viento que á la sazon soplaba, repetian, como si sus hojas fueran lenguas: « Ántes de un mes! ántes de un mes!»

»Salí al camino, y hallé al Alcalde, que venía con un pliego en la mano, el cual me dijo:

« Alonso, á fines de éste tienes que presentarte en Barcelona; aquí tienes el oficio que nos pasan á todos los alcaldes para que tengamos cuenta con los que están con licencia.»

»Bien está, respondí siguiendo adelante y diciendo entre dientes: « Ántes de un mes! ántes de un mes!»

»Iba andando, sin saber lo que hacia; pero al lle-

gar á una *corredoira* ó vereda que daba al camino, oí la voz chillona de la infame Meiga; miré hácia allá y vi que estaba hablando con Juan de Lema.

«Ántes de un mes! dijo la vieja dando á mi enemigo una cosa, que sólo despues supe lo que era; y al verme la bruja, me dijo entónces como aullando: «Ántes de un mes, Alonso!» y desapareció por las revueltas de los setos.

V.

»La ira y la venganza, que durante algunas horas habian estado en mí como muertas, despertaron más violentas; y ciego para todo, ménos para ver á Juan de Lema, me dirigí hácia él, decidido á ahogarle entre mis brazos.

«Aparta! me gritó éste; no ves cómo me has puesto? cómo quieres que me defienda?»

»Habia en su voz temblona y en su pálido semblante tal expresion de miedo, que no me sentí con fuerzas para reñir con él, pero le dije: En cuanto es-

tés bueno volverémos á reñir, y verémos entónces quién puede más.

«Ya se sabe que tú,» me dijo Juan, mirándome con rencor; «pero no creas que te ha de servir el tener más fuerzas, pues te las he de quitar de una vez.»

»Conforme decia esto, nos íbamos acercando; y de repente abre mi enemigo una navaja, que entónces comprendí era lo que le habia dado la Meiga cuando les vi de léjos. Por pronto que quise huir el cuerpo, ya habia recibido una puñalada en el costado.

»No he visto, señor, nada más infame que el uso de la navaja, la cual, á manera de la lengua de la víbora, no se muestra á menudo, sino á traicion y para matar. Se consentirá el que se generalice por Galicia? Las autoridades, las personas de distincion, permitirán semejante mancha en nuestro honrado carácter? El mal todavía tiene remedio, si se vigila y registra escrupulosamente á los muchos que vuelven, despues de residir algun tiempo en otras partes. Sea perseguido y castigado severamente todo el que use la infame navaja, hablen contra ella y su alevoso modo de matar los curas y los maestros. Cuándo se ha visto al buen gallego necesitar para reñir con sus semejantes mas que de sus puños! cuán-

do no ha tenido lo suficiente para defenderse de las fieras con un buen garrote!

»En fin, señor, me sentí herido, y sin más esperanza de salvacion, al ver que Juan de Lema intentaba seguir hasta matarme, que tratar de sujetarle los brazos, echándome encima. Lo logré, pero no sin recibir otras dos ó tres puñaladas del traidor, á quien de seguro habria muerto, si la pérdida de la sangre no me hubiera empezado á debilitar; levantéme, y cogiendo la navaja, que en la brega habia caido al suelo, la hice pedazos contra una peña, diciendo: Maldito sea quien la ha usado y quien la ha hecho! Juan huyó, no creyéndome tan herido, y yo traté de volverme á casa; mas, al llegar al camino real caí sin sentido.»

Aquí se detuvo de nuevo el guardia, y lleno de tristeza el varonil semblante, me dijo: «La verdad, siempre que recuerdo ciertas cosas, se me pone un nudo en la garganta, que me ahoga; dichosas las mujeres, que pueden llorar por cualquier cosa! dichoso yo cuando lloraba!» Dió un suspiro, y prosiguió:

«Qué más quiere usted que le diga? A pesar de la mucha sangre que habia derramado, mis heridas no eran mortales y sané ántes de lo que esperaba. En cuanto á Catalina, se casó con Juan de Lema. Yo les vi pasar por delante de mi ventana; él, alegre,

decidor, y vestido de nuevo con el dinero de su mujer; ésta, pálida y muda como una muerta. Cuando volvieron de la iglesia, el marido y el padre traian á Catalina cogida del brazo, pues se habia caido desmayada á los piés del cura.»

VI.

«Y dígame usted, Alonso, á qué atribuye la mudanza de Catalina?»

«Se va usted á burlar de mí si se lo digo.»

«No lo crea usted; le aseguro que no.»

«Pues bien, señor; no puedo ménos de atribuirlo á un hechizo de la infame Meiga.»

Habia prometido no reirme, mas al oir hablar de hechizos, tuve que contenerme para no hacerlo.

El guardia hizo como que no advertia mi sorpresa, y prosiguió diciendo: «Al cabo me fuí al regimiento; mas ántes de yo cumplir, murieron mis padres; entónces me reenganché, y como mi conducta habia

sido siempre ejemplar, fuí elegido para la guardia civil, cuando se creó; serví en diferentes provincias, y sin pedirlo, he sido, por último, destinado á ésta; sin duda por la voluntad de Dios, pues Catalina está enferma, y su marido va haciendo tantas, que al cabo parará en presidio. Ya ve usted entónces lo que sería de esos pobres niños, si no fuera por mí! Aquel á quien usted me vió hablar es el hijo mayor de Catalina.»

«Y no tuvieron otros ántes?», pregunté.

«No, señor; estuvieron bastante tiempo sin tener hijos.»

«Usted les trata ahora?»

«No, señor; no he vuelto á hablar á Catalina desde el dia en que me dijo aquellas palabras que nunca olvidaré: «Ántes de un mes!»

«Y Anton de Valdomir?»

«Ha muerto.»

En esto oí voces, como de un labrador arreando á sus bueyes; volví la cabeza, y por la carretera adelante venía una mujer, casi anciana, al parecer, cuyo rostro, á pesar de las profundas arrugas que le desfiguraban, y de lo hundido de los ojos, todavía presentaba admirable regularidad de facciones, si bien lo que más resaltaba en su ademan y aspecto gene-

ral era profundísima tristeza. Traia la labradora en sus manos un cordel, con el que guiaba á dos bueyes pelirubios, que en pos de ella, mansa y lentamente venian; detras, sosteniendo el arado para que no diese en el suelo, seguia un hombre pequeño, de anchos hombros, rostro enjuto y falsa mirada.

«Ahí los tiene usted», me dijo el guardia, mirando á otra parte y aparentando en su rostro la mayor indiferencia.

«A quiénes?»

«A Catalina y su marido. Esa que le parece á usted una vieja, ha sido una de las mujeres más hermosas de Galicia.»

Pasaron el hombre y la mujer sin mirarnos, y el guardia se levantó, diciendo:

«Ve usted una casita blanca, mas allá de aquel pinar, al lado de la ria?»

Miré hácia la hermosísima ria de Betanzos, que desde nuestro recuesto se veia, y dije:

«Es ésa la casa de mi tio?»

«Sí, señor», repuso mi compañero.

Le miré, y su rostro seguia sereno é impasible; solamente advertí que el fusil, si bien descansaba la culata en tierra, se movia como una caña; efecto, tal vez, de que la mano del buen Alonso de Moar se

estremecia y temblaba más de lo que su dueño quisiera. Entónces le dije:

«Francamente, Alonso, creo que ese infame Juan de Lema se habrá valido de algun engaño.»

«En cuanto á eso, es usted sobrino de D. Pedro; pídame usted cuanto quiera, inclusa la vida; pero le ruego, por la mujer á quien más haya amado en el mundo, que me crea. Juan de Lema no ha tenido á su favor sino los hechizos de la Meiga—»

«Bien, pero—»

«Catalina ha sido siempre una santa, como lo es en el dia.»

FIN DE ALONSO DE MOAR.

EL JATO.

EL JATO.

I.

Veis aquel muchacho de trece á catorce años, cabeza rapada, ojos traviesos, nariz y boca burlonas, pecho y espaldas apénas cubiertos con unos cuantos andrajos de color desconocido, que en nada se diferencian del color del cuerpo y rostro, curtidos por la inclemencia de las estaciones y el aire del mar? Le veis en aquel bote, solo, en pié, derecho como un huso, y remo en mano, sin que la marejada que se siente, y no poco, dentro de la bahía, le haga un instante perder el equilibrio, ni dé muestras de pensar más en ella que si se hallára á pié firme en el embarcadero? Pues ése es el *Jato!*

Llamáronle *Jato*, ó gato, que es lo mismo, al principio sus compañeros de vida; mas hoy nadie le co-

noce por otro nombre, y áun el mismo ignora si le tiene.

Entre infinitas habilidades, posee la de imitar al gato, no cuando maya, que eso lo imitan hasta los niños de pecho y algunos cantores, sino cuando el referido animal se pelea con los suyos, dando á manera de chasquidos con la lengua.

En eso no tiene rival el Jato, por lo cual lleva semejante nombre, si no mienten graves y sesudos autores. Es de ver cuando, al pasar una graciosa coruñesa camino de la Palloza ó fábrica de cigarros, se echa el descarado muchacho al suelo, sin que ella lo vea, y metiéndose el pulgar en la boca, y dando vueltas en forma de molinete los demas dedos, empieza á hacer el gato furioso á los piés de la cigarrera, y ella, despues de dar un salto, efecto del susto, se enoja, como es natural, desatándose en improperios contra el descreido Jato, miéntras éste sigue haciendo muecas á treinta pasos, lo ménos, y subido en el pretil del muelle. Crece la ira de la cigarrera, y en proporcion los gestos y visajes del Jato, que ya se va quitando lo que le queda de unos pantalones de cien colores, única prenda de vestido que le impide nadar. Y no lo hace á humo de pajas, pues la cigarrera, llena de cólera al ver que transeuntes y vecinos

se rien, echa mano de una piedra, y la dispara—al aire, pues ya el Jato está zabullido en el agua y nadando hácia un bote vacío, en donde se propone descansar de sus trabajos, secándose el cuerpo al sol y haciendo de vez en cuando el gato para no perder la costumbre.

Todos los seres racionales tienen en este mundo motivos para apesadumbrarse y llorar, pero pocos tienen tan á mano el consuelo. Si hace frio, el Jato hace el gato y entra en calor; si llueve, con hacer el gato se seca; si hace hambre — si hace hambre, entónces cuesta algo más hacer el gato; pero todavía le quedan al huésped de la bahía ánimo y pulmones para consolarse con su habilidad.

Ademas, es preciso que sea en verdad desgraciado, para no tener qué llevarse á la boca, pues el Jato trabaja siempre que se le presenta ocasion, pide cuando no trabaja, y toma cuando no pide. Ya se deja entender que con semejantes recursos, nuestro héroe no ha de experimentar hambre á menudo; con todo eso, hay dias en que se presentan las cosas tan mal, las vendedoras de la plaza, que conocen de sobra al Jato, están con tal cuidado, los empleados y mozos del peso con tal atencion, y el mar tan descompuesto, que no entra ni sale un barco, no habiendo carga

ni descarga en las que se pueda hacer — lo que se pueda!

En esos dias, el Jato por un pedazo de pan baila de coronilla, si se lo mandan, y hace el gato una docena de veces seguidas, cosa que no siempre acontece, pues hay que advertir que, á semejanza del pianista de gran crédito, sólo es pródigo de sus habilidades cuando le acomoda, si bien entónces suele rayar en pesado y enojoso.

II.

Y pues sabes, lector, quién es el Jato, voy á decirte lo que hace ó piensa hacer con el bote en que se halla. Acaba de llegar uno de los vapores del Ferrol, y hácia él endereza la proa, sin permiso de nadie, aunque el dueño del bote le tiene de darle unos cuantos pescozones, por servirse de cosa que no es suya.

Con todo, el atrevido muchacho no repara en pelillos, y puesto que se los encuentre por delante, los echa á la mar, que harto cerca la tiene; y llega ántes

que nadie al costado del vapor. Sea que el Atlántico estuviese poco sosegado, cosa no desconocida por cierto, áun en pleno verano, hácia nuestras hermosísimas costas del Norte; bien que la marea aumentase el oleaje, que hasta dentro del puerto se extendia, ó ya que delante de la Marola no son muchos los viajeros que se mantienen firmes, la verdad es, que muy pocos venian, que no estuviesen mareados, á excepcion de los marineros y algunos oficiales de marina del departamento.

Bien habria querido el Jato llevar señoras, á quienes en lance semejante podia pedir y sacar algo más de lo justo; pero si el dueño del bote reparaba en su falta, de seguro desahogaria el enojo en las costillas del robador, con lo cual éste recibió á los primeros que se presentaron, que fueron dos oficiales de marina, emprendiendo, sin esperar otra cosa, la vuelta del desembarcadero. No habia elegido mal, pues los oficiales eran jóvenes, y como buenos marinos españoles, generosos por demas; de esa manera, el muchacho, despues de llevar á feliz término la empresa, y dejando el bote amarrado en su sitio, puso los piés en el suelo de la Coruña, pasando por delante de las hermosas casas de los más acaudalados comerciantes, cuyas fachadas, revestidas de cristal desde el tejado

hasta el piso bajo, miraba con desdeñoso desprecio. Y cómo no, si tenía dos pesetas en el bolsillo!

Mas aquí se dan á conocer los altos pensamientos de nuestro héroe. Llegóse en la calle Real á una tienda de comestibles, y preguntó cuánto valia un panzudo frasco de legítimo anisete de Holanda, saliéndose en el acto sin decir palabra, al ver que le pedian infinitamente más de lo que él podia pensar en tener en toda su vida. Siguió andando, y se le ocurrió entrar en el café Suizo; pero al asomarse, le deslumbraron los espejos con sus marcos dorados, las mesas de mármol y las limpias banquetas, en las cuales no podria sentarse sin mancharlas; cuya última reflexion fué parte para hacerle desechar todo pensamiento con respecto al referido café.

Parecia como que el muchacho se negaba á un iman que le atraia, á su despecho, hácia el ancho descampado; en cuyo lugar se alzaban ántes las fortificaciones entre la Pescadería ó nueva Coruña, y la Ciudad ó pueblo antiguo; conocido hoy con el nombre del Derribo. Mas en el Riego de Agua, en que ya se hallaba el Jato, no habia modo de emplear las dos pesetas, salvo en una platería, en donde le pidieron, no sin reirse en sus futuras barbas, dos mil reales por una cadena de reloj, á cuya andanada es-

tuvo el muchacho á punto de caer de bruces dentro de la zapatería de enfrente, sin que se le ocurriese siquiera averiguar, de paso, el precio de un par de zapatos, lo cual habria considerado de más, en primer lugar, porque sus piés habian vivido siempre descalzos desde que tenía uso de razon, y en segundo, calzaban suela natural, mucho más fuerte y duradera que la de todos los zapatos que veia.

Al concluir la calle, se detuvo ante un escaparate lleno de libros, cuyas cubiertas, amarillas, azules ó de color de rosa, de diferentes formas y tamaños, sencillas éstas, y aquellas cubiertas de grabados, le entretuvieron largo espacio, no sin hacerle pensar más de una vez en gastar allí las dos pesetas en *santos*, prueba clara y evidente de lo mucho que aquellas le pesaban, pues en cuanto á ciencia, jamas el Jato habia llegado á saludar el A B C.

III.

Hallóse al cabo con el ancho Derribo delante, detras la Pescadería, á la derecha el puerto, enfrente la ciudad, y á la izquierda—

No te apures, lector; por más que mires, no verás nada, pues sólo hallarán tus ojos terreno desigual, con algunos árboles y tal cual resto de antigua muralla. Por lo tanto, es imposible comprender el por qué del tardo é indeciso caminar del Jato, quien miraba á todas partes, y despues de andar algunos pasos, se detenia de nuevo. . . . . .

Lo más sencillo y prudente es seguirle á cierta distancia, para que de esa manera no se asuste, y poder averiguar el fin de su viaje. Paciencia, y no poca, se necesita, pues el muchacho tropieza de repente, y cae, desgañitándose, sobre un monton de escombros. Cierto que es increible torpeza en él, y contraste notable con la agilidad de que no há mucho dió pruebas en el bote.

«Qué te ha pasado, buena alhaja?», dice á esto un celador de policía, el cual, llevado de la divisa propia de su oficio, *piensa mal y acertarás*, añade:

«Se me figura que lloras demasiado, Jato; mira que me vas á hacer creer que no tienes nada.»

«*Léveme o demo!* si miento», exclama el Jato.

«Pues entónces, ya deberias estar ardiendo en las calderas de Pero Botero, infinitos años há! —

«Fillo — *d'a tua madre!*» Esto es, hijo de tu madre.

«Qué dices, grandísimo desvergonzado?», repuso el celador furioso.

«Lo digo por el que dejó aquí estos escombros, que por su culpa, medio me he roto una pierna, señor celador— Cómo habia yo!— Jesus, válgame el Apóstol!!»

«Anda, anda; que la mala yerba nunca muere! Oye; te advierto de paso que no te detengas más por aquí, pues si te vuelvo á ver jugando á la orilla del mar con otros de tu ralea, como el dia pasado—»

«Y luégo!— Para bromas estoy yo!»

«Pues, por sí ó por no, echa á andar; que aquí no te dejo solo.»

Entónces fueron tales los visajes y contorsiones del Jato, que el mismo celador no pudo ménos de echarse á reir.

«Fillo!— lo digo por el que puso aquí los escombros para que yo me rompiese una pierna, señor celador— Fillo!— Mal pecado!»

«Silencio, y andando.»

«No puedo, así Dios me salve— ay, ay! *Dexe, déxeme* un poco descansar, y cuando se me pase el dolor, le seguiré. Fillo!—»

«Silencio, y aguárdame aquí hasta la vuelta!»

«Ay, ay, ay!!»

«Me aguardarás?»

«Y luégo!»

Y luégo ó *loigo* significa muchas cosas, y en este instante vale «ya lo creo», «por supuesto», «claro está.» Elija el lector.

«Lo que quiero es que me digas sí ó no.

«Y luégo, señor celador!—»

«Claro, claro, dime si me esperas, porque, si no, te llevo arrastrando.»

«Pues es claro!»

«Qué es claro? Que me esperas?»

«Es verdad.»

«Pues hasta luégo; cuidado!»

«Es verdad; hasta luégo— Fillo!— Ay, ay!»

El Jato se calla al ver que el celador vuelve la cabeza, y se contenta con decir entre dientes, lleno de rabia: «Fillo, fillo, fillo!» La continuacion de lo que dijo el Jato era, segun parece y aseguran fidedignos historiadores, el final de una exclamacion predilecta del emperador Cárlos V.

IV.

Siguió el Jato haciendo visajes hasta que desapareció el celador por la esquina del Riego de Agua, en cuyo punto y momento cesaron sin duda los dolores, pues el muchacho se puso en pié, listo y ágil; y saltando más que las *toninas* ó delfines; que á veces se suelen entrar por la misma bahía de la Coruña persiguiendo á la sardina; se encaminó á buen paso hácia la costa, delante de la cual rompe el Atlántico en las siniestras «Peñas de las Ánimas.»

Por aprisa que vayamos, nos lleva tal delantera, que al darle vista, ya se halla sentado en corro con otros de su edad, y áun mayores, al abrigo de unos peñascos que forman recodo en la misma orilla del mar. Fácil es verles desde la distancia en que nos hallamos, mas sólo gente nacida y criada orillas del Oceano sería capaz de entenderse en aquel sitio, en medio del aterrador bramido de las olas.

El Atlántico tiene, en efecto, á estas horas, cara de pocos amigos: desmesuradas ondas, de color verdoso y revuelto, son el agitado espejo en que se mira el cielo, de color ceniciento, y por toda la inmensa exten-

sion de agua salobre que desde allí alcanzan los ojos, se ve el cabrilleo de la espuma, agüero fatal y signo de próxima tempestad.

En cuanto al Jato y sus compañeros, así piensan en la mar, como en el Preste Juan de las Indias, si hemos de juzgar por los golpes y porrazos que cada cual sacude á su vecino. La causa de que aquel ignorado rincon del mundo se haya convertido en otro campo de Agramante, es una baraja, que á estas horas yace, mitad sobre la arena, mitad por los hendidos y resquebrajados huecos de las peñas.

Divididos estaban en dos bandos los combatientes; los más pequeños, en mayor número, capitaneados por el Jato, habian hecho hasta entónces rostro, con serena valentía, á tres ó cuatro mozos de diez y ocho á veinte años, los cuales, prevalidos de su *sensia*, habian dejado al Jato sin un maravedí, y ahora, confiados en sus fuerzas, se disponian á poner en fuga al perdidoso con sus amigos. Resistian éstos y oponian tenaz defensa, digna de mejor suerte y causa, cuando la presencia del celador fué señal de dispersion, desapareciendo como por ensalmo griegos y troyanos, sin que se viera la cara de ninguno de ellos, para lo cual todos tenian sus razones.

Bajó el celador, recogió la baraja, y si fuera cosa de

poner el parte en la GACETA, su gloria habria sido mayor que la de muchos autores de partes oficiales, quienes, despues de obligar á vergonzosa fuga al enemigo, ponian en conocimiento del Gobierno haber hecho prisioneros una canana inservible y un fusil sin llave, los cuales valian seguramente ménos que la baraja del Jato y demas contendientes.

A los cinco minutos se hallaba nuestro héroe sentado en un bote, al pié del embarcadero; de vez en cuando se sacudia, como los perros al salir del agua, despues se rascaba la cabeza, como aquel que tiene en ella más de un chichon, y por último, se metió en la boca el dedo pulgar, pareciendo como que se abanicaba con los demas. Estaba haciendo el gato!

Ya se sabe que tal era su modo de desechar las penas; en seguida se presentó á descargar bacalao, y fueron tantos sus gestos y las veces que hizo el gato, que le echaron con cajas destempladas; mas, como lo último que el Jato podia contener, era la lengua, murmuró no sé qué de «Fillo!—», y cuando no le valiera otra cosa, le valió por lo ménos un puntapié, que le hizo caer sobre un monton de bacalao, abrazado al cual se levantó, y soltando todos los pescados, ménos uno, echó á correr, llorando ó haciendo que lloraba, pues á poco se hallaba sentado en el pretil de la marina,

comiendo bacalao con pan, ambos adquiridos, tal vez, del mismo modo.

V.

Insigne Jato! Te he visto con gaban y gorra de hule, sin que al dia siguiente cubriesen tus ateridos miembros más que unos cuantos andrajos; te he visto trabajar honradamente en la carga y descarga del puerto, corriendo, no mucho despues, á todo escape, para poner en salvo un par de libras de patatas, Dios sabe cómo y cuándo adquiridas; te he visto reir y llorar, sacar en la boca los cuartos que te arrojaban al agua, hacer el gato á los piés de las buenas mozas— pero nunca estarás más animoso que aquella famosa tarde de un domingo en que te atreviste á hacer el gato, poniéndote en puntillas para acercarte á las orejas de Farruco.

Farruco es uno de los cargadores del puerto de la Coruña; entre los atléticos mozos de cordel que pue-

blan y adornan las esquinas de Madrid, no hay uno solo que pueda apostárselas en anchura de hombros y en fuerzas á Farruco. Hallábase éste, la tarde á que me refiero, con unas cuantas copas de aguardiente en el estómago, que si bien no le quitaban en manera alguna las fuerzas, entorpecian un tanto su andar, lo cual bastó para que el atrevido muchacho le esperase en un guardacanton del puerto, y ya que hubo pasado, se le arrimára bonitamente, haciéndole dar un traspiés-respingo, al oir rabiar un gato á sus orejas. Pero Farruco es tan manso como fuerte, y sólo despues de aguantar seis ó siete embestidas, fué cuando, asiendo de un peñasco, que así parecia el descomunal pedrusco que halló á mano, le despidió con tal fuerza contra el Jato, que, á no esconderse éste á todo correr detras del guardacanton, fuera aquel dia el último de su vida, pues el propio reparo retembló, al hacerse en él mil pedazos el mortal proyectil de Farruco; éste, seguro de que semejante aviso bastaba, siguió andando, no sin volverse á medias, diciendo con sorna:

«Divertirse!!—»

Ya han pasado algunos años, insigne Jato; qué es de tí? Dios lo sabe. Con todo, seguro estoy de que si no fuiste uno de los primeros que asaltaron desde el bauprés de su barco, á las órdenes de su coman-

dante, buen soldado y buen hijo de Galicia (1), la célebre *Cota* de Mindanao, te hallaste al ménos en el desembarque de la costa de África, y si no, á caballo en una gavia de la *Resolucion*, cuya hermosa fragata la manda tambien otro alentado paisano tuyo (2), estás acechando el momento de lucir, á las orejas de los malos peruanos, tus habilidades, *corregidas* por la ordenanza y *aumentadas* por la honra de tu ilustre bandera.

No te digo seas animoso, pues siempre lo has sido. Honrado, lo serás con sólo acordarte de que eres marinero español é hijo de Galicia—

Pasarán los años, y cuando desde á bordo de tu lancha de pescar veas el nuevo muelle, y la Coruña y Galicia regeneradas, tal vez pongas los ojos con tristeza en la costa de enfrente, diciendo:

«Sólo tú, querida tierra, siempre verde y hermosa; sólo tú me recuerdas mis primeros años, más felices y serenos que los que hoy lleva sobre su cabeza encanecida este fiel veterano del glorioso Departamento del Ferrol!!»

(1) El señor D. Casto Mendez-Nuñez, hoy, como sabe el lector, jefe de escuadra.

(2) El señor Rigada, capitan de navío, que á la sazon mandaba este barco.

FIN DE EL JATO.

EL PRADO.

EL PRADO.

I.

Ribazos de apacibles laderas, de cuestas suavemente inclinadas, tan gratas al andar como al descanso, do quier vestidas de perenne césped, jamas seco ni aun marchito, y asombradas á trechos de espesos árboles, cuyas ramas solian mecerse sobre el tejado de tal cual *lugar* (1) ó caserío, servian de engaste á la preciosa joya, propia de Santiago de Amil y de Andres de Abelenda.

Prado que recibiese tan bien los primeros rayos del sol naciente, más al abrigo del nordeste, ni mejor dispuesto para el riego, no le ha habido jamas en la Ma-

(1) El *lugar* le suelen componer en Galicia dos ó tres casas, y aun á veces una sola.

riña. Dividíale en dos, hácia la mitad, espesa hilera de mimbres, lindero puesto allí de intento, para que Santiago de Amil supiese hasta dónde llegaba su propiedad, así como Andres de Abelenda la suya, en lo cual tenian ambos grandísimo cuidado, atendiendo con esmero á los mimbres, para que no variasen de lugar hácia su parte ni una pulgada de terreno, bien que no habrian puesto inconveniente á que la linde se alejára cuanto quisiera en sentido opuesto.

Mas, á pesar de tan encontrados deseos, ó mejor por dicha razon, los mimbres se estaban siempre quedos, sin darse por entendidos de la voluntad de Abelenda ni de las intenciones de Amil.

Semejaba el prado magnífica esmeralda, y era el verdadero centro del hermoso país, que todo en torno servia de solaz y recreo á los ojos. Al ver semejante cuadro, meramente uno de los infinitos que son glorioso adorno, y deberian ser orgullo de España, toda persona sensata y capaz de comprender y amar lo bello, no podrá ménos de lamentar el increible desden con que á menudo miramos cuanto de Galicia proviene.

Ya es tiempo,—plegue á Dios no sea tarde,—de reparar tanta injusticia; la hermandad, por lejana, olvidada, entre ingleses é irlandeses, puede explicar

en parte el ódio que se profesan y la guerra exterminadora que ambos pueblos se han hecho; pero que un hijo, nuevo Cham, al ver desnudo á su padre, se burle de éste, provocando la cólera del cielo— eso es lo que ha estado acaeciendo, y aun dura por ciertas ciudades y provincias de España!

En cuanto á mí, si no he nacido en Galicia, soy, como otros muchos; que neciamente lo callan; hijo de gallegos; tanto me honra su sangre como el deber á Dios la merced de haber nacido en Madrid. Reniegue de los suyos quien quiera. Por mi parte, todo hijo de Galicia, pobre ó rico, de alta representacion ú oscuro nacimiento— me honrará si me llama su hermano; de igual manera el más humilde segador, rendido al cansancio, extenuado por un sol á que no está hecho, herido á menudo de muerte en medio de los áridos campos de Castilla y Andalucía; mísero y triste, consumido por la calentura, cubierto de harapos y señalado con el dedo; cual si su honrada pobreza mereciera burla; en vez de respeto: ESE ES MI HERMANO!!

II.

Todo vecino suele á veces dar qué hacer, y las tres provincias del *Irurac Bat* tienen á menudo no pocos asuntos que arreglar de puertas adentro, sin que por ello dejen los vascongados de llamarse hermanos tambien.

No es, pues, extraño que Amil tuviese qué decir de Abelenda, y éste, por su parte, se quejára de que por la noche le quitaban agua del prado, en lo cual nadie tenía interes más que Amil. Ponia éste el grito en el cielo, y juraba por el *Santo Apóstol* que á él le habia tocado la peor parte, sin contar que, como Abelenda tenía derecho á regar primero, solia despacharse á su gusto, sin dejarle una gota de agua. Replicaba aquel que no habia tal; disputaban, amenazándose mutuamente con la tremenda palabra *pleito*, verdadero resúmen de todas las desventuras de Galicia: acudia cada uno por su parte á *consultarse*, como suelen decir, con su abogado de la *vila* ó pueblo más próximo, el cual, despues de ver sobre la mesa de despacho la peseta que precede á toda con-

sulta de labradores, decia al consultante que sentia en el alma no poder ayudarle á poner un buen pleito al pícaro vecino; pero que, en fin, le trajese más *pruebas*, y verian la manera de que se hiciese justicia.

Despues de lo cual, salian Amil y Abelenda de casa de sus respectivos abogados, dispuestos á volver á *consultarse* de nuevo, para lo cual contaban con llevarles más pruebas y más pesetas.

III.

Media noche era por filo; hora en verdad medrosa por los campos y corredoiras de Galicia; leve volaba el aura por las ramas de los pinos, blando y apacible era el húmedo ambiente, manso corria el arroyo ántes de llegarse al prado, por entre cuya menuda yerba se esparcia, siguiendo las cien reguerillas que de intento habia hecho Andres Abelenda para el mejor reparto de las aguas.

El asiento y disposicion del prado, así como la mayor humedad que allí reinaba, hicieron que empezára á alzarse en aquel sitio ligera y vagarosa neblina, la cual fué poco á poco tornándose en revuelta y densísima niebla, al traves de la cual, apénas era dable distinguir los objetos.

Cesó de pronto el raudal que en el prado de Abelenda entraba, y á poco se le oyó á borbotones por el seco prado de Amil. Cierto que éste debia de tener alguna *meiga* ó bruja del todo inclinada á favorecerle, pues de lo contrario, no se comprende cómo el agua pudo dejar tan repentinamente de beneficiar el prado de Abelenda, para marcharse así, sin más ni más, al del vecino.

Espesa era la niebla, y de las buenas de Galicia; de ese modo, no era dable acertar con lo que podria ser un negro bulto que de acá para allá se movia, cruzando el prado de Amil; quizá la *meiga*, protectora de éste! —

Duró lo que vamos refiriendo unas dos horas, al cabo de las cuales, el bulto empezó á moverse con tal prisa, que Andres de Abelenda; hombre más que cauteloso y desconfiado; que á esto bajaba de su casa para ver si le robaban el agua, sólo acertaba á hacerse la señal de la cruz y á gritar: « *vade retrò*, Sata-

nas!» palabras que le habia enseñado un primo suyo estudiante, poco aficionado á serlo, y á quien por lo tanto, habian echado del seminario conciliar.

Mostróse entre celajes la luna, y los lejanos tumbos del Atlántico, que se empezaron á oir, dieron claras muestras de que el viento habia cambiado en aquel instante. El nordeste, que á la sazon llegaba, si bien no podia barrer á su sabor el prado, empezó á dar tales sacudidas á la niebla, que ésta sólo pudo resistir en lo más hondo del vallecillo, y aun allá fué á buscarla su feroz enemigo, revolviéndola y haciéndola retorcerse, cual si la causára pena el verse obligada á huir del hermosísimo prado.

A todo esto, seguia el bueno de Abelenda santiguándose, sin más fuerza en los piés que para permanecer clavado en el suelo, ni más aliento en los labios que para decir de vez en cuando: «*vade retrò, vade retrò!*» tales eran las idas y venidas, los saltos y contorsiones de aquella —de seguro, alma en pena— dueña á la sazon y señora del prado de Amil.

Mas, hé aquí que la inquieta alma, no contenta con esto, dió un brinco, y de repente se halló á pocos pasos de Abelenda. No era el caso para pensarlo mucho; con lo que, éste, viendo que ni aun la señal de la cruz arredraba al dichoso aparecido, se dió á

correr, saltando de un brinco la corredoira y trepando la cuesta arriba, sin parar hasta casa.

IV.

Graves sucesos acaecian entónces por la de Amil. Habia éste salido, iba ya para tres horas, sin que su mujer, que le estaba esperando, le viese venir; por lo cual, dormida y todo como se hallaba al lado de la *lareira* ú hogar, no dejaba de despertarse con visibles señales de impaciencia.

Entró en esto Santiago de Amil, con tardos pasos y tales muestras de cansancio, que su mujer no pudo ménos de preguntarle qué tenía.

«Y por qué lo quieres saber?», respondió Amil.

La mujer insistió en sus preguntas, y Amil respondió, despues de los acostumbrados rodeos, de la siguiente manera, que traduciré lo más literalmente que pueda:

«Bien sé, *miña* Benita, que á nadie se lo has de

decir; pero puedo asegurarte que vengo más muerto que vivo. Estaba regando el prado, valiéndome de la buena *brétema* (niebla) que habia; porque, como ese pícaro de Abelenda se lleva toda el agua, justo es— en fin, mujer, creo que sobre ello no hay más que decirte.

»En esto comenzó el viento á cambiar, y como podia dejarme la niebla al descubierto, pues desde casa de Abelenda se ve el prado mejor que desde la mia, fuíme á poner el agua como estaba ántes de *tomársela* al vecino; apénas tuve tiempo de hacerlo, pues jurára que un alma en pena andaba por allí.—»

«Jesus, mil veces!»

«Sí, Benita, *parecióme* un alma en pena, la cual, por fin, viendo que yo hacia la señal de la cruz, huyó hácia la casa de Abelenda, con tales gritos y saltos, que nadie diria sino que iba con la intencion de llevarse arrastrando á los infiernos, en cuerpo y alma, á nuestro vecino— Amén!

»Volvíme al prado ántes de que la niebla acabase de despejar, y entónces, Benita, me encontré con nuestro carnero negro, tan triste y callado, que bien merecia el nombre que tú le has puesto de *moucho* (mochuelo).»

« Pero, hombre, sabes qué estás diciendo? Si el

moucho está en la *córte* (establo) con los bueyes, cómo quieres tú que á estas horas! —»

«Á estas horas, Benita, á estas horas— te digo que es el *moucho*. Cogíle de los cuernos para que me siguiera, pero ántes se habria venido tras mí la iglesia, á tirar yo de ella. Quise valerme de todos los medios para hacerle moverse, y— mal pecado! — el maldito *moucho* parecia de piedra.

»*O Demo!* (demonio), dije yo entónces, y me le quise echar acuestas; áun creo que estariamos los dos en el prado, si no juntára todas mis fuerzas, y cargando al fin con el maldito animal, no me le trajera á casa.

»Pero, lo querrás creer? Sudaba el dichoso carnero, sudaba— Benita, no te puedo decir cuánto sudaba: ello fué que me caló hasta los huesos.»

«Y es verdad, pobre Santiago mio!», dijo Benita, palpándole la ropa,— «y *o carneiro*, dónde está?», añadió, llena todavía de dudas.

«Dejéle á la puerta atado; vé por él.»

Al punto Benita, tal era de hacendosa, curándose más del carnero que de la mojadura del marido, corrió á la puerta, en donde no halló ni rastro de lo que Amil decia. Acudió éste tambien á los gritos de su mujer, pero el *moucho* no estaba. Decia Benita que

no habia habido semejante carnero; juraba y desgañitábase Amil, sosteniendo que le habia habido, y por prueba, se enseñaba á sí propio.

A todo lo cual contestaba Benita, entre risa y enojo, miéntras la noche pasaba sin que el matrimonio se pudiese entender, hasta que fueron al establo, y hallaron al *moucho* dando cabezadas entre los bueyes. De pronto dióse Benita una palmada en la frente y exclamó:

«Ay, Santiago, si será algun aviso del cielo!»

Santiago no respondió, quedándose con los ojos clavados en tierra, empezando de allí á poco á dar de pié y mano, como si tuviese alferecía. Grande fué el susto de su esposa, al oirle decir:

«Ou, Benita, bien puede ser!»

Santiago de Amil estuvo enfermo mucho tiempo, y aunque juraba no volver á las andadas, y convenia con su mujer en que lo pasado habia sido aviso del cielo, no dejaba de exclamar para sus adentros:

«Verdad es que habia una *brétema* capaz de reirse, no digo del tejado de la iglesia, sino de llegar hasta el altar mayor; pero ello, no hay duda que el sudor del carnero me caló hasta los huesos.»

FIN DE EL PRADO.

LA CORREDOIRA.

LA CORREDOIRA.

I.

La corredoira de que voy á hablar es, como las demas de Galicia, la vereda que por aquella tierra hace falta, á saber: una via rústica lo suficiente ancha y á propósito para las pequeñas carretas que allá se usan. A la derecha se alza el terreno, vestido de verde yerba y coronado de árboles; á la izquierda, espesas matas entoldan el limpio cáuce de un arroyo, en cuyas aguas reverberan á trechos, al traves de las hojas, los rayos del sol.

Siguiendo por la corredoira adelante, parece como que ésta se hunde entre dos verdes tajos de tierra verde y peñas cubiertas de hiedra, por cuyas hojas saltan y caen de vez en cuando gotas de agua, que semejan perlas de rocío.

Cruzan ramas y hojas los árboles, nacidos en lo más alto de ambas orillas, sirviendo con su umbría de verde y fresca bóveda al suelo. Del arroyo sólo se oye el ruido de su sonoro raudal, conforme baja despeñado por entre guijas y yerba, hasta convertirse en la mansa corriente que se ve á la entrada del desierto camino.

A juzgar por lo poco trillado de éste, escaso debe de ser el número de peones y bestias que le huellan, sin que se vean aquí, como en otras vias semejantes, carriles de ruedas hondamente señaladas, aun en las mismas peñas, que á menudo esmaltan el piso de ésta, no ménos que de casi todas las corredoiras de Galicia.

Singular es, y por extremo agradable, la sensacion que se experimenta los dias de verano en tan deleitoso lugar, al cual sólo llegan los rayos del sol para darle alegría, apagado el fuego en las verdes hojas de los árboles. Con verdadero placer entra uno bajo la hermosísima umbría; con pena sigue andando, temeroso de que se acabe. Mas, en vez de esto, la corredoira se estrecha y la espesura es mayor á cada paso. Hay un sitio en que dos peñascos, vestidos en parte de aterciopelado musgo, y en parte de guirnaldas de hiedra, forman á considerable altura arco rústico y des-

igual; la luz llega abajo á manera de risueño crepúsculo matutino, y las gotas de agua que caen desde los peñascos al suelo, mantienen en éste perpétua y mullida alfombra de espesísima grama.

En este sitio; que, mal año para los más hermosos de Aranjuez ó La Granja; se veian diariamente Pelayo Loriga y Felisa de Prado, mozo aquel de veinte años, imberbes y sonrosadas mejillas y aspecto de robusta gallardía; Felisa, niña de diez y siete abriles, de cabellos rubios, rostro pálido, hermosos ojos azules de dulce y triste mirada, siendo ademas tan inocente como cuando de niña jugaba con Pelayo.

Estaba la casa de Loriga no léjos de la entrada de la corredoira, la cual iba á parar únicamente á la casa de Prado; con esto es fácil de comprender el por qué del silencio y poco tránsito del apacible y casi ignorado camino.

Tambien de niños habian jugado en aquel sitio Felisa y Pelayo, sin que la lluvia fuese jamas parte para estorbarles el verse diariamente, pues el arco era lo suficiente ancho, y estaba de tal manera dispuesto, que en sentándose al pié de uno de sus arranques y arrimados á uno de los tajos; lugar que nuestros jóvenes conocian harto bien; podian permanecer cuanto tiempo quisieran, sin temor de mojarse.

Lo que de niños habia sido para ellos mero juego, era al presente sobremanera necesario, pues las familias de entrambos, que hasta entónces habian vivido en paz y estrecha amistad, acabaron por reñir, sin que se supiera con certeza la causa; bien que Anton Repolo ó Repollo; zapatero de aquella parroquia y demas circunvecinas, no ménos dispuesto á taladrar el cuero con la lezna, y aun más á menudo con el clavo, que la honra de sus amigos y vecinos con la lengua; habia dicho la noche anterior al padre de Felisa, que el de Pelayo, viendo que ambos muchachos iban mostrando con la edad cariño más que de amigos, y no siendo Felisa bastante rica, conforme lo que él deseaba para su hijo, habia buscado un pretexto cualquiera para reñir.

Así lo comprendió el padre de Felisa, no ménos que toda la parroquia; pero lo que nadie sabía hasta entónces, y habia dicho tambien Anton Repolo, era que Pelayo no tardaria en casarse con una moza de Fontan, más rica que hermosa y de fama no tan buena como sus dineros.

Sin detenernos á averiguar qué verdad tuvieran las razones de Anton Repolo, ello es que Pelayo Loriga habia faltado el dia anterior al lugar consabido la primera vez en su vida, y que la triste Felisa habia es-

tado largas horas esperándole, sin que Pelayo pareciera.

Mucho lloró la niña aquella noche; pero cuando oyó por la mañana á su padre hablar del casamiento de Pelayo con la de Fontan, creyó toda la familia de Prado que aquel era el último dia de Felisa. Es comun y vulgarísima creencia en la gente de las ciudades, que á sí propia se tiene por mejor; la razon no se sabe; que la gente del campo no siente ni padece, hecha como está á tratar sólo con bestias, y ajena ademas á toda cultura. Fácil era de contestar aquí mismo; pero dejándolo por hoy, bueno es tener presente que si los pesares matan, semejante cosa acaece más por los campos que por las ciudades. Para convencerse de ello, basta con vivir en el campo, de cuando en cuando por lo ménos, en vez de permanecer siempre encerrados en ciudades, como vivimos los españoles, á manera de ovejas en redil. Cosa singular! El pueblo más inclinado en otro tiempo á trasponer montes y mares en busca de aventuras, mira hoy como cosa extraordinaria el salir de la poblacion en que por sus pecados reside! La vida del campo es hoy para nosotros; como para todo pueblo enfermo y decaido; vida cuyo solo recuerdo nos disgusta y ofende. De algun tiempo á esta parte, hay

cierta inclinacion al campo, la cual, si bien es hija de la moda, esperemos en Dios se convierta al cabo en verdadera aficion á la más noble y honrada vida.

II.

Felisa, sin olvidar un punto su afliccion, al propio tiempo que se ocupaba en las faenas y quehaceres diarios, halló, como siempre, tiempo para encaminarse al arco de la corredoira, en donde temia no hallar, á la manera del dia anterior, á Pelayo; mas no fué así, ántes bien, apénas se atrevió á dar crédito á los ojos, cuando vió al jóven sentado en la grama, inclinada la cabeza, y apoyándola en las palmas de las manos.

En otro tiempo despertára Pelayo de semejante estado con alguna infantil travesura de Felisa; pero aquel dia la jóven se contentó con pararse delante del arco y quedarse en silencio.

«Pelayo», exclamó al fin, «qué tienes?»

Alzó éste la cabeza, y permaneció callado, con el rostro encendido como la grana.

«No contestas?», añadió Felisa. «Jurára que algo callas, que no debieras.»

«Y por qué me lo dices?», dijo al cabo Pelayo.

«No sé.»

«No sabes? Pues entónces—!»

«Ah, Pelayo, Pelayo! Mira bien lo que haces! Dónde estuviste ayer?»

«Y tú, viniste aquí?»

«Pues no! Pero, dónde estuviste, que lo quiero saber?»

Pelayo se levantó, tosió, hizo como que se iba, volvió, y sólo despues de mil rodeos, preguntas y respuestas evasivas, acabó por decir:

«Ayer estuve en Fontan con mi padre.»

«Con que, es verdad que te casas con otra?»

«Y quién te lo ha dicho?», replicó Pelayo, abriendo los ojos, lleno de asombro.

«Es decir, que contabas con que nadie lo sabía? Ah, ingrato! Quiera Dios que siempre que pases por este sitio, caigan sobre tu cabeza las lágrimas que desde ayer, y sin que nadie lo vea, estoy derramando por tí!»

Pelayo tembló, y dijo:

«Me echas una maldicion?»

«No, Pelayo mio!», exclamó Felisa, llorando de

nuevo; «sólo quisiera que mis lágrimas cayeran sobre tí, para que nunca me olvidáras.»

«Yo no puedo olvidarte nunca, Felisa.»

«Pero te vas á casar con otra!»

Pelayo se acercó á la jóven, y despues de mirar con recelo á todas partes, confirmó con sus palabras las de Anton Repolo, añadiendo:

«Mira, Felisa, há ya mucho tiempo que vengo á este sitio contra la voluntad de mi padre; pero te he querido y quiero tanto, que no sé *qué me facer*. Mi padre ha jurado, delante de mí, que, ó me caso con Marica la Reina, de Fontan, ó no le vuelvo á ver en mi vida.»

«Marica la Reina? No la conozco; pero por su apellido se ve que es inclusera.»

«Sí. Pero es tan rica!»

La jóven no pudo contener la risa, y mirando, no sin lástima, á Pelayo, le dijo:

«Francamente, Pelayo, *dasme* lástima. Casarte con una inclusera, y rica por añadidura!»

«Ya ves; *empresta*.»

«Tambien usurera? Y tú, qué has dicho á tu padre?»

Pelayo amaba á Felisa como suelen amar muchos, esto es, por costumbre; costábale gran trabajo separarse de la jóven, y si ésta le hubiera rogado que no

la abandonára, tàl vez Pelayo consintiera en engañarla por algun tiempo, hasta que ya no fuese posible ocultar los preparativos de la boda; pero la tristeza de Felisa se habia trocado en ironía tan amarga y burlona, que Pelayo, avergonzado y teniendo por afrentoso cuanto su antigua amada le decia, quiso darse por ofendido, librándose de esa manera, con razon, al parecer, de las burlas de Felisa.

«No he venido á que te burles de mí; á saberlo, *estuvérame* en mi casa», la dijo con ceño.

Felisa permaneció callada, y Pelayo, no sin dudar ántes buen rato, dejó á la triste niña, diciendo:

«Queda con Dios.»

Doloroso nudo cerraba la garganta de Felisa, quien permaneció con los ojos puestos en la revuelta, por donde acababa de desaparecer Pelayo.

Así pasó mucho tiempo, y tanto, que al anochecer la hallaron sentada debajo del arco, y con los ojos puestos en la revuelta, por donde Pelayo habia desaparecido.

Felices aquellos que desahogan su dolor con lágrimas y quejas de amargura; mas el carácter de Felisa era de aquellos que se niegan á toda apariencia exterior y ruidosa, con lo que el desgraciado no halla jamas consuelo: en sí, porque no le quiere; y en los

extraños, porque al verle callado y silencioso, le tienen por insensible é incapaz de padecer. Ay del que padece y sufre en silencio!

Ni una palabra pronunció Felisa que demostrára pena ó enojo, ni una lágrima corrió por sus mejillas. Ocupada en sus diarias faenas, á cuantos la hablaban respondia con acento afable y cariñoso, fuera de lo cual sellaba sus labios tristísimo silencio.

Al llegar la hora en que la mísera niña iba á la corredoira, encaminábase á ella como siempre, y siempre en vano; pues el ingrato Pelayo jamas volvió á presentarse.

Felisa, por costumbre, y si se va á decir verdad, tambien por un resto de esperanza; último consuelo de los desventurados; iba todos los dias á la corredoira, en donde permanecia sentada, hasta que su obligacion la llamaba de nuevo á casa—

Un dia; pavoroso dia era aquel! oscurísima nube entoldaba el cielo entero, silencio mortal avasallaba á la tierra, la yerba de los prados parecia marchita, mustias las más erguidas plantas que á la sazon rastreaban; las hojas de los árboles, próximas, al parecer, á secarse y caer en raudo torbellino, dejaban casi desnudos ramas y troncos, ocultos hasta entónces entre densísima espesura.

Escasa era la luz que llegaba á la corredoira, y sobre todo, hácia el arco, debajo del cual yacia Felisa sentada. De pronto se oyó en el aire el estallido de un cohete, al cual siguieron otros varios; señal de fiesta y alegría, casi siempre, por los hermosos campos de Galicia. Felisa, con una mano apoyada en el suelo y la otra en el corazon, escuchaba, respirando con anhelosa angustia, los cohetes, que se oian hácia la casa de Loriga.

Cada estallido que al traves del callado aire llegaba, era una puñalada al corazon de Felisa. Bien sabía ella que en casa de Loriga celebraban la boda de Pelayo con Marica la Reina. Y cierto que los cohetes, léjos de parecer á la sazon señal de alegría, más bien aumentaban la tristeza y mudo espanto que por todos aquellos alrededores reinaba.

Súbito y hórrido estampido rompió la nube, á la par que despedazó sus entrañas un rio de centellante fuego. El rayo habia caido hácia la casa de Loriga. Desde ésta venía un hombre por la corredoira adelante con presurosos y desatentados pasos, el cual apénas acertaba á decir, con voz temblosa y sobrecogida de pavor:

«Felisa, perdóname! El rayo ha muerto á mi esposa! Perdóname, Felisa!»

Y Pelayo, en medio de la oscuridad, cada vez mayor, de la nube y de la umbría, alargaba los brazos hácia una sombra que se detenia como á esperarle, y apénas la iba á tocar, desaparecia de nuevo, para mostrarse en la primera revuelta.

«Estás ahí, Felisa?», decia Pelayo procurando asirla, y desesperándose de ver que siempre se escapaba.

Así llegó el jóven á vista del arco. Allí estaba la sombra esperándole.

«Felisa, estás ahí? Espérame.»

Y Pelayo se llegó al arco. Entró debajo, y advirtió que su ropa estaba cubierta de gotas de agua; salióse afuera, y al través de los árboles vió que la nube permanecia seca y cerrada, como si sólo trajera en sus entrañas fuego. La sombra habia desaparecido.

Pelayo, con la montera en la mano, y rezando entre dientes, volvió á entrar bajo el arco, y entónces cayeron sobre su cabeza gotas como las que tanto le acababan de sorprender; alzó el rostro, y en su rostro y labios cayeron gotas de agua, amargas como la hiel.

«Las lágrimas de Felisa!», exclamó Pelayo, cayendo al suelo desmayado.

Rompió en esto la tempestad, desatándose en torrentes de lluvia hasta el dia siguiente.

La corredoira quedó convertida en verdadero rio, hasta que ya por la mañana fueron bajando las aguas, las cuales debieron de arrastrar el cuerpo de Pelayo, así como el de Felisa, pues ambos desaparecieron, sin que jamas se les volviese á ver.

III.

Los labradores de aquellas cercanías dejan de pasar, siempre que pueden, por nuestra corredoira; mas, cuando no tienen otro remedio, lo hacen sin detenerse nunca debajo del arco, á pesar de lo apacible y deleitoso del sitio. Lástima, en verdad, que las gotas que de vez en cuando caen desde lo alto sobre la verde y espesa grama, no consientan permanecer allí mucho tiempo!

Líbreme Dios de que el mejor dia se le antoje á un químico analizar las referidas gotas de agua, y hallar en ellas calidades superiores á las de Vichy ó Puerto Llano; líbreme Dios; por eso he callado y callaré

siempre el nombre de la parroquia á que pertenece mi querida corredoira.

No há mucho me hallaba sentado debajo de su arco, hurtando el cuerpo á tal cual gota, no siempre con buen éxito, cuando una robusta y fresca gallega, que por la corredoira pasaba, se detuvo breve espacio para decirme:

«No tiene miedo, *señore*, de que le caigan encima las lágrimas de Felisa?»

FIN DE LA CORREDOIRA.

EL LALÁLO Ó LA-LA-LÁS.

EL LALÁLO Ó LA-LA-LÁS.

El cantar de los gallegos
Es cantar que no se acaba:
Comienza por *alalálo*,
Y acaba por *alalála!*
(CANTAR ASTURIANO.)

Achaque de vecinos, que, por buenos que sean, siempre se inclinan un tanto á la maledicencia y á poner de manifiesto las faltas ajenas, aun inventándolas, si necesario fuere. Pero como todos solemos caer en semejante pecado, tengo por lo mejor y más conveniente perdonar á los asturianos su copla; no desprovista de gracia, si en cierto sentido se mira, y que del todo nos parecerá desatinada cuando sepamos el lamentable orígen del *lalálo*, del cual daré tambien ántes breve idea, para los que por primera vez le oyen nombrar.

Aunque soy no poco curioso, y siempre he tenido

grandísimos deseos de conocer su orígen, confieso desde ahora humildemente que no me ha sido lícito ir muy allá por el campo de las averiguaciones, ni mucho ménos trasponer las fronteras de la duda. Con todo eso, no pienso dejar de la mano el estudio de tan extraordinario canto, y quién sabe si el mejor dia hallarémos; como me lo sospecho; que el *lalálo* le cantaban ya en el riñon de Asia las primitivas tribus indo-europeas, trayéndole á Occidente los hijos de ellas, que, con el nombre de iberos ó celtas, señorearon nuestra tierra? Tarea, en verdad, erudita y digna de ocupar á más de una academia! Ni se crea digo esto por broma; ántes bien, si yo fuera príncipe, ó banquero; que hoy dia es ser mucho más; prometido estaba ya importantísimo premio al sabio que tuviera á bien poner el dedo en el verdadero orígen y fuente genuina del *lalálo*.

No se asuste, á pesar de esto, el lector, temiendo hallarse mano á mano con algun erudito á la alemanisca, empedrado de citas y aborrascado de notas, con el solo objeto de zaherir honradas reputaciones literarias. Mansa es mi intencion y humildísimo mi propósito, con lo cual no hay para qué advertir que, si me propongo dar con el orígen del *lalálo*, lo he de intentar valiéndome de cuantos medios pacíficos estén

á mi alcance; no sin dar tambien ántes razon, como acabo de prometer, de lo que significa hoy dia en Galicia la palabra puesta á la cabeza de los presentes renglones.

I.

El sol acaba de sumergirse en el mar; la sombra del crepúsculo vespertino sube desde los peñascos en que revientan las olas, corre por encima de los prados de la ladera del monte, y se esparce por los castaños que le coronan, sobre cuyas copadas ramas descuella la blanca fachada del santuario. Era este sitio, en tiempos de paganismo, lugar sagrado, donde se reunian de noche los primitivos habitantes á adorar al Criador, conocido por ellos con diferentes nombres y atributos, lo cual les llevaba frecuentemente á la idolatría. Aquí halló el cristianismo altares de piedra no labrada y manchados de sangre humana; él les purificó elevando en su lugar un templo, trocando el horror del bosque sagrado en mansion de plegarias y

de solaz, al cual acuden los labradores comarcanos en dias señalados.

Huyeron los falsos dioses, y con ellos los sacrificios sangrientos; pero la tradicion, poderosísima en Galicia, y no interrumpida por estirpe del todo extraña á la que há infinitos siglos la puebla, lleva al gallego al mismo sitio á que acudian hace miles de años sus padres. Misa y oraciones por la mañana, baile y merienda por la tarde, tienen en perpétua ocupacion y movimiento á la muchedumbre.

Mas los ecos de la gaita se van con el último rayo de sol; y en el lugar donde ántes se bailaba, á la sombra de árboles seculares, entonan las mujeres, sentadas en el suelo, con triste ademan y lastimero acento, lamentable melodía, cuya solemnidad aumentan el silencio de la noche y los tumbos y resaca del Atlántico.

La cancion no tiene palabras: empiezan algunas mujeres cantando con lentitud suma y repitiendo siempre la sílaba *lá-lá-lá*, y siguen todas las otras con admirable compas, pues merece advertirse que apénas se halla, entre tantas, una sola cantora que *desafine*.

Así pasan horas, y desde luégo puede afirmarse que, á oir Meyerbeer cantar de esa manera el *lalálo* á las

mujeres de Galicia, seguramente le habria servido para escribir un hermoso coro, que llenára de admiracion y sorpresa á todos los aficionados de la tierra.

Tal es, pues, el *lalálo*, y tal la manera de cantarle, con lo que, volviendo de nuevo á mis investigaciones histórico-tradicionales, diré que, de cierto, su orígen se oculta en la noche de los tiempos; y no digo, en verdad, gran cosa; mas ántes de acabar, he de referir una leyenda, traida á mi mente no sé cómo ni de qué manera— la verdad es que no lo quiero decir— y que viene aquí como de molde.

II.

Eurico, el Kimbri, era señor de valles y montañas, extendiéndose sus señoríos hasta las orillas del Oceano. Años hacia que los hijos de Galicia habian visto llegar, por diferentes partes á la vez, bandas de hombres de alta estatura, color blanco y rubia cabellera; venian los guerreros á caballo, á pié los siervos, y en carros tirados por bueyes, las mujeres y los niños.

Maravilla cómo pudieron llegar hasta las costas del Atlántico tan pesados carruajes, que más bien parecian casas puestas en movimiento.

En paz vivian, ocupados éstos en sus faenas agrícolas, y aquellos en la navegacion y la pesca, los hijos de la tierra, cuando Eurico llegó á la cabeza de los suyos. Llenóle de admiracion y codicia tan hermosa comarca, y á poco la sojuzgó, tomando para sí lo mejor, ó lo que tal le parecia; esto es, las cumbres y laderas de los montes, para que en ellas pastáran numerosos rebaños, única riqueza que Eurico el Kimbri estimaba.

Pero si los naturales, más hechos á las artes de la paz que á riñas y combates, habian fácilmente cedido al principio, no tardaron en acudir á las armas para rechazar la tiranía de Eurico. Vana empresa, pues éste, con sus guerreros, venció al cabo á los habitantes de los valles, y áun les obligó á labrar en una cumbre sólido y amenazador castillo, verdadero nido de águila, en donde Eurico se encerró con los suyos, no sin salir, cuando mejor le parecia, á espaciarse por los valles y tierras, que le rendian párias.

Eurico era viudo y sólo tenía un hijo, á quien la nodriza habia traido en mantillas á Galicia, y á la sazon era ya mozo de veinte y cinco años. Diferentes,

por extremo, eran el rostro y apostura del hijo y el padre, no ménos que los caractéres. Eurico parecia ménos alto, á causa de sus anchísimos hombros y levantado pecho, viéndose sólo algunas canas en su roja cabellera; tenía el rostro ancho, de prominentes mejillas, y cubierto de arremolinada barba, semejante en el color al pelo; pero lo que en verdad causaba espanto, eran sus pequeños ojos, de verde y oscuro color, remedo de las olas del mar de Galicia en dias de tempestad.

Lalo, su hijo, aunque de igual estatura, parecia más alto, por ser mejor proporcionado y más esbelto; tenía hermoso rostro, ojos azules y el cabello de color castaño tan claro, que por rubio le tuviera el moreno comerciante fenicio de Malaca ó de Gádes. Bien podia decirse que en los ojos tenian retratada el alma Lalo y Eurico: era éste de genio adusto, feroz, y por la menor cosa se encolerizaba, llegando áun á quitar la vida á sus más allegados servidores. Lalo, de blando carácter y apacibles costumbres, huia de la casa paterna para vaguear por los hermosos valles que yacian al pié de las alturas en donde pastaban los rebaños de su padre.

Mas de una moza, al verle con el arco en la mano y dispuesto siempre á herir con certera flecha á la

primera alimaña que se presentára, despues de saludarle al pasar, con voz temerosa y los ojos puestos en el suelo, se volvia á mirarle, diciendo:

«Imposible parece que la paloma se haya criado en el nido del milano!»

III.

Diestro cazador era Lalo, pero sus pasos se dirigian siempre al mismo lugar, bien que á la bajada del castillo tuviese la costumbre de seguir cada dia por distinto camino. No léjos del mar, y en sitio por demas agradable, vivia Rauvena, hija de una antigua familia noble de aquella tierra, desposeida por los Kimbris de su primitivo poderío y de casi todas sus riquezas. Muerto el padre de Rauvena en el último levantamiento contra Eurico, quedó la triste jóven sin más amparo que su anciana madre, ciega y enferma, y un servidor, que cultivaba el pequeño huerto que habia en torno de la casa.

A ella acudia Lalo, despues de discurrir por valles y montañas en diversas direcciones, para que su feroz

padre no cayese en sospechas, que bien podian causar la desgracia y áun la muerte de la desventurada Rauvena; en verdad desventurada, pues amaba á Lalo el Kimbri, esto es, al hijo de los enemigos de su estirpe, matadores de su padre.

La madre, ciega, fué al principio fácilmente engañada, pero el siervo miró siempre con torvos ojos á Lalo. Mas, como éste no sabía mentir, pronto se dió á conocer por quien era, perdonándole al cabo las mujeres su orígen; que la lealtad en el alma y la verdad en los labios tienen irresistible fuerza para enseñorearse de los corazones francos y sencillos.

Lalo, como siempre, llegó un dia á casa de Rauvena sin advertir el menor cansancio, el cual sólo le molestaba cuando no tenía otro remedio que volverse al castillo de su padre.

Hermosa era Rauvena, bellísimos sus pardos ojos, rizado su cabello castaño. Sentada en un verde ribazo, á cuyos piés corrian las aguas de un arroyo que, á no muy larga distancia, se daban en humilde tributo al mar, parecia Rauvena la *Elfa* ó *Fada* de aquellos lugares, á los cuales, y á los demas por el estilo, creian nuestros sencillos padres, ántes de la venida del cristianismo, que estaban consagrados séres hermosos y benéficos.

A los piés de Rauvena ponia Lalo arco y flechas, á su lado se sentaba, de sus labios oia blandas é inocentes palabras, y en sus ojos contemplaba de antemano la ventura sin mancha que en el Walhalla espera á los buenos y esforzados guerreros. Horas pasaban mirándose en silencio, miéntras sus corazones latian á la par y sus dos almas se trocaban en una.

Hablábanse en voz baja; mas de pronto dijo Lalo, alzando la voz:

«No hay nada imposible para un Kimbri. Pues lo soy; tú serás reina de Iberia!»

«No prometas lo que nadie te pide, ni áun desea», respondió Rauvena.

«Me lo pide mi corazon, y lo deseo yo.»

«Ya te olvidas de que vive tu padre?»

«Cierto», repuso Lalo amargamente, «mi padre, segun él, tiene sobre mí derecho de vida y muerte, así como sobre todos sus vasallos. Rauvena, mi padre es tirano, y debeis de aborrecerle.»

«Nosotros no aborrecemos á nadie.»

«Eres buena como una hija del cielo. Te agradezco tus palabras, porque, al cabo, Eurico el Kimbri es mi padre, y hasta ahora le he obedecido en todo— ménos—»

«Serás capaz de desobedecerle en algo?»

«Sí, Rauvena, pues te vengo á ver.»

«No soy bastante noble para un Kimbri?»

«Para mi padre, francamente, no, Rauvena. Ya sabes que no conozco la mentira.»

«Pues entónces, á qué vienes á esta casa?», repuso Rauvena con los ojos llenos de lágrimas.

«Óyeme, amor de mi alma. Há ya muchísimos dias que mi padre me ha prohibido pisar el umbral de tu casa, amenazándome con la muerte si le llegaba á desobedecer.»

«Huye entónces de aquí cuanto ántes, Lalo. No permita el Dios criador que yo sea causa de tu muerte!»

«Ya no hay remedio; el Dios criador quiere, sin duda, que nuestras almas vivan eternamente unidas, pues mi padre ha jurado matarte si me sigues amando.»

«Triste madre mia!», repuso Rauvena llorando. «Quién habia de decir que tu hija moriria ántes que tú?»

«Qué dices?»

«Que todo lo puedo intentar en este mundo, ménos dejar de amarte, y de esa manera, tu padre habrá de cumplir su juramento, ó no ha de ser quien es.»

«No me hagas temblar, Rauvena. Vén, huye con-

migo. Irémos á otras tierras adonde no alcance el brazo de un padre desalmado.»

«Huyamos cuanto ántes, Lalo.»

«Bien; mañana vendré por vosotros, y el siervo nos acompañará.»

Ambos jóvenes se abrazaron para despedirse.

«Lalo! La—», gritó á este tiempo un hombre, con voz semejante al rugido de hambrienta fiera.

Con los gritos llegó una flecha á clavarse en un árbol, á cortísima distancia de Lalo y Rauvena.

«Aparta, Lalo!», gritó Eurico, asestando de nuevo el arco, «aparta, que voy á matar á esa maldita Fada que te tiene hechizado!»

Lalo, sin contestar palabra á su padre, se puso delante de Rauvena.

«Acércate, señor», decia el siervo á Eurico, «llégate á ellos, y de más cerca les podrás matar.»

«Tienes razon, siervo; los dos han de morir.»

«Lo merecen», repuso éste; el cual habia ido á avisar á Eurico de que Lalo estaba en casa de su señora.

Acaso el ódio que el siervo tenía á los Kimbris llegaba de igual manera á Rauvena, por haber amado á uno de ellos; acaso el siervo contaba con poder salvar á su ama, logrando únicamente la muerte de un Kimbri á manos de su padre. Necio ó infame intento, que no

pudieron ver cumplido sus ojos, pues Eurico, ciego de cólera, le abrió la cabeza de un hachazo, diciendo:

«Toma; maldito seas, que me vienes obligando á matar á mi hijo!»

«Huye, Lalo!», gritó de nuevo Eurico, «huye léjos de esa mujer!»

Mas Lalo cubria siempre con el cuerpo á su adorada Rauvena. Llegóse á ésta Eurico, y alzando el hacha, la mantuvo un momento en el aire, como si fuerza superior le detuviera; cayó al cabo el arma terrible—, y á los piés del parricida quedó muerto el infeliz amante de Rauvena. Por la primera vez de su existencia tembló Eurico; miró al suelo, y sobre el cadáver de su hijo vió á la jóven, que con desesperado acento gritaba:

«Lalo! Lalo!»

IV.

Eurico tiró el hacha, huyendo sin tino por aquellos alrededores.

Cuando volvió al castillo, halló á sus puertas infinitas mujeres, acompañando á otras que llevaban en andas el cuerpo de Lalo. Todas pronunciaban á un

tiempo el nombre del desventurado jóven, á cuyo lado iba Rauvena.

«Fuera de aquí!», gritó Eurico, «franca la puerta al señor del castillo!»

Soldados con lanzas y espadas salieron, golpeando é hiriendo á las tristes mujeres, las cuales huyeron al valle, en donde se quedaron rodeando el cadáver de Lalo, y sin acertar á pronunciar más palabras que el nombre del muerto.

En vano bajaban de vez en cuando los de Eurico á hacer callar á las desconsoladas plañideras; todas huian, ménos Rauvena; pero todas volvian luégo á cantar, sentadas en derredor del sitio en que al cabo habian enterrado á Lalo.

Así pasaron muchos dias, sin que todo el miedo que Eurico causaba las estorbase el pronunciar, al ménos, la mitad del nombre querido.

En lo más callado de la noche, cuando los Kimbris dormian, despertaba Eurico sobresaltado, al oir allá, en lo hondo del valle, una voz lastimera, que decia: «Lalo! Lalo!»; callándose de repente, para empezar á poco de la misma manera.

Largas veladas pasó Eurico temblando y creyendo que aquella voz era mentirosa ilusion, causada por el remordimiento.

Mas, al cabo, en una noche de luna, el jefe Kimbri despertó á sus guerreros, yendo con ellos al sitio en que se oia la voz de siempre. Desierto parecia el valle; triste y solemne silencio habria puesto miedo á corazones que no latieran en pechos de Kimbris. Seguian éstos en silencio á Eurico, cuando de pronto se detuvieron todos al oir que una voz femenil y tristísima decia entre suspiros y gemidos: «Lalo! Lalo! Lalo!»

«Maldita seas!», gritó Eurico, disparando una flecha hácia donde se oia la voz, la cual dejó de oirse para siempre.

A la mañana siguiente hallaron las jóvenes del valle á Rauvena, herida de muerte y sin fuerzas para hablar; tan sólo acertaba á decir de vez en cuando: «La— la—»

Todo el dia permanecieron á su lado, cubriendo el cadáver de flores y repitiendo las amadas sílabas, últimas que habia pronunciado Rauvena.

Eurico, no teniendo valor para bajar más al valle, dejó en la comarca á una parte de los suyos por dueños de la tierra; señorío cuyo indeleble recuerdo refiere á las generaciones presentes y venideras el nombre de Cambre, más de una vez repetido en lo que hoy es provincia de la Coruña.

Eurico, siempre feroz y sanguinario, se puso en ca-

mino hácia el Sur y siguiendo la costa; los Kimbris que con el iban, respondian á los habitantes que preguntaban por el nombre del jefe:

«Ántes se llamaba Eurico; hoy se llama Camhbaos (1), pues ha tenido ánimo para matar á su propio hijo.»

Así perdió Eurico el nombre, perpetuándose, en cambio, el que á su ferocidad debia, de lo cual es mudo testimonio el pueblo de Cambados, en cuya comarca halló al cabo la muerte el parricida.

De más es decir que fué inútil remedio para aplacar sus remordimientos el cambio de lugares. El triste plañido de Rauvena cundió por toda Galicia, de tal modo, que áun las mujeres de los Kimbris le repetian.

De igual manera, hoy, las hijas de los vencedores y de los vencidos, conocidas ya únicamente por el hermoso nombre de «hijas de Galicia», repiten á una, y con el propio lamentable acento, el tierno y tristísimo cantar que recuerda el sin igual amor de Rauvena y la mísera desventura de Lalo.

(1) *Camh*, fuerza; *Baos*, destruccion.

FIN DE EL LALÁLO Ó LA-LA-LÁS.

EL AMERICANO.

EL AMERICANO [1].

No es mero deseo de mudar una tierra por otra, ni vana codicia de dinero, ni loco y mal fundado intento de hallar plata, oro y diamantes, lo que mueve á tanto desventurado á abandonar con lágrimas en los ojos la *sua terra* de Galicia. Quien sea capaz de ver sin el corazon afligido el embarco de los que emigran á las Indias de Occidente, bien puede decir que no tiene corazon.

A semejantes viajes; que harto á menudo suelen acabarse con la vida; opónense muchos, más bien con razones generales y siempre de igual manera repetidas, que con verdaderos consejos, fundados en la experiencia. A esto responden los que van á América— con irse! Bien que podian llevar de la mano

(1) *Americano* llaman en Galicia al que en lo demas de España llaman *Indiano*.

al censor, y mostrándole la ruin vivienda de sus padres, rodeada de escasa tierra, apénas suficiente para mantener una tan numerosa familia, ponerle así de manifiesto, no sólo la causa, mas la verdadera necesidad de emigrar.

Hermosa es Galicia, fértiles sus valles, rica y productiva la costa, pero qué han de hacer sus hijos, privados de la necesaria ayuda del capital, y apénas dueños de sendas porciones de terreno, á tal punto divididas, y por decirlo así, desmenuzadas, que no parece sino que á cada nueva herencia, ve el mísero labrador trocarse en humo su ruin propiedad! Miéntras esta siga en semejante estado, sólo espere Galicia vivir agonizando; que tal es la tristísima existencia de nuestra desventurada Erin —

I.

Gallarda fragata, que, á igual distancia del castillo de San Anton y de la Palloza (1), te meces en las serenas aguas de la bahía de la Coruña, qué aguardas?

(1) La Palloza, hoy fábrica de cigarros.

Acaso te propones llevar la guerra á nuestros hermanos de América? Cualquiera lo diria, al ver tu gracioso córte y poderosa arboladura, en los cuales se ve la habilidad del maestro y la destreza de los carpinteros que te dieron vida en las amadas riberas de la Graña!

Mas, no; si te hicieron hermosa, es porque así te querian; si te hicieron fuerte, los largos viajes y tormentosos mares que habias de cruzar dan la razon de tu poder y resistencia, y no el intento de servirse de tí para guerras fratricidas. Ahora, en cambio de los preciados productos del fértil suelo americano, carga, en verdad, distinta, se halla pronta al embarque—

Acá y allá, diversos grupos, la mayor parte de labradores, rodean á varios hombres y niños, en cuyo rostro se descubre penosísima angustia. Éstos levantan los ojos desde el muelle hácia la fragata, como deseando y temiendo el verse á bordo; aquellos hablan á los amigos y parientes que les rodean, pasando de unos á otros con gran prisa, como si temieran les faltára tiempo para expresar á todos sus pensamientos, encargos ó cariño. Tambien emigran algunas mujeres, jóvenes y graciosas, cuyos ojos parecen más hermosos, enturbiados por las lágrimas, acaso con-

sagradas á tiempos y recuerdos puestos ya en olvido por un ingrato.—

Cada vez que llega el bote, echan mano los más próximos á las arcas que á su lado tienen, y en que se hallan sentados, donde llevan los infelices la escasa ropa y enseres que su ruin fortuna les consiente. Es tal el cariño de algunos á sus muebles, que hasta se les ve con una pequeña mesa á cuestas, ó más bien en la cabeza; y á todo esto, los muchachos, á la par, andan y lloran, acompáñanles las mujeres, y los hombres se van quedando callados, conforme se acerca el momento del embarco.

Hombre es el marinero Feijóo, á quien no se le encoge fácilmente el corazon, pero, segun él dice por experiencia propia, más vale verse rodeado de media docena de pancos de piratas en las costas de Java, que haber de aguantar tanto lloriqueo como acompaña á todo *envío de gente* para América. Feijóo es hombre formal y de toda confianza, por lo queel capitan de la fragata le da siempre, como ahora, el encargo de permanecer en tierra hasta que se embarque el último pasajero, con órden de cuidar no se extravie ninguno—

«Vamos, señores, no hay que andarse en *serimonias*, que acá todos somos unos; vayan pasando, y

pronto; que el capitan se va luégo á meter conmigo, como si yo tuviere un pañuelo para secar los ojos á tanto *rapás*—»

Y Feijóo volvia los ojos á otra parte, al ver á una madre despedirse por la centésima vez de su hijo, y sin acertar á separarse de él.

«Vamos, déjele, abuela, que la *Madalena* le guie.— Pasa aquí, buena moza, que me van á parecer Buenos Aires mejores todavía, *ainda* que sé que vas á vivir por allá.—Al bote, al bote, ó van todos de cabeza; por vida— Ven, hijo, qué tienes? te has olvidado el arca?»

«No la tengo», contestó un muchacho, que llevaba un pequeñísimo lio atado con el pañuelo.

«Y tu padre?»

«No le tengo.»

«Tampoco tienes madre?»

«Tampoco.»

Habia en las palabras y el tono del muchacho tal expresion de verdad y abatimiento, que Feijóo no pudo menos de decir:

«*Rapás* del diablo, si yo fuera una vieja con el corazon convertido en carne de coco fresco por todos estos llorones, de *siguro* me hacias llorar con esa cara tan— así— Anda al bote, y maldita sea toda tu

casta, que así te deja abandonado, y te envia á—

Feijóo era harto buen diplomático para decir qué le parecia de la suerte que al infeliz muchacho esperaba, pero añadió:

«Anda al bote; y si á bordo te ves muy apurado, acudes á mí, que me llamo Feijóo; oyes? Si no lo haces, *léveme o demo!* si no te pongo las costillas de color de alquitran, á fuerza de *paos* (palos). Y tú, niña, qué quieres aquí?», siguió diciendo el buen marinero á una preciosa niña como de seis años, que no hacia sino llorar, cogida á una mano del triste huérfano. «Supongo no tendrás tú tambien la— la fortuna de venirte con nosotros! Pero quién es esta niña, tú, *rapás*, ó cómo te llames.»

«*Llámome* José Benito.»

«Buen provecho; pero, y esta niña, quién es?»

«Esta niña, respondió José Benito, es María.»

«Enterados— Pero, se va ó se queda?»

«Se queda, señor, se queda», repuso José Benito, sin soltar las manos de María, bajando la cabeza y llorando.

«Pero, hija, quién eres tú?»

«Yo soy María!—»

Ríase de nosotros y de Feijóo quien quiera, pues cuantos han tratado con marineros, saben que éstos,

debajo de la áspera corteza con que á menudo se presentan, suelen tener el corazon de un niño. Ello fué que el buen hombre, dado ya á todos los diablos, por tener que pelear con madres y muchachos llorones, llegó á tomar tanta parte en la afliccion de aquella niña, cuyos gemidos le llegaban al alma, que por poco no se pone á llorar tambien; cosa que no recordaba le hubiese sucedido jamas desde que Feijóo era Feijóo, esto es, marinero de la matrícula de la Coruña.

Bellísima, por cierto, era María, y sus hermosos ojos lo estaban aun más llorando, siendo así que hay muy pocos que parezcan bien de esta manera. Seguia la niña asiendo con todas sus fuerzas la diestra de José Benito, y miéntras éste no mostraba el menor deseo de alejarse, tampoco hallaba Feijóo razones para obligarle á ello, pues cuantas veces lo intentaba, acudia la niña á sus piés, cruzando las manitas y rogándole no se llevase á José Benito.

Terrible trance para Feijóo, el cual veia que no quedaba ya un solo viajero en tierra, al paso que el bote habia vuelto de vacío, y se hallaba esperándole atracado al embarcadero.

«Vamos, niña, exclamó; anda, y despídete de tu hermano, que no hay más remedio.»

«No es mi hermana», dijo el muchacho.

«Pues, quién eres, pobrecita, que tanta pena tienes por la ida de este buen mozo? quién eres?»

«Yo soy María.»

«Hija, con eso no salimos del paso. Ademas, veo que estás mucho mejor vestida que tu amigo— Oye, tú, José, ó Benito, ó come te llames; no me has de decir quién es esta niña?»

«Esta niña, señor, es María, no sé más. En la casa de que me acaban de echar— vive tambien ella, pero no es más que sobrina de la señora, y no la quieren mucho tampoco.»

«*Pobriña*, exclamó Feijóo; pues mira, vénte, que á bordo hay muchas mujeres que cuidarán de tí, hija mia; y cuando seas grande, si quieres todavía á tu amigo— te casarás con él. Pero, vamos, vamos, que voy á llevar una buena por tanto tardar. Te vienes, María?»

«Sí, sí; yo no quiero más que á José Benito, porque es quien únicamente me quiere en casa. Los demas no me quieren, no— bien me lo sé!»

Cuán ajenos estaban el buen Feijóo y los niños de que una mujer se hallaba oculta detras de la puerta del embarcadero, y acechándoles! De ese modo, cuando la niña, asiendo una mano del marinero y otra de José Benito, se mostraba pronta á embarcar-

se, salió la espía de detras de la puerta, y exclamó, dando un rabioso grito: «María!!»

Muda ésta, y temblando de miedo, habria caido al suelo, á no sostenerla Feijóo, pues el muchacho la habia soltado tambien, huyendo aterrado hácia el bote.

«Es de usted esta niña?», dijo con ceño el marinero.

«Es de la casa, y tengo órden de la señora de llevármela en cuanto se despida del tonto é inútil de José Benito», repuso la mujer, que vestia traje de doncella, y cuyo rostro era feo y sobremanera desagradable.

«Pues ahí va la niña, señora— Y á bien que me parece en sus manos de usted, como si viera un canario en la boca de un tiburon.»

«Mala lengua, grosero, matriculado al fin; qué habia de ocurrírsele, sino una desvergüenza?», dijo, ciega y tartamudeando de cólera, la criada.

«No hay de qué, mala pieza; que ni siquiera tienes traza de buena, á pesar de lo fea que eres—»

Bueno será callar lo demas que Feijóo y la criada se dijeron, á cuyas palabras suelen hallarse de sobra hechos todos los embarcaderos del mundo, y por eso, no sólo no se vienen abajo, pero ni siquiera se ponen colorados.

Con mucho más cariño que hasta entónces, y lleno de verdadera pena, se despidió al cabo Feijóo de la niña, á la cual hubo que sacar poco ménos que á la fuerza del bote, donde se habia metido, aprovechándose de la pasada disputa, con su triste y abandonado amigo José Benito. «Adios, María, dijo éste, llorando á lágrima viva; hasta la vista.»

«Tienes razon, rapaz, dijo Feijóo, con tan formal y seguro acento, que no parecia sino que en aquel instante prometia una cosa ante Dios el buen marinero; hasta la vista; adios, María!»

Adios, hermosa fragata; los últimos que has recibido á bordo, y cuando ya empezabas á andar, han sido José Benito y Feijóo; éste llorando, con los ojos puestos en el embarcadero, y aquel jurando entre dientes, tragando saliva, y diciendo para sí que aquella niña María, que allá léjos se quedaba llorando y saludándoles, era un ángel.

Como todo se hallaba dispuesto para dar la vela, y el viento no podia ser mejor, pronto enderezó la fragata el rumbo á la boca de la bahía; mas desde la popa vió Feijóo una cosa, que le hizo echar redondo el más tremendo voto de toda su vida.

La niña María corria por el embarcadero, como queriendo seguir á sus amigos; mas al punto la al-

canzó la criada, y asiéndola violentamente y con muestras de grandísimo enojo, se la llevó, poco ménos que arrastrando, desapareciendo por detras del pretil de la marina.

II.

Fuerza será saltar una docena de años, si ha de ser llevada á su debido término la narracion de los sucesos que nos hemos propuesto dar á conocer. No há mucho tiempo, atracaba al embarcadero de la Coruña un pequeño bote, en donde venian dos marineros y un hombre pobremente vestido, el cual desembarcó, alejándose al punto el botecillo.

Singular y poco lleno de atractivo, en verdad, era el traje del recien llegado: viejo sombrero de paja, roto en partes y casi perdida la hechura, raida levita de paño negro, abotonada hasta arriba, á pesar de ser el mes de Agosto, pantalones con exceso gastados por abajo, y botas, si bien limpias, viejas y amena-

zando grietearse, formaban el completo atavío del desconocido, cuyo rostro era agradable y de facciones regulares, el cabello castaño claro, y azules los ojos.

Detúvose breves instantes, mirando á las fachadas de las casas que daban á la Marina, y despues tomó hácia la calle Real, por la primera que halló á mano. Al llegar hácia el centro de la referida calle, que es la de más vida y animacion de la Coruña, llamó á una casa de tres balcones de frente y de muy buena apariencia. Abrieron, preguntó por la señora viuda de Roade, y añadió:

«A la señora, que está aquí José Benito.»

«José Benito! respondió desde lo alto una señora jóven; de véras?»

«Tan de véras, que aquí estoy yo para probarlo», repuso éste sonriéndose y quitándose el sombrero ante quien tan aprisa se habia asomado á la escalera, al oir su nombre.

Era la dama, como ya hemos dicho, jóven, y parecióle al recien llegado, á pesar de la escasa luz que allí habia, con toda verdad hermosa.

«Pero, dónde está José Benito?», exclamó de nuevo ésta.

«Aquí, señora, yo soy.»

«Tú!— usted!— pero si José Benito era un niño—»

«Hace doce años, cuando le fué á despedir María.»

«Cuando le fuí á despedir yo; es verdad.»

«Usted, señora!— Es usted María?»

«Yo soy María.»

«Yo soy María. Tales eran sus palabras de usted cuando el pobre Feijóo la preguntaba quién era.»

«Es verdad, es verdad, amigo mio; tú eres José Benito», exclamó la jóven con semblante alegre y dando palmadas con sus delicadas manos. Entra aquí, José Benito, añadió abriendo la puerta de un gabinete, el cual daba á la Marina. Ves? Desde aquí se descubre todo lo que sucede en el embarcadero. Cuántos años han pasado desde que nos despedimos llorando!—»

«Doce, señorita María, doce años», respondió, lleno de tristeza, José Benito.

«Señorita!— y por qué me llamas señorita? Acaso no soy siempre para tí María!»

José Benito no pudo ménos de apretar la blanca mano que le presentaba la hermosa jóven; pero en seguida dijo, dando un paso atras:

«El José Benito de ántes era un niño; tambien lo era María: el José Benito de ahora es ya hombre, y ademas sigue siendo tan pobre como cuando se em-

barcó, despidiéndose llorando de la que hoy es una dama.»

«Y eso, qué importa? Pero, dime— no hay duda que vienes pobre; basta con verte, desdichado amigo mio. Con todo, se me figura que si no has aprendido á hacerte rico, por lo ménos has ganado en crianza y modales, y hablas mejor que otros más ricos que tú.»

Púsose colorado José Benito, y permaneció un momento en silencio, diciendo al cabo:

«Qué quiere usted? algo ha de traer uno consigo, despues de tantos años de andar tratando en balde de hacer fortuna.»

«Dime, y aquel marinero de tan mal genio que me queria llevar consigo?»

«Tan bueno, diga usted, señorita; porque el pobre Feijóo era muy bueno!»

«Tienes razon; que no debia de ser malo, á pesar de parecer tan áspero; qué ha sido de él?»

«Ha muerto!»

«Pobrecillo!»

Abrieron en esto la puerta, y entró una señora como de sesenta años, alta, vestida con lujo, y de mirar altanero y desdeñoso; seguíanla dos jóvenes, que se parecian en extremo á ella, como que eran sus hijas.

«Qué es esto? Quién es este hombre, María?»,

dijo la señora, con acento que no desdecia de la soberbia de su mirada.

«La señora de Roade?», dijo José Benito, ántes que María pudiese responder.

«Yo soy», contestó la dama.

«Yo soy José Benito», repuso éste.

«Ave-María purísima!», exclamó la madre, mirando á su hija mayor. «Petra, qué te parece este resucitado?»

«Que vuelve tan feo y tan pobre como se fué», respondió ésta.

«Y tú, Ramona, qué dices de este pobre diablo?»

«Que de seguro vuelve tan necio como pobre», dijo la otra hermana.

«Y más taimado», añadió la señora de Roade, «pues ni lo que yo, ni lo que vosotras decis, le hace, al parecer, más efecto que si fuera de piedra.»

«Y tú, qué hacias aquí, sola con este hombre?», dijo Petra á María.

«Darle la bienvenida», repuso ésta.

«En verdad», dijo Ramona, mirando con el más despreciativo desden á José Benito, «que *eso* ni siquiera es hombre.»

«Estabais recordando», añadió Petra, «vuestra despedida? Por cierto que te costó algo cara, pues,

ademas de llevar una buena felpa, te pasaste encerrada y á pan y agua tres dias, por no haberte querido venir con D.ª Flora cuando ésta te lo dijo.»

«Qué es eso, José Benito?», exclamó la señora de Roade, «parece que has hecho una mueca al oir á mi hija Petra. Pues no dice más que la verdad; y eso, que no sabe que, si á María le costó una paliza y tres dias de encierro el despedirte, ahora la ha de costar algo que la duela tambien el haber salido á recibirte, pues, ademas de que pienso reñirla como se merece, quedará bajo llave siempre que salgamos, para que á nuestra vuelta no la hallemos hablando con mendigos, y en mi propia habitacion.»

«La señorita María no tiene la menor culpa—»

«No importa; lo dicho, dicho— y en cuanto á tí, estás ya de más.»

«Tendrá usía la bondad de leer esta carta? que á no ser por la obligacion de entregarla, jamas me habria atrevido á volver á la casa sin su permiso.»

«Vaya, veo que sigues siendo humilde, aunque has aprendido á hacer muecas, ya que no dinero», respondió la viuda. «Y esta carta, de quién es?»

«De mi amo.»

«Y quién es tu amo?»

«Un caballero muy generoso y muy rico, que lleno

de lástima, al verme tan pobre y desvalido, y hallándose sin tener quien le sirviera, me ha tomado por ayuda de cámara, á los pocos dias de navegacion.»

«Pues, hijo, si tan rico y generoso es, ya te podia haber vestido mejor—»

«Ya ve usía— como acabamos de llegar—»

«Y ese caballero, cómo se llama? De dónde me conoce?»

«No sé, señora.»

«Esperas contestacion?»

«Espero.»

«Pues véte abajo hasta que te llamen.»

Apénas habia comenzado José Benito, y no muy aprisa, á cumplir lo mandado, la viuda, que se habia puesto á leer la carta, exclamó, llena de turbacion y sorpresa:

«José Benito, José Benito, vuelve, sube, sube pronto!»

Por más que las hijas preguntaron, llenas de curiosidad, qué ocurria, nada lograron saber; ántes bien, tuvieron que irse con María de la habitacion, pues la señora de Roade dijo tenía que hablar á solas con José Benito.

«Cómo se llama tu amo?», dijo á éste, ya que estuvieron solos.

«*Llámase* D. José d'a Pita.»

«Y es persona decente?»

«Tiene, segun dicen, más de diez millones de reales.»

«Pero, es caballero?»

«Ya ve usía! Con tantos millones—

«Dile que venga, si puede, en seguida; que le estoy esperando.»

«Está bien», dijo el pobre José Benito, y salió.

III.

Como media hora despues, entraba en el gabinete de la señora de Roade un sujeto, vestido con todo el lujo y mal gusto que el moderno traje varonil consiente. Era su rostro de color atezado, propio de aquellos que pasan la mayor parte de la vida á la intemperie, sin resguardarse jamas de la inclemencia de frios ni calores; llevaba gran barba, pero sin bigote; enorme cadena de oro caia desde su cuello por en-

cima de un gran chaleco de raso negro, que no por nuevo dejaba de parecer tan fuera de tiempo en aquella estacion, que ya hemos dicho era el mes de Agosto, como un sombrero de *jipijapa* en la cabeza de un *mujik*, por las calles de Petersburgo, en el mes de Diciembre.

Lucia el buen señor guantes de color de caña, en cuyos gruesos dedos cegaba el resplandor de sendas sortijas de diamantes, y áun á veces tres ó cuatro, de manera que apénas podia cerrar las manos; en la bordada pechera de la camisa reverberaba el sol en un soberbio alfiler de diamantes y esmeraldas, completando el atavío de tan extraño personaje, ademas de la levita y el pantalon, que brillaban de puro nuevos, unos borceguíes, nuevos tambien, de charol, que si bien eran de descomunales proporciones, no parecian, con todo eso, muy sobrados para los anchos piés que los calzaban.

Apénas le vió entrar la señora de Roade, y miéntras le mandaba tomar asiento, dijo para sí: «Éste es un *americano*»; y entre tanto no dejaron de mirarse entrambos de soslayo, como para saber el terreno que pisaban.

«Es usted el señor D. José d'a Pita?», dijo al cabo la viuda, miéntras en sus adentros se reia de la rara

figura y mal gusto del amo de José Benito, teniéndole por un ricacho vanidoso, á quien miraba con burlona envidia.

«Servidor. Y usted la señora viuda de Roade? Cabal; pues, como hombre hecho á despachar pronto, le diré á usted en pocas palabras lo que ocurre.» Aquí tosió D. José d'a Pita, se rascó la cabeza, tirándose luégo de la barba, no sin quedarse ántes buen rato contemplando sus muchas y ricas sortijas, y en seguida exclamó: «Pues, señora, usted dirá.»

A duras penas contuvo la carcajada la viuda; pero los millones de D. José eran cosa muy respetable para no tener con ellos la debida consideracion, por lo cual se contentó con responder:

«Nada más puedo decir á usted, sino enseñarle esta carta, que de su parte acaba de traerme su ayuda de cámara —»

«Mi escribiente, señora; acabo de ascenderle á escribiente.»

«Pues bien, su escribiente de usted.»

«Y la carta— dice— digo; me parece que dice bastante.»

«Francamente, señor mio, no creo se trate aquí de una broma de Carnaval. Pues bien; á los breves renglones que contiene, le iré á usted contestando

ahora mismo. Y dice así: «*Muy señora mia, etc., etc.: Sé que la casa en que usted vive, y los pocos bienes que la quedan, se van á vender mañana mismo, á pública subasta, para pagar á los acreedores.*» Es verdad, señor D. José, por mucho que me duela el confesarlo. «*Si usted me da la mano de su sobrina María, me comprometo á sacarla de apuros y dejarla en plena posesion de la casa y bienes que está expuesta á perder.*» A esto le diré á usted que en otras circunstancias podria preguntarle con qué derecho se venía á entremeter en casa ajena, y ademas á pedirme la mano de María, sin que yo supiese quién era usted—»

«No siga usted, señora», exclamó á esto D. José, sacando del pecho de la levita una gran cartera de tafilete verde; «aquí tiene usted talones del Banco de Lóndres, del de Francia y del de España; títulos de la deuda inglesa, francesa y española, y otra porcion de cosas, que puede ver cuando guste, y están á su disposicion. Ademas, y para que nadie crea que mi dinero es malamente ganado, sepa usted, señora, que habiendo ido de jóven á América, no paré hasta California, en donde adquirí unos tres mil pesos; con ellos me vine á la Habana, y allí puse una tienda, en cuya muestra se me ocurrió pintar una gallina, por cuya razon, los muchos gallegos; y en la Habana no

son pocos; que dieron en venir á comprar á mi casa, la llamaron la casa *d'a Pita*, esto es, de la gallina, con lo que á poco el dueño se llamó tambien D. José d'a Pita. Y tengo por tan honroso semejante nombre, que no pienso llevar otro en toda mi vida— Me parece que nadie hallará nada que echarme en cara—digo, se me figura—»

«Bien; pero, cómo se le ha ocurrido, apénas ha llegado á la Coruña, el casarse con mi sobrina María, á quien debe de conocer muy poco?»

«En cuanto me vi rico de véras, empezó á tirarme la tierra. Sin dejar del todo el comercio, he venido varios años á Galicia, y como era natural, he dado siempre una vuelta por la Coruña, que es mi pueblo; por eso conozco, aunque no sea más que de vista y de oidas, á su sobrina D.ª María Pardo de Rivera. Y por fin y cabo, si todavía tiene usted la menor duda, vamos á casa de los principales comerciantes de la Coruña, que no viven léjos de aquí, y pronto se aclarará quién es José d'a Pita; por lo demas, el tiempo aprieta; con que, si quiere aprovechar la ocasion, lo hace; y si no, con *largar el chicote* y no volver á cien brazas de esta casa, hemos concluido.»

Y D. José d'a Pita fué á levantarse, cuando la altanera viuda, obligada por la dura necesidad, rogó á

aquel de quien se habria burlado en cualquiera otra ocasion, que la escuchase.

El resultado de la conversacion fué que aquella misma tarde convendria María en el casamiento; sin que la señora de Roade sospechara siquiera que sus deseos pudiesen hallar resistencia en la jóven. Mas cuando ésta, despues de ver á D. José d'a Pita, supo que tenía que casarse con él en seguida, se llenó de dolorosa desesperacion, rogando y suplicando á su tia no la casase con persona tan ridícula y poco agradable como el D. José parecia.

Éste, despues de ir á vistas por la tarde, permaneciendo muy poco tiempo en la casa, envió al anochecer á José Benito con la siguiente carta:

«Muy señora mia: El dador, á quien acabo de as»cender á secretario, va encargado de hablar á la fu»tura, en mi nombre, de cosas que á todos nos inte»resan sobremanera. Ruego á usted, señora mia, »que le permita hablar, si no á solas, por lo ménos »en voz baja, á la que llamo desde ahora, y no sin »fundamento, la señora d'a Pita.»

María, para quien el solo nombre del rico *americano* era símbolo de horror, dijo no perdonaria jamas á José Benito el que la viniese á hablar de parte de semejante majadero; mas al cabo tuvo que obede-

cer á la voluntad de su tia y escuchar al nuevo secretario.

Presentóse José Benito con mejor ropa que la vez primera, y la viuda, no ménos que Petra y Ramona, convinieron en que tenía mejor facha para secretario de lo que podia esperarse, y sobre todo, puesto al lado del amo, éste merecia ser el criado; y con esto mortificaban; que tal era su deseo; cuanto podian á la triste María, á quien llamaban la *Cenicienta* del cuento, si bien, en vez de enamorarse de ella un príncipe, se habia enamorado un calafate recien llegado de California.

Nadie supo lo que José Benito dijo á María al oido; únicamente ésta, con triste mirada y voz sumisa, dijo por toda respuesta que, pues no habia otro remedio, sería esposa de quien su tia quisiese. Temiéronse al principio la viuda y sus hijas alguna añagaza; mas, cuando á poco vieron entrar á D. José d'a Pita con rostro alegre y sentarse al lado de María, casi empezaron á tener envidia á ésta, por lo rica que iba á ser, aunque á costa de tener al lado toda la vida al californio.

Permaneció éste hasta las once de la noche, hablando con María, la cual, si bien llena de tristeza, no mostró la desesperacion que al principio, y áun habló largos ratos tambien.

De más es decir que ya nadie volvió á pensar en la Coruña en la compra de la casa de la viuda de Roade, cuyos acreedores, poco dispuestos á acceder á las buenas razones de aquella, no dejaron de darse por convencidos con las de D. José d'a Pita. Y éste llegó á verse tan agasajado de todos y tan por demas complacido, que cada dia parecia mejor á la viuda; y áun Petra y Ramona decian por todas partes que Pita, cualquiera que fuese su nacimiento, era, por sus acciones, todo un caballero. Sólo la triste María continuaba casi siempre callada y poco dispuesta á tomar parte en la alegría de la casa.

IV.

Habia en el inmediato lugar de Vilaboa un antiguo edificio, abandonado, en medio de bosques y jardines, puesto á la falda del cerro que por allí se levanta; entre el cual y la ria del Burgo hallan los coruñeses, durante el verano, alegres vistas, salud, esparcimiento y grato solaz.

La casa, despues de permanecer largos años cerrada, se llenó un dia de albañiles y carpinteros, que en poco tiempo la arreglaron y dispusieron con todo lujo, viniendo luégo hermosos y cómodos muebles de la Coruña, que acabaron de convertirla en la más rica y agradable mansion de Vilaboa; todo lo cual era debido al dinero y diligencia del millonario D. José d'a Pita.

Venía éste á menudo en elegante carruaje, tirado por dos buenos caballos, que le acababan de traer de Inglaterra, á ver cómo seguian las obras, poniendo particular esmero en la capilla, pues en ella deseaba recibir la bendicion nupcial, en compañía de su adorada María. Como es natural, á ruegos del futuro, vino ésta no pocas veces, acompañada de su tia y primas, á dar su parecer sobre el arreglo de la casa y eleccion de papeles, los cuales no se ponian hasta que María se dignaba verlos y elegirlos. Mas ésta, si bien á veces se solia distraer y áun mostrarse complacida, de pronto bajaba los ojos al suelo, mostrando tan extraordinaria tristeza, que la viuda de Roade llegó á tener lástima de su desgraciada sobrina, y un dia que se halló á solas con D. José, le dijo lo siguiente:

«Se me figura, señor D. José, que el amor le ciega á usted más de lo justo; pues, á mi entender, María

no le quiere, y sólo por huir de nosotras, á quienes siempre ha aborrecido; no sé por qué; consiente ahora en casarse. La veo tan triste y encogida, que, francamente, se me figura no han de ser ustedes felices. Usted deberia casarse con una señorita de buena familia, y ademas conocida por su buena crianza y finos modales— que las hay en la Coruña—»

«Te veo!», dijo para sí D. José d'a Pita.

«No me contesta usted? Pues de seguro habia usted de ser más dichoso con una jóven por el estilo de mi Petra ó mi Ramona— que no con la tal María, digna, á lo más, de casarse con su secretario de usted, el majadero de José Benito.»

«Señora, estimo á José Benito», respondió D. José, «pero me tengo en más á mí propio, y estoy enamorado de María hace ya muchos años; con que, no hay más remedio que pecho al agua—»

A todo lo cual no halló la viuda otra razon que morderse los labios.

«Todo estuvo al cabo dispuesto en breve tiempo, y no habiendo que esperar á las amonestaciones, las cuales fueron dispensadas entre D. José d'a Pita y D.ª María Pardo de Rivera, determinó aquel se celebrase el casamiento en su casa de Vilaboa.

En hermosa mañana de otoño salió la señora viuda

de Roade en la carretela de D. José, acompañando con sus hijas á María, la cual mostraba tan grande inquietud y angustiosa zozobra, que sus primas la embromaban, diciendo, que, de seguro, en lugar de responder que *sí* al sacerdote en el momento oportuno, se iba á encontrar D. José d'a Pita con un *no* redondo.

Dispuesta se hallaba la capilla, el sacerdote revestido, y cada uno en su lugar, cuando las señoras llegaron: y el pobre de José Benito, vestido de rigorosa etiqueta, con semblante que más parecia de duelo que de boda, dijo á las señoras que tuvieran la bondad de esperar un momento, pues el *amo* estaba acabando de vestirse.

Oyóse en esto la voz de D. José, á quien la alegría de la boda hacia hablar más alto que de costumbre.

«Bendita sea la madre que me parió á la vista de la Torre de Hércules, y benditos sean los matriculados, y bendita la hora en que me vuelvo á poner el traje de marinero!»

Tales fueron las palabras que pronunció D. José al entrar, vestido en efecto de marinero, en la sala ántes de la capilla, donde las señoras estaban esperando. Si va á decir verdad, éstas creyeron que D. José se habia vuelto loco; pero él, sin dársele un ardite de nada, siguió adelante y dijo:

«Nadie se mueva, ni diga esta boca es mia, con lo que aquí va á pasar; porque si alguno levanta el gallo, ó *arría bandera, ó le echo á pique*— Señor cura, llame usted á D. José d'a Pita y á D.ª María Pardo de Rivera.»

Hízolo así el sacerdote, y á su voz se llegó José Benito, que se habia quedado á la puerta, y asiendo de la diestra á María, la condujo al altar.

«Qué burla es ésta!», dijo la viuda.

«Señora, yo soy D. José d'a Pita, el rico *americano*», respondió José Benito, «ese marinero que ahí ve usted, es, y será siempre, mi querido amigo Feijóo— Señor cura, échenos usted la bendicion.»

FIN DE EL AMERICANO.

LA HOZ DEL HUÉCAR.

LA HOZ DEL HUÉCAR.

I.

Es Cuenca uno de los pueblos más notables y dignos de visitarse en España— por cuya razon, sin duda, jamas pone los piés en él ningun español, sino es siguiendo la que él llama *triste suerte* de verse empleado en la patria de Xamete y Becerril. Si va á decir verdad, suerte triste es, y aun algo más, el ser empleado en esta tierra de garbanzos, lo mismo en Cuenca que en Madrid; pero, como eso lo saben todos, por más que no lo parezca, bueno será seguir adelante y hablar de Cuenca, sin andarse en más rodeos.

Cierto que si los partidarios de lo antiguo se propusieran echar en cara á los amigos de lo moderno, rui-

nas y decadencia, pocos pueblos hay más á mano, ni que en mayor decadencia se hallen, así como la region entera que les rodea, que la ciudad de Cuenca y su provincia.

Del pasado esplendor, de la perdida industria, de la olvidada riqueza, apénas quedan rastros en Cuenca, salvo los templos, tristemente desfigurados por el mal gusto del pasado siglo y del presente, y las ruinas de las antiguas fábricas de los gremios, puestas á la entrada del pueblo por lastimoso padron de época como la nuestra, á la cual estorba el arte y sólo agradan los *progresos materiales* — de los que no hay apénas indicios en la triste ciudad que nos ocupa, y más si se tiene en cuenta el antiguo bienestar.

Con todo eso, los *progresos materiales* tambien se proponen hacer de las suyas por allá, destruyendo el puente de San Anton, y dando por el pié á la iglesia, cuya portada plateresca fuera, en otra parte que no España, con el mayor esmero atendida, por lo cual perderá la entrada de Cuenca, yendo de Madrid, gran parte de su aspecto pintoresco y en verdad maravilloso.

Tiempos ha habido en que, léjos de buscar rasas y espaciosas llanuras para edificar ciudades, querian mejor nuestros abuelos, atentos á la propia defensa

y seguridad, ántes que á otra cosa, los más empinados recuestos, y aun las cumbres de las montañas, para en ellas vivir tranquilos, si no cómodos. Lo que la necesidad trocaba en virtud llegó á convertirse en hábito, y hoy la mayor parte de los conquenses prefieren las enriscadas calles de la antigua ciudad, á la llana Carretería.

Entre los dos altos cerros del Socorro y de San Cristóbal se alza otro, en cuya empinada pendiente está Cuenca edificada, sin que la mayor elevacion de los montes que la rodean, la resguarden más que en parte de los vientos, frios y heladas de aquella áspera comarca. Las casas suben por ambas laderas, pero con tan extraordinario esfuerzo y tan rara construccion, que maravilla. Cómo el hombre ha podido allegar piedras y materiales por aquellos riscos; cómo aquellas casas, que por lo interior del pueblo suelen tener, cuando más, tres ó cuatro pisos, y vistas desde el Júcar ó el Huécar, tienen seis ó siete, amén de la maravillosa altura de donde parten los cimientos; cómo, en fin, toda aquella gran máquina; sobre cuyo vetusto caserío descuellan los oscuros sillares de la catedral y su torre; puede mantenerse en el enhiesto peñon, sin desmoronarse el mejor dia á un lado y á otro, cayendo y derrumbándose por tan tremendos

precipicios; es cosa que pareceria imposible no se hubiese verificado ya, á no sostener lo contrario la irrecusable experiencia de muchos siglos.

Mas, al pié de tan ásperos peñascales, y por compensacion de los desiertos campos que en derredor se extienden, circundan á Cuenca dos rios: el Júcar, rico en sabrosas truchas y célebre hasta la fértil region de los campos valencianos, y el Huécar, que poco ántes de rendir por párias su nombre y raudales al primero, corre por la célebre *Hoz* de su nombre; estrecha, pero fertilísima garganta, convertida en huerta, no sólo en ambas márgenes del rio, sino por las enhiestas laderas; que áun el más pequeño recodo de tierra se ve aprovechado, y la misma piedra, labrada á escalones, sirve para subir al más reducido espacio de terreno, y beneficiarle.

De semejante disposicion del pueblo y sus alrededores resultan los cuadros más bellos, maravillosos y aun inesperados que darse puede. Bien merece asegurarse, que, si Cuenca estuviese en las márgenes del Rhin, ó por lo ménos en un departamento cualquiera de Francia, á estas fechas se hallarian los panoramas, libros de memorias, recuerdos de artista y demas, llenos de pintorescas y sorprendentes vistas de la que, hoy, es triste, modesta y olvidada Cuenca.

Tiene ésta una calle; por más que con diversos nombres la llamen; la cual sube culebreando desde Carretería, y despues de atravesar la Plaza, pasando con el debido respeto por bajo de los arcos del Ayuntamiento, y con el debido temor de Dios por delante de la fachada de la catedral, sigue con el nombre de *calle de San Pedro*, á concluir en el *Castillo;* esto es, en el fin del pueblo, ó, digámoslo, casi en la cumbre del cerro.

No es preciso andar tanto; si bien jamas podrá darse cuenta el lector, de no ir á verlo por sí propio, de la buena que se pierde con no subir en nuestra compañía hasta la calle de San Pedro. Esta es, acaso, la más notable por sus edificios, y sobre todo, por su aspecto *original*, como ahora se dice. Aquí, y en las inmediaciones, viven los canónigos y demas personas que tienen, por su ocupacion y empleo, necesidad de acudir á la catedral diariamente; y así logran el casi milagroso beneficio, negado á los que habitan la parte inferior del pueblo, de no llegar siempre á la catedral sudando, sofocados y expuestos á coger un buen constipado, al tener que destocarse para entrar en el templo.

Si bien en *Correduría* y otros puntos hay casas particulares, que, por su antigüedad y arquitectura me-

recian especial mencion, tambien creemos preferible, entre las várias de la calle de San Pedro, una, edificada en el siglo décimosexto, y de las mejor conservadas de Cuenca.

Los cárdenos sillares de la fachada, desmesurados balcones, y ancho escudo de treinta y dos cuarteles que sobre la gran puerta campeaba, eran claro indicio del antiguo poderío y preclara sangre del primero que edificó, á todo costo, tan grandiosa casa. El portal, proporcionado á la fachada, estaba empedrado de menudísimas guijas, y eran las vigas sendas obras de arte por la maravillosa escultura que las cubria.

Mas, á pesar del aspecto rico y señorial de lo exterior, fácil era ver que en los balcones habia no pocos papeles en vez de cristales, ó por mejor decir, vidrios; que cristales, sólo lucian en la parte baja de una vidriera, dispuesta, sin duda, para que al sentarse las señoras— si las habia — pudiesen ver con toda comodidad la calle. Al entrar por el portal, era mayor aun la desolacion que allí reinaba, semejante á la que se halla en el desierto pórtico de algun antiguo y abandonado convento.

Dueña y señora de aquella antigua casa era la anciana D.ª María Pelaya Figueroa de Figueroa, viuda

de un primo hermano suyo, antiguo oficial de guardias españolas. No tenía D.ª María Pelaya sino una hija, llamada Julia; sobre cuyo nombre fué el primer disgusto que en el matrimonio medió, á causa de que el padre, D. Julian Figueroa, se oponia del todo á semejante nombre, teniéndole por extranjero y semihereje, al paso que la madre sostenia que el nombre de Julia era muy bello, y si bien un tanto novelesco, no podia ménos de sentar á maravilla á su hija. Ello fué, que D. Julian Figueroa sostuvo que sería verdadero agravio, hecho al santo patron, poner otro nombre á la niña; y así, la bautizaron, poniéndola por nombre Juliana, aunque jamas vino en ello D.ª María Pelaya, quien llamó siempre Julia á su hija.

Tal fué el orígen de D.ª Julia Figueroa y de su nombre. Era ésta, si no hermosa, de rostro agradable, blanca de color, cabello castaño, ojos pardos, de regular estatura, y aunque harto gruesa, de porte elegante y airoso todavía. Decimos todavía, pues Julia tenía ya más de treinta años; funesta edad para la soltera, si no es buena cristiana en toda la extension de la palabra.

Julia amaba á su madre, tratándola con el mayor respeto; pero el orgullo aristocrático maternal unas veces, y otras la desventura de la hija, habian es-

torbado el que ésta hallára esposo en la edad oportuna; cosa que no era fácil se verificára ya. La mayor parte de las rentas de la casa consistian en derechos señoriales; de ese modo, cuando éstos se suprimieron, apénas quedó á la triste familia de Figueroa escasísima renta con que vivir, no siendo ya la gran casa solar, y aun el propio apellido, sino carga que á la mísera viuda oprimia.

Doña María Pelaya vivia sin otros criados que una anciana que siempre habia servido en la casa, y á la cual, por más que de nada sirviese, nunca quiso despedir; teniéndose, con razon, por obligada á no dejar en la calle á tan antigua y leal servidora: habia tambien una criada jóven, que ganaba diez y ocho reales al mes, y era del todo necesaria para el servicio doméstico y exterior de la familia, siendo este último de no pequeña importancia en Cuenca; pues, ademas de la compra, las criadas van siempre á lavar al rio la ropa de las casas, á lo cual convidan las abundantes aguas que por do quiera circulan, si bien desde la calle de San Pedro, la distancia al Huécar, cortísima por el aire, no deja de dar que hacer, por las mil revueltas necesarias para bajar ó subir. Pero el subir y el bajar es uno de los principales y más constantes y necesarios empleos del conquense; así, no

hay para qué parar mientes en semejante asunto, fuera de aquello que los mismos hijos de Cuenca suelen hacer.

Cierto que la vida de nuestras dos señoras, más era propia de monasterio — salvo el voto de clausura — que de vida mundana; por recogida y apartada de todo trato que se pueda imaginar. Levantábanse todos los dias á las seis de la mañana en invierno, y á las cuatro en verano; oian en seguida misa en la catedral D.ª María Pelaya y su hija, volvíanse á casa á tomar chocolate, se peinaban y vestian con aseado esmero; ya que no podia ser con lujo, ni aun quizás conforme al estilo más moderno y corriente; comian á la una, siendo la mesa tan modesta como el traje diario; y apénas habian acabado de comer, quedándose un tanto adormecida la madre en un viejísimo sillon de baqueta, entraba la anciana criada, que tenía el privilegio de llamarse D.ª Francisca, diciendo con voz gangosa:

« La hora! »

Era éste el suceso diario más grave é importante; las señoras se ponian al punto la mantilla, y se encaminaban en derechura á uno de los cinco ó seis conventos que hay en Cuenca, y en el cual se rezaba la hora aquel dia; allí permanecian la madre y la hija, acompañadas de D.ª Francisca, ocupándose mucho

tiempo en largos y repetidos rezos, llenos de uncion y sincera piedad, despues de lo cual volvian, más despacio que á la ida, pues las cuestas no se suben tan fácilmente como se bajan. Con esto, iba ya mediando la tarde, y D.ª María Pelaya solia emplear breve rato en leer un volúmen forrado en pergamino, cuyo arrugado lomo decia, en antiguas y grandes letras rojizas, lo siguiente: *Armas y triunfos de Galicia, por el R. P. M. F. F. de la Gándara.* Y ya fuera que los anteojos de la anciana no sirviesen mucho para el caso, ó bien que Julia leyese mejor, ello es que harto á menudo tenía ésta que concluir de leer en alta voz lo que la madre habia comenzado para sí: pero, es bien decir, que si es cierto lo hacia con ademan respetuoso, no dejaba de interrumpir á menudo su lectura un extraordinario y rebelde bostezo, que á veces solia acabar con la paciencia de D.ª María Pelaya, quien exclamaba con enojo:

«No sé, Julia, de qué te sirve en las venas la sangre de Figueroa; que aun no te has puesto á leer las gloriosas hazañas de tus ilustres abuelos, cuando ya estás bostezando, como podria hacerlo la hija de un gañan del campo.»

«Pero, madre mia, ya ve usted que hago cuanto está en mí.»

«Eso es: te sacrificas por darme gusto— no es verdad? De manera, que el recordar la accion, orígen verdadero é innegable de nuestro apellido—»

«Sí, sí», se apresuraba á decir Julia, conteniendo un bostezo mucho mayor, «no crea usted que miro con desden las hazañas de nuestros ascendientes. Gracias á su valor, fueron ahuyentados ó muertos los moros que venian, ó por mejor decir, iban á Galicia y Astúrias á reclamar el pago del tributo de las cien doncellas, en que tan cobardemente habia venido Mauregato— ya ve usted que tengo presente el caso— como que todos los dias lo hemos de leer, sino el Juéves y el Viérnes Santo, únicos—»

«Únicos en que estás libre de tan insoportable lectura, no es verdad?»

«Serénese usted, madre mia; que tengo mucho gusto en leer el libro del reverendo padre maestro Fray Felipe de la Gándara— sino que como ya le sé de memoria, no es de maravillar que de vez en cuando bostece.»

Tales eran los comentarios que solian poner fin á la lectura profana de la tarde; poco despues comenzaba el rosario, cuya duracion no bajaba de las dos horas, por ser muchas las devociones y obligaciones que venian despues del rezo consagrado á la Vírgen.

Con esto se llegaba la hora de la cena, que era tan parca como la comida, siendo muy frecuente que oyesen las diez en la cama, tanto las señoras como las criadas de la casa de Figueroa.

II.

Paseaba por aquel tiempo las calles de Cuenca, un mozo, mejor vestido que galan, y más ostentoso que apuesto; era su rostro cetrino, negros los ojos, grande y espesa la barba. Gastaba en vestir no poco, segun ya hemos dado á entender, y si bien tenía cierto barniz exterior de finos modales; cosa más fácil de adquirir que la verdadera cortesía de nuestros abuelos; á lo mejor le solia pasar en su conversacion y trato íntimo, lo que á la gata convertida en dama, cuando cruzó por delante el raton. De esa manera, y aunque sus enemigos, quizá por envidia, decian que se le solia ver la oreja debajo de la piel de leon; ello es, que nuestro leon, verdadero ó fingido, daba

no poco que hablar á los conquenses, y aun á cuantos no lo eran y se hallaban empleados en la ciudad del Júcar y el Huécar.

Llamábase el tal leon, á lo ménos segun él decia, D. Diego Hurtado de Mendoza, y era, segun sus propias palabras, de tierra de Córdoba, en donde tenía grandes bienes; que no son pocos el sol, el agua, la tierra y el aire, para quien de ellos sabe disfrutar. Hurtado de Mendoza hablaba de todo, y de todo entendia; y aunque, á juzgar por sus cartas, no era la ortografía el estudio en que más se habia empleado, no hay duda en que el buen Mendoza tenía especial habilidad, ó, digámoslo, la gramática fina ó parda que en diversas ocasiones necesitaba. Con la gente de iglesia, formal y sesuda, sabía citar á tiempo el Concordato; con los empleados hablaba de política; de ordenanza con los militares, y de negocios con los comerciantes. De esa manera, tan fácil era verle sentado en la tienda de los varios valencianos, por cuya cuenta corre el escaso comercio de Cuenca, como en la pacífica mansion de un canónigo, cuando no salia de casa de un empleadó para ir á visitar á un propietario.

De todos era amigo Mendoza, y á nadie pedia nada, si bien solia jugar grandes cantidades, perdiendo no

pocas veces bastante, sin alterarse al parecer. En la ópinion general del pueblo solia hallar Mendoza corrientes favorables unas veces, y otras, contrarias á su persona; de manera que, á pocos dias de haber convenido todos en que Mendoza vestia con *mucho gusto* y era hombre de buen humor y alegre trato, se volvian las tornas, pudiendo más los que le motejaban de aventurero y mal criado, sosteniendo que, pues tenía cara de gitano, debia de serlo.

Buenas almas habia que se encargaban de dar noticia al jóven de semejantes razones ó sinrazones, á todas las cuales tenía éste ánimo para contestar con una nueva levita, recien hecha en Madrid, ó bien desmesurada cadena de oro, que cuidaba de hacer tomar en la mano, para que se hiciesen cargo de su peso, á cuantos amigos, conocidos y aun desconocidos tenía en Cuenca.

Hallábanse un dia por extremo lluvioso várias personas, del pueblo y forasteras, reunidas en una tienda de paños de la calle de Correduría, ocupadas todas en el famoso empleo, que tantos dias de gloria nos promete, de matar el tiempo; esto es, de no hacer nada; y con ellos estaba el célebre Mendoza.

Arreciaba la lluvia y corrian raudales por las desiertas piedras y aceras de Correduría, cuando pasa-

ron por delante de la tienda dos señoras, apoyándose una en el brazo de la otra, y al abrigo de un antiguo y desmesurado paraguas.

«De dónde vendrán éstas?», exclamó uno de los ociosos.

«Quiénes son?», preguntó Mendoza.

«La gran princesa Micomicona y su hija», respondió, con burlona sonrisa, un señor como de cincuenta años, de quien decian malas lenguas, que hacia algun tiempo habia llevado unas calabazas tan grandes, que no se habia atrevido á acercarse desde entónces á ninguna mujer.

«Don Blas», exclamó el dueño de la tienda, «no sea usted rencoroso! Si la señora de Figueroa no le quiso á usted en otro tiempo para esposo de su hija, ya está usted vengado, porque Julia se va quedando para vestir imágenes.»

«Se quedó ya!», respondió con rabioso ceño Don Blas.

«Con que, esas señoras son las de Figueroa?», exclamó Mendoza.

«Así parece», respondió el rencoroso D. Blas. «Y lo bueno es», añadió éste, «que se hallan pobres porque quieren; pues, á tener la necia de D.ª María un yerno regular, éste habria sacado la casa de apuros y

aumentado las rentas; pero la tal vieja es tan ridícula, que no quiere cobrar á sus colonos sino la misma renta que pagaban el año de ocho, y así va ello; sin contar con que á lo mejor vienen los labradores; serranos, para dejar de ser ladinos! y la engañan con el más pequeño pretexto; de modo que ese par de tontas no tienen apénas que comer, cuando podian estar muy ricas.»

«Mucho pondera usted», dijo el dueño de la tienda, «que aunque es cierto que D.ª María no quiere subir las rentas, tambien las tierras que tiene valen muy poco, y—»

«Calle usted, hombre!», repuso D. Blas furioso, «me lo dirá usted á mí? A bien que no me enteré yo poco de cuánto le quedaba á la casa de Figueroa! Diga usted que los tontos tienen lo que se merecen.»

«Caramba, y cómo le duelen á D. Blas las calabazas, á pesar de su edad!», exclamó un señor, que hasta entónces habia permanecido callado.

«No, señor; lo que digo, y sostengo, y probaré siempre que ustedes quieran, es, que las de Figueroa no están pobres, como ellas mismas creen; y á buen seguro que si me hubiese casado con Julia, á estas fechas tendria D.ª María Pelaya cuanto quisiera.»

«Podrá ser», dijo uno.

«Esas casas antiguas», añadió otro, «tienen, en efecto, más recursos de lo que parece.»

En fin, la conversacion continuó en esta forma, de manera que todos convinieron en que D. Blas, cuando no estaba enamorado, sabía atarse el dedo, y D.ª María Pelaya Figueroa era pobre por su gusto.—

Algunos dias despues de lo que acabamos de referir, era pública voz y fama en todo Cuenca que Mendoza se casaba con Julia Figueroa. Habia fundamento para que semejante noticia corriese con tales visos de verdad? Si pasear la calle y por delante de la casa en que vive una soltera, mirando siempre á los balcones, y aun permaneciendo largas horas parado en la acera de enfrente, pueden ser tenidas por razones valederas y señales inequívocas de próximo casamiento, no hay duda de que éste debia de hallarse muy cercano entre Julia y el celebérrimo Hurtado de Mendoza. Mas, puede decirse que era éste correspondido? Tiene, por ventura, armas una mujer débil, indefensa y sola en el mundo, contra la osada desvergüenza del primer advenedizo que intenta poner en lenguas su honor?

Ademas, si en Madrid, donde ocurren tantos acontecimientos diversos cada dia, suele haber no pocas lenguas prontas á ensañarse con la primera víctima,

qué no será en un pueblo de provincia, donde pasan los dias, los meses y los años con mortal uniformidad? En semejante estado, la menor nueva sorprende, y es acogida con ansioso anhelo, y si la nueva puede causar escándalo, qué mayor ventura para tanto ocioso y mal entretenido! En los insoportables dias de casino, y en las cansadas y no bien entretenidas horas de oficina, qué fuera de tantos desventurados, á no tener de vez en cuando el honor de una mujer en que entretenerse, ó la honra de un hombre para gozarse en despedazarla! Los animales de distinta especie se hacen guerra de exterminio; el hombre, no sólo se complace en matar á sus semejantes, sino en robarles la honra, la cual vale mucho más que la vida.

Es la calle de San Pedro de muy poco tránsito; los canónigos que en ella viven, tienen sus horas fijas, y en lo demas del dia no es fácil hallarles fuera de casa; con lo cual, sólo se ve de cuando en cuando algun serrano, con su recua cargada de aluvias, garbanzos, arroz, ó bien de leña, que pasan con el mayor silencio, ateniéndose á la costumbre de todo vendedor en Cuenca, de no pregonar jamas la mercancía; causa que obliga á las criadas y amas de casa hacendosas á permanecer horas y horas al balcon ó

á la puerta, hasta que llega el suspirado bien, de excelente leña de sabina ó de ricas aluvias de Aragon.

No es maravilla que en tan desierta y silenciosa calle fuese verdadera piedra de escándalo la presencia de Mendoza, ni que siendo ademas cuesta abajo cuanto se quisiese andar hácia el resto de Cuenca, fuese corriendo la noticia con prontitud increible, y de igual modo aumentando en tamaño, á semejanza de la bola de nieve, trocada al cabo en alud—

Verdadero alud de palabras, despropósitos y aun dicterios, iba atesorando la parte inferior de Cuenca contra la mísera Julia Figueroa, cuando ésta apénas conocia de vista á Mendoza; lo cual nada importaba á los ociosos y malas lenguas, con tal de haber á las manos algo, bueno ó malo, pero que al ménos fuese algo en que ocuparse.

Y entre tanto, Mendoza, firme en su puesto, paseando la calle, ó deteniéndose y permaneciendo, trocado en estatua, delante de los balcones de Julia, no sólo se complacia en el escándalo de que era causa, sino que en él fundaba toda esperanza de ver al cabo correspondida su insolente manera de servir á una dama que jamas le habia ofendido.

III.

Grande habria sido la sorpresa de cuantos se *interesaban* en los amores de Mendoza, al ver la tranquilidad y serena existencia de las señoras de Figueroa; ni en la casa se advertia más novedad, sino que las cortinillas, hasta entónces siempre levantadas, del gabinete en que trabajaba Julia en compañía de su madre, parecian, desde que Mendoza se habia presentado por aquellos alrededores, sujetas con cola ó clavos á los cristales, sin que para nada las hubiese nadie vuelto á mover.

Y como la casa tenía, por la espalda, fachada sobre el verdadero precipicio que por aquella parte da á la Hoz del Huécar, debian de estar siempre las señoras por aquel lado, pues por el de la calle jamas se las veia. Con todo esto, Mendoza seguia impávido, teniendo por suya la calle de San Pedro; y si alguna vez se alejaba de aquel sitio, parecia al cabo por las hondas quebradas de la Hoz, desde cuya profundidad permanecia tambien largo tiempo con los ojos puestos en la antigua y oscura fachada de la casa de Fi-

gueroa, que por aquel lado se alzaba sobre los descomunales peñascos, maravillosa basa y fundamento de la antigua Cuenca.

Pero si, en la apariencia, no se hallaba novedad alguna, la señora D.ª María Pelaya permanecia largas horas triste y ensimismada, al paso que en el rostro de Julia se advertia extraordinaria mudanza. Nada habia dicho D.ª María á su hija, y ésta hablaba de todo, como siempre, y cual si no hubiera otra cosa más importante de que hablar.

Si va á decir verdad, Julia se tenía por agraviada de la conducta de su madre para con ella. Casi todas las antiguas é ilustres familias de los primeros pobladores han desaparecido de Cuenca, con lo que no era fácil hallar, en las poquísimas que aun quedaban, esposo para Julia. A pesar de esto, D.ª María se negó á todo casamiento para su hija que no fuese con persona de reconocida hidalguía. Julia, al principio, criada con arreglo á tales pensamientos, los tuvo tambien, hasta veinte y cinco años, por la cosa más natural del mundo. Pero los novios por el estilo de los que únicamente consentia la señora de Figueroa, fueron, no sólo pocos, sino de tan escasa valía personal, que jamas pudo casarse Julia, no sólo conforme á su corazon, sino á lo que bien po-

driamos llamar, en casa de Figueroa, razon de estado.

Pasaron los veinte y cinco años, y Julia, hasta entónces humilde y ciegamente sometida á la voluntad de su madre, comenzó á temer verse sola en el mundo á la muerte de D.ª María. Tales fueron sus primeros pensamientos; pero el altivo desden con que hasta entónces habia despedido á cuantos habian dado muestras de anhelar su mano, era harto suficiente para retraer al más atrevido amador.

Creyó entónces Julia que sería oportuno *bajar la mano;* pero su madre, considerándose todavía en los tiempos en que habia sido jóven, decia no era posible que no se acordase de su hija algun hombre bien nacido. Cierto que en todo ello pensaba mucho ménos que Julia, la cual, á pesar de la estrecha obediencia á que se hallaba acostumbrada, comenzó á tener, allá en su interior, por más que egoista la conducta de Doña María.

Desde entónces, y si bien la aislada vida de ambas señoras siguió siempre la misma, comenzó Julia á llamar *tirana* á su madre, y la confianza íntima y natural con que se habian tratado, fué poco á poco desapareciendo. Así huyó la paz de casa de D.ª María, lo cual no advirtió ésta, sino mucho despues; cosa, que, si en la existencia, al parecer desocu-

pada, que llevaba, podia tenerse por imposible, no hay duda que las diarias oraciones y metódico empleo de cada hora, la distraian por completo de todo pensamiento extraño á cuanto ella tenía por natural y sencillo.

Semejante indiferencia ofendia á Julia, y aun acabó por enojarla del todo con su madre; ésta, imaginando que su hija no habia pasado de los quince años, creyó castigarla debidamente sujetándola más que nunca y tratándola como niña. Caso difícil con una mujer de treinta, por sumisa que siempre haya vivido.

Al cabo, viendo la señora de Figueroa, que Mendoza las seguia adonde quiera que fuesen, se halló, con harto dolor de su corazon, obligada á suspender su diaria visita al convento en que tocaba rezar el oficio de la Vírgen, no volviendo la madre y la hija á poner los piés en la calle, sino era los domingos y á la misa del alba, hora en que pocas veces pudo hallarse en pié Mendoza, á causa de las graves ocupaciones en que permanecia entretenido la mayor parte de la noche con los más acreditados jugadores del pueblo.

Semejante alteracion y mudanza en la metódica vida de la señora de Figueroa, no podia ménos de tenerla harto á menudo de mal humor, el cual iba á dar, como era natural, no sólo sobre las criadas, sino

sobre la misma Julia. Por fin, y viendo que el bloqueo, léjos de ceder, seguia y aun arreciaba, pues Mendoza ponia todos los medios que hallaba á mano para mostrar su amor á la heredera de los Figueroas, mandó D.ª María Pelaya cerrar la puerta de la calle, que hasta entónces habia permanecido abierta.

Nueva ocasion de murmurar para los que sabian, ó creian saber, cuanto acaecia dentro y fuera de la casa de nuestras conocidas. Hasta entónces, todos se maravillaban de que, estando casi siempre por aquellos sitios Mendoza, quedase el portal abierto, como convidándole á entrar; pero el portal cerrado— era ya cosa más grave. El portal cerrado significaba que Mendoza se habia atrevido á profanar su recinto, y quién sabe, si á profanar la escalera? No hay duda que el dichoso portal dió que hablar, lo ménos por ocho dias, á muchos hombres y mujeres de bien.

Una hermosa tarde de Abril se hallaban D.ª María Pelaya y su hija, aquella haciendo media, y ésta bordando con hilo de oro y lentejuelas una pequeña túnica de terciopelo morado para el Jesus Nazareno de las monjas de— No era posible hallar sitio más agradable para solazarse y disfrutar del aire apacible y hermosísima vista de la Hoz, que la espaciosa galería en que se hallaban las señoras.

Corria ésta por todo el frente de la casa y en el piso más alto, teniendo sus seis arcos sendos balcones de hierro, desde los cuales, pasado el primer mareo, que no podia ménos de causar tan extraordinaria altura, se recreaban los ojos en el más ameno cuadro.

Mostrábase el Huécar por la frondosa hondonada, vestidas ambas márgenes de huertas, á cada una de las cuales se pasaba desde la de enfrente, ó bien desde el estrecho camino que á la par del raudal serpeaba por rústicos puentes, formados á veces con el solo tronco de un árbol. Tenía toda huerta su casa, en torno de la cual medraban espesos emparrados é higueras, que sólo en tan abrigados lugares dan por aquella tierra sazonado fruto.

Por soberbio contraste, se alzaba en medio de la risueña Hoz el romano puente de San Pablo, cuya maravillosa altura es allí necesaria, no para pasar el mezquino rio, sino para unir dos montañas; soberbio monumento, honra del siglo pasado, que le edificó, y vergüenza del presente, que nada hace para librar semejante joya de la inminente ruina.

La hora, el silencio, sólo interrumpido por el suave rumor del Huécar y la voz de algun pastorcillo que allá, sobre las enriscadas laderas vestidas de hiedra, corria en pos de la cerrera cabra, la cual de peña en

peña iba saltando y poniendo con tan juguetona valentía el seguro pié en los más agudos picos y resaltes, que parecia á punto de rodar al precipicio; el plácido ambiente y la sana fragrancia de las flores del campo, fueran en otro tiempo parte á hacer exclamar á D.ª María Pelaya, diciendo:

«Bendito sea Dios, que nos envia tan hermoso tiempo!»

A la sazon permanecian las dos señoras en silencio, bordando Julia sin alzar la cabeza para nada, miéntras D.ª María miraba, harto á menudo y no sin ceño, hácia un copado castaño que á la propia márgen del Huécar se alzaba, y en cuyas retorcidas raíces, á flor de tierra, se veia un hombre sentado, apoyando los codos en las rodillas y la barba en las palmas de las manos, para de esa manera poder estar horas, si preciso fuere, con los ojos clavados en la galería de la casa de Figueroa.

Bien sabía la noble viuda que aquel hombre era Mendoza; en cuanto á Julia, no es fácil decir si lo sabía ó no, pues jamas alzaba el rostro de la labor. Al cabo D.ª María dijo, dando un suspiro:

«Julia, hace ya muchos dias que no me lees nada— justo es que volvamos poco á poco á nuestras antiguas costumbres— Lee aquí», añadió, señalando

una hoja de un manuscrito que siempre iba en compañía de la obra del padre maestro Gándara.

« Dónde quiere usted que lea? », dijo Julia, apresurándose á obedecer á su madre.

« Aquí », dijo ésta señalando con su tembloso índice.

Julia leyó lo siguiente:

« O conde Sonna Ferrandez é Sunnifredo; seu ir-
» mao (hermano), que eran d'os Ferrandez, e d'os
» Arias, e Spanhas, feceron soar (solar) entre Betanços
» e Cruna (Coruña), e se acharon (hallaron) con Pelayo
» en Covadonga, e pelejaron con os mouros.»

« Pasa la nota, y sigue leyendo », dijo D.ª María.

Julia tosió un poco, y siguió:

« Eran suas divisas d'istos cabaleiros, treis varras e
» unh leon; foron (fueron) muy ricos hombres de alta
» guisa. Digo eu (yo), D. Pedro, que d'istos sairon
» (salieron) muytos cabaleiros de Galiza, onde (donde)
» se chama (llama) Peyto Bordelo, que Mauregato,
» filho d'o rey Alfons e Sisalda, concedera (concedió).
» E foé a batalla, e dende estonce (entónces) tran
» (traen) cinco fojas de figueira po armas. »

« Ya ves », interrumpió D.ª María, « cómo no es sólo el padre Gándara quien sostiene la autenticidad de nuestras armas. Cinco hojas de higuera son las

armas de los Figueroas, en memoria de las muchas higueras de que estaba cubierto el campo de batalla en que vencieron á los moros, cuando éstos venian por las cien doncellas. Mostrarás la misma impaciencia y aun incredulidad de otras veces al ver lo que dice D. Servando, obispo de Orense?

«No dices nada? Ya veo que te da lo mismo. Si fueras hombre, de otro modo se encenderia tu sangre al pensar en las gloriosas hazañas de nuestra familia— Pero— nada— tiempo perdido— ya lo veo; tiempo perdido!»

Y D.ª María rompió á llorar con amarguísimo desconsuelo.

Julia siguió por un momento bordando, mas al cabo se levantó.

«Quieta en tu sitio, Julia!», exclamó su madre, «no quiero nada á la fuerza; tu primera intencion fué no moverte— no te muevas. Pues el corazon no te dijo que debias consolarme al punto y pedirme te perdonase, por la indiferencia con que miras cuanto yo estimo y quiero, no necesito que la cabeza te aconseje nada— sigue bordando.»

Doña María calló, mostrando en su rostro profundísimo dolor.

Julia siguió bordando, ó más bien, haciendo por

bordar, pues sus manos temblaban y los ojos no acertaban á ver.

Singular contraste presentaba la serenidad de la tarde con la inquietud y desasosiego que, á no dudarlo, atormentaban á la señora de Figueroa y á su hija. Así pasaron varios minutos, que para ambas fueron años, y al cabo D.ª María, levantándose con más trabajo que de costumbre, se fué, dejando á Julia sola en la galería.

Siguió ésta queriendo bordar; pero con tan mala mano, que no tuvo más remedio sino suspender el trabajo, mirando primero hácia la puerta por donde su madre habia salido, y luégo al Huécar, por medio de los hierros del balcon, cosa que quizás no habia hecho en toda la tarde.

De pronto, tirando la aguja y el hilo con airado ademan, se alzó del asiento, llegóse á la puerta, miró hácia lo interior de la casa, y viendo no habia nadie, se acercó al balcon, saludando, ó pareciendo que saludaba, con un pañuelo blanco que sacó del bolsillo.

Tan súbita accion, llevada á cabo, al parecer, más bien á impulsos de un accidente nervioso que de la propia voluntad, habria pasado inadvertido para quien no tuviera los ojos constantemente clavados en la galería de la casa de Figueroa, pues al punto se vol-

vió Julia á su silla, tomando de nuevo la aguja y el hilo, sin que en el sereno rostro fuese posible advertir las inquietas y congojosas palpitaciones del sobrecogido corazon.

IV.

Desde aquella tarde no volvió á parecer Mendoza por la calle de San Pedro; y aun por la Hoz, si bien iba de paseo diariamente, jamas se detenia en el consabido castaño. Nueva ocasion de hablillas para los ociosos y bien intencionados, que por el pronto se llevaron todos el mismo chasco de cuantos se complacen en un espectáculo que se suspende á lo mejor y de impensada manera, en la parte más entretenida y agradable; pero al cabo, y como el diablo no descansa, diéronse muchos á pensar en qué podria consistir la repentina mudanza del enamorado Mendoza, habiendo alguno que se atrevió á decir que éste hablaba por una reja; que del portal daba á la calle;

con Julia; *pelando ambos la pava*, al uso de Andalucía.

Ni dejó de haber curiosos que fueran á ver si era verdad lo de la reja; la cual vieron cerrada por dentro desde el anochecer, quedando, como la puerta, á piedra y lodo, sin que por esta parte pudiesen las malas lenguas ejercitarse en su oficio. Mas, qué han de hacer personas que en nada se ocupan? Qué fuera de ellas, si no pudiesen murmurar?

Ya volvia más de uno los ojos á otra parte, por ver si no habia á mano alguna otra infeliz con quien ensañarse, cuando D. Blas— el rencoroso D. Blas, á quien el lector ha oido no hace mucho hablar con tan poco respeto de la señora de Figueroa, dió en pronunciar siempre juntos los nombres de Mendoza y Julia, con cierta sonrisita de no buen agüero para el honor de ésta.

Don Blas tenía por costumbre pasar buena parte de la noche con los jugadores del pueblo que más trasnochaban; esto es, con los verdaderos jugadores; de los cuales solia formar parte el ínclito Mendoza. No era D. Blas jugador, pero les tenía tan gran cariño, que su corazon, naturalmente inclinado á toda clase de obras de misericordia, le movia siempre á sentarse al lado del que más perdia. El jugador que pier-

de, es capaz de hacer cuanto se le mande, y sobre todo, de recibir cuanto se le dé— en siendo dinero— aunque le pidan en cambio la vida y el alma.

No es decir que D. Blas llevase la crueldad hasta el punto de exigir; en cambio del dinero que prestaba al jugador de mala suerte; la vida, ni mucho ménos el alma, cosa sobre la cual no veia razon para andarse en dimes y diretes con el infierno; pero no hay duda que D. Blas, no por atento siempre á los apuros del prójimo, dejaba de mirar tambien al propio medro, con lo que, siempre que prestaba cien reales á un jugador, recibia, en cambio, de éste, y al punto, el recibo, en debida forma extendido, de doscientos reales. Con semejantes actos caritativos seguia D. Blas aumentando su no escaso peculio sin remordimiento de conciencia, pues no la tenía, y sin experimentar el menor asomo de vergüenza, calidad embarazosa para otros, y que él no habia conocido jamas.

Por esta y otras razones, el amigo de los jugadores lo era tambien del Mendoza, más ó ménos Hurtado; lo cual sabian todos en Cuenca, con lo que no dejaron de hacer alto en las sonrisas y reticencias de Don Blas, á propósito de Mendoza y de Julia Figueroa. Con todo esto, nada pudieron averiguar los curiosos, sabiéndose únicamente que Mendoza habia dejado de

jugar casi del todo, y que se retiraba á su casa, lo más tarde, á las once, sin dejar por eso de ser cada dia mejor amigo de D. Blas.

«Imposible que salga nada bueno de semejante amistad!», solian exclamar las personas sensatas y formales, al ver siempre juntos á D. Blas y Mendoza. Pero éstos seguian cada dia más unidos, sin que se les diera un ardite de cuanto se pudiese decir.

Los tempranos calores de Abril no podian ménos de ser causa de contínuas tormentas; pero ninguna se habia presentado con tan amenazador aspecto como en el dia que al presente nos hallamos, cabalmente el último del mes. Por do quiera un nublado suele tener cara de pocos amigos; pero en las sierras, verdaderos pararayos que los atraen, menudean más y son causa de mayores estragos.

Serian las once de la noche, y sobre las desiertas calles y cerradas casas de Cuenca se iban amontonando negras y silenciosas nubes, sin que al traves del inmóvil y callado aire se oyese el más leve ruido, ni lejano rumor acompañase el contínuo y jamas interrumpido murmullo de los raudales del Júcar y del Huécar.

Doña María Pelaya Figueroa, que despues del rosario permanecia largo rato rezando en silencio, se levantó, diciendo á su hija:

«No has acabado todavía, Julia? Mira que es ya muy tarde, y mañana hemos de madrugar, como siempre, lo más temprano que se pueda.»

Julia se hallaba tan embebecida en el rezo, á semejanza de su madre, que no pudo ménos de estremecerse, y por poco no se la cae el devocionario de las manos, hasta que al fin, reponiéndose un poco, dijo:

«He empezado un poco despues de usted, madre mia, y si me lo permite, seguiré otro poco, luego que usted se acueste.»

Doña María se levantó, diciendo: «Como quieras», y se fué á su habitacion á acostarse; acompañóla su hija, y ya que estuvo la anciana en el lecho, pidió el vaso de agua que todas las noches tenía costumbre de beber ántes de dormirse. Sirviósele Julia, echando ántes el azucarillo de costumbre; pues las criadas debian de estar durmiendo, á juzgar por el silencio que en la casa reinaba; y á poco D.ª María empezó á sentir tal sueño, que no pudo ménos de decir:

«Parece que el tiempo tan pesado que hace, influye en mí, pues jamas he tenido tan pronto sueño al acostarme.»

«El tiempo, sin duda», contestó Julia.

Doña María permaneció callada, y despues de decir: «Válgame Dios!», se durmió.

Al punto mudó de semblante Julia, como si acabára de quitarse una máscara. Irguióse, y respirando con más energía acaso que en toda su vida, exclamó, aunque en voz no muy alta: «Ya soy libre!» Y se quedó con los ojos clavados en su madre dormida.

Despues encendió la vela de una pequeña linterna sorda en la lamparilla que siempre quedaba en la habitacion de su madre, y con callados y medrosos pasos iba á subir al piso en que estaba la galería; pero ántes se volvió, y como si se la hubiese olvidado alguna cosa, se detuvo breves instantes, y sacando dos cartas que llevaba en el pecho, guardando de nuevo una de ellas, leyó con extraordinaria agitacion la otra, que decia lo siguiente:

«Madre mia: No se asombre usted de mi partida; » seguir más á su lado me era imposible. Amo á un » hombre que me ha dado por largo tiempo, á pesar de » mi contínuo desden, pruebas de su amor y constan- » cia. Sé que, llevada de su exageracion aristocráti- » ca, mi madre se habia de oponer, como siempre, á » mi ventura. No quiero engañar á usted más; para » vivir como hasta aquí, sin hallar en usted verdadero » cariño, y sin otro recurso que morirme de desespe- » racion, prefiero hacer lo que hago. Adios, madre » mia; si despues de casada, consiente usted en reci-

»birme con mi esposo, volveré á su casa; de lo con-
»trario, nadie podrá echarme en cara el haber aban-
»donado á una madre que jamas ha querido tener en
»cuenta el corazon de su desventurada hija,

»JULIA.»

Despues de leida la carta á la luz de la linterna, Julia fué á ponerla en la mesa de noche de su madre; hízolo, y en medio de la turbacion, experimentaba tal sed, que, tomando el vaso de agua, empezó á beber lo que habia quedado— De pronto se detuvo, diciendo: «Dios mio! Qué he hecho?», y puso de nuevo, y temblando de piés á cabeza, el vaso en su sitio.

Julia se palpaba, como temiendo la sucediese alguna cosa extraordinaria; mas, al cabo, serenándose un poco, acaso porque no advertia la menor novedad, salió prontamente de la habitacion, tomando de nuevo la escalera que iba á la galería. Ya que estuvo arriba, sacó del seno la carta que ántes habia guardado, y leyó, asimismo á la luz de la linterna, lo siguiente:

«Su seña de usted con el pañuelo blanco desde la
»galería (primera respuesta directa que se digna con-

» ceder á mi vehemente amor), me prueba que al cabo
» su noble corazon se ha apiadado de mi tristeza y des-
» consuelo. No ignoro que su madre de usted, des-
» confiando siempre de su hija, no permite llegue á
» sus manos ni aun recado de escribir. La tiranía
» á que se halla usted sometida es intolerable; la
» morfina que he dado á Damiana, su criada de us-
» tedes (la mayor cantidad que dan en la botica sin
» receta), es suficiente para que D.ª María duerma toda
» la noche, sin el menor peligro de muerte; puede us-
» ted dársela en el agua con azucarillo que toma al
» acostarse. Várias noches he probado á llegar hasta
» muy cerca de los cimientos de la casa desde la Hoz,
» y veo que se puede, sin gran peligro, yendo acom-
» pañado. Esta noche subiré hasta dicho punto, en
» compañía de un amigo de confianza, y haré la se-
» ñal que ya sabe usted, esto es, imitaré el canto del
» mochuelo; usted asomará la luz de la linterna que
» la ha entregado Damiana de mi parte, para que me
» sirva de aviso, y en seguida sujetan ustedes al bal-
» con la escala, que tambien he dado á Damiana,
» como usted sabe; no hay más que sujetarla bien, y
» yo subiré para ver si está segura, bajando en seguida
» delante de usted, para que no tenga el menor mie-
» do. Esta noche sacude usted el yugo de toda su

»vida; ó esta noche, ó nunca, amor mio, amor y »esperanza del corazon de

»Diego Hurtado de Mendoza.»

V.

«Damiana! Damiana!», exclamó Julia en voz baja; mas nadie la contestó. Casi hacia calor, á pesar de la estacion y la hora; no oyéndose, en medio del extraordinario silencio, otro ruido, sino el de las aguas del Huécar.

En esto, se oyó á lo léjos el ronco y apagado rugido del trueno, que desde lo interior de la sierra venía hácia Cuenca. Julia enmudeció, estremeciéndose y temblando de miedo.

«Damiana!» se atrevió á decir al cabo, «Damiana, no me oyes?»

Súbito y pavoroso relámpago iluminó la cuenca del Huécar con sulfúrea luz, seguida de negra oscuridad

y mortal silencio, el cual rompió al cabo en un espantable trueno, que hizo retemblar la casa de Figueroa hasta los cimientos.

Julia, aterrada y sin osar moverse, exclamó de nuevo : « Damiana ! »

Nuevo relámpago despedazó las entrañas de la nube, y como ahora Julia miraba hácia lo interior de la galería, tratando de buscar á la criada, vió á ésta, que se habia quedado dormida al pié de un balcon, y en aquel momento se incorporaba, mirando, llena de miedo, á la tempestuosa nube.

« Vén acá, Damiana, y vamos pronto », dijo con impaciencia Julia, « tienes ahí la escala ? »

« Sí, señora », contestó aquella, medio dormida, y tratando de recoger la escala que al lado habia puesto, « aquí está señorita. »

Julia, resuelta á llevar adelante su propósito, asia con impaciencia un extremo de la escala que á tientas la presentaba Damiana, cuando en esto se oyó el maúllo de un mochuelo—

« Ahí está », exclamó Julia sin poderse contener ; y llena de involuntario temblor, tomó la linterna, y asomándola por el lado de la luz, la inclinó hácia abajo ; el mochuelo cantó de nuevo, y Julia metió la linterna dentro. Al punto se pusieron las dos muje-

res á sujetar fuertemente la escala al balcon. Damiana se habia de quedar, volviéndose al punto á la cama; despues de recoger y ocultar la escala; y aparentando á los ojos de D.ª María la mayor ignorancia de cuanto habia pasado. Sólo Julia iba á bajar, despues que hubiese subido Mendoza.

Julia, que habia pasado meses y meses desdeñando el amor de Mendoza; Julia, harto ajena, hasta pocos dias ántes, á la determinacion que ahora tomaba, seguia adelante sin mostrar la menor flaqueza ni irresolucion. Ya que estuvo bien la escala, fuéronla soltando las dos mujeres, hasta que, habiendo sin duda llegado al extremo, el mochuelo cantó de nuevo.

Oíanse los truenos por lo interior de la sierra, como los tumbos del Oceano en dias de tempestad; y sobre Cuenca, la nube permanecia inmóvil, cada vez más densa y espantable. De pronto las cuerdas de la escala se pusieron por extremo tirantes, y Julia, que hasta entónces habia tenido allí puestas las manos, miéntras se asomaba al balcon, tratando, aunque en vano, de ver al traves de la densa oscuridad, hubo de retirarlas, pues la escala iba cada vez con más fuerza de un lado á otro, con movimiento ondulatorio.

Julia, determinada hasta entónces, comenzó á experimentar extraordinario temor. El intento que habia tomado de acuerdo con Mendoza, y los medios que hubo de poner en planta, habian distraido en parte su atencion; mas al presente Julia tenía remordimientos y miedo, y si bien la voluntad la sostenia, el débil cuerpo comenzaba á flaquear; tocó de nuevo la escala, y al ver lo tirante que ya estaba, retrocedió temblando, y, por primera vez, en aquel dia, se encomendó al Señor.

Julia lloraba— Su madre, su triste madre, abandonada miéntras dormia, merced á la pócima soporífera, traidoramente ministrada por su propia hija; el nombre, el deber y el honor puestos en olvido, y el justo castigo del cielo, que Julia iba temiendo: tales eran los fundados y merecidos remordimientos que la ingrata hija experimentaba! —

Con todo, no eran parte á hacerla desistir del loco empeño: y el deseo de variar de vida, que desde largo tiempo tenía, daba fuerzas á su voluntad para sostener el enflaquecido cuerpo. Singular debilidad se habia apoderado de todos los miembros de Julia, la cual veia con horrorosa agonía que las fuerzas, tan necesarias para la temible bajada, la iban faltando.

Vívido relámpago, y á la par horrendo trueno, hizo caer de rodillas á Julia, miéntras se mostraba por los hierros del balcon el cetrino rostro de barba negra y ojos centellantes de Mendoza. En verdad que aquello semejaba infernal aparicion!—

El rayo habia estallado sobre una peña de enfrente á la opuesta orilla del rio, y miéntras los enormes pedazos de la piedra herida rodaban á lo profundo, el agua caia á mares sobre la tierra, y truenos y relámpagos llenaban de espanto la comarca entera. Mendoza, ya dentro de la galería, se llegó á Julia, la cual permanecia de rodillas y llorando.

«Julia», exclamó, «ya no me quieres— ya no me quiere usted, Julia— pero qué tiene usted? se ha puesto mala?»

Julia, en efecto, se caia, á pesar de sus esfuerzos para levantarse. Mendoza la tomó de la mano, y viendo que estaba á punto de dar con el cuerpo en el suelo, dijo:

«No importa; es preciso que huyamos.»

La jóven no pudo contestar, pues sus párpados se cerraban sin que los labios acertasen á pronunciar una sola palabra.

«Algun desmayo», dijo para sí Mendoza, «lo mismo da; de ese modo cargaré con ella, como con un niño.»

Y sacando una faja que, sin duda, y temiendo aquello, llevaba preparada, rodeó con ella fuertemente tres veces el cuerpo de Julia, y con ayuda de Damiana, la ató á su espalda por la propia cintura tambien, con lo que, viendo que el cuerpo de Julia no podia soltarse ni correr el menor peligro, dijo el aventurero á la criada:

«Mañana, ó cuando puedas, vé á mi casa, en Carretería— ya sabes— y te daré lo ofrecido.»

«Bien está», contestó la infiel servidora.

Y Mendoza traspuso al punto el balcon.

No era fácil que, á semejantes horas y con aquel aguacero, hubiese alguno tan desocupado, que fuera á entretenerse con lo que pasaba por la Hoz; y por eso mismo daba Mendoza mil gracias á Dios, ya que tanto menudeaban los relámpagos, de que arreciase tambien el agua, con lo que, á nadie, fuese quien fuese, se le ocurriria andar por aquellos alrededores. De esta manera bajaba el aventurero, valiéndose con toda seguridad y firmeza de los piés y de las manos, como hombre, acaso, hecho á subir y bajar más de una vez en su vida de semejante modo. En tales manos acababa de poner á Julia su insensata locura.

Cierto que, á pesar de la firmeza y seguridad de Mendoza, no dejaba de ser expuesta la bajada para

éste, así por el peso que llevaba, como por el largo trecho que era necesario descender.

Julia, en tanto, se hallaba en estado por demas singular. La escasa cantidad de agua con morfina que habia bebido no podia causarla el profundo sueño que á su madre, pero sí el suficiente para quitarla casi del todo el conocimiento, sólo haciéndose cargo á ratos de cuanto la rodeaba, mas permaneciendo, en la apariencia, completamente dormida y sin ser dueña de hacer el menor movimiento.

Así continuó Mendoza bajando con la preciosa carga, hasta que pudo al cabo poner los piés en terreno firme; hallábanse poco más abajo de los cimientos de la casa, desde donde, conociendo el terreno y andando con sumo tiento, no era difícil, á pesar de la descomunal altura que todavía quedaba, el llegar á terreno seguro.

Otra persona esperaba, sin duda, á los fugitivos en el pequeño rellano en que Mendoza acababa de poner los piés, porque al punto oyó Mendoza las siguientes palabras:

«Bien venido.»

«No sé si bien venido ó mal venido», repuso Mendoza con cierto enojo.

«Pues qué ocurre?»

«No sé, sino que esta señora parece que viene muerta.»

«Muerta! — Vendrá desmayada— eso les pasa á todas las mujeres, cuando quieren disimular alguna picardía.»

«Vamos, vamos, D. Blas— déjese usted de bromas, y ayúdeme á soltar la faja con que traigo atada á Julia, de manera que no ocurra por estas alturas una desgracia.»

Era, en efecto, el compañero de Mendoza, D. Blas; cuyo rostro, cuando le iluminaba el relámpago, parecia el de un demonio á punto de vengarse.»

Desataron al cabo los dos amigos el cuerpo de Julia, y poniéndola en el suelo, trataron de sentarla, apoyando las espaldas en una peña; mas viendo que no era posible, pues se caia á todos lados, Mendoza, despues de una terrible maldicion, exclamó:

«Sabe usted, D. Blas, que se me figura que estamos aquí en compañía de un cuerpo muerto?»

«Jesus, hombre, qué dice usted? Eso no es más que un desmayo; monadas y tonterías de mujeres!»

« No ve usted, hombre, el agua que cae, que ya nos tiene á todos calados, sin que esta buena mujer dé la menor señal de resurreccion? Ya sabe usted lo que suele hacer el rayo; ése que acaba de caer ahí

enfrente, y que á nosotros no nos ha hecho nada, puede haber sido causa de su muerte; pues cuando yo subí, ya estaba sin saber qué se hacia.»

«Yo creo que está viva y muy viva, y lo que quiere es, como todas las mujeres, divertirse á costa nuestra.»

«Diga usted, D. Blas; si será verdad, como dicen muchos por Cuenca, que todavía conserva usted rencor á Julia por las calabazas que en otro tiempo le dió?»

Por fortuna, la oscuridad encubrió el horrible gesto que hizo D. Blas, quien dijo al cabo con voz melosa:

«Ya ve usted que vengo á acompañarle, para ayudar á Julia á escaparse de la tiranía de su madre, y ser feliz.»

«Pues por lo mismo», contestó con ronco acento Mendoza. «Ay, D. Blas, si fuera cierto lo que me han estado jurando y perjurando esta misma tarde, de que las de Figueroa no tenian, ni podian tener, un cuarto, y que usted me ha ido metiendo en este negocio, sólo por vengarse de Julia—»

Julia, sin poder moverse, como siempre, iba recobrando del todo el oido, ya que no la era posible abrir los ojos; de esa manera, Dios la daba el merecido

castigo de verse obligada á oir en silencio é inmóvil, la descarada conversacion de los dos cómplices de su deshonra.

Don Blas no habia contestado nada á las razones de su amigo, y sólo despues de un espacio bastante largo, durante el cual Mendoza no hacia más que acercarse á Julia, y prorumpia, al verla siempre en el mismo estado, en horrendas blasfemias, dijo Don Blas lo siguiente:

«Vamos á ver, Mendoza; y qué se pierde? Supóngase usted que Julia Figueroa no tenga un maravedí; la ayudamos á bajar orillas del Huécar, y ahí la dejamos, para que haga consigo lo que mejor la parezca.»

No era posible ver en aquella oscuridad los rostros de ambos amigos; con todo, viendo D. Blas que Mendoza callaba, temió haberle enojado más de lo justo, y añadió:

«Amigo mio, si usted cree tambien en mi amistad, desde ahora le ruego que cuente siempre con mi persona y mi bolsillo; pero sobre lo que ahora acaece, le suplico me oiga con serenidad y sin enojarse, que no hay motivo para ello— y mucho más, estando usted seguro de que yo he de ser eternamente su amigo— me oye usted?»

«Sí, D. Blas», contestó Mendoza, que permanecia siempre al lado del cuerpo inánime de Julia.

«Vaya; veo», dijo D. Blas, «que está usted más tranquilo, y podemos ser francos—»

«Sí, D. Blas, siga usted», respondió Mendoza, sin separarse de Julia.

«Pues bien», añadió D. Blas, tosiendo un poco, Mendoza, usted me ha ayudado, sin saberlo, á vengarme de Julia. Julia ha sido el único amor de mi vida, esto es, mi única torpeza, pues la señora de Figueroa no tiene sino lo preciso para comer. A pesar de tanta pobreza, el buen rostro y talle, la juventud y sangre noble de Julia me cegaron, y me enamoré de ella como un necio, hasta el punto de ser el hazme reir de Cuenca— Desechado por la madre, desdeñado por la hija, abrí al fin los ojos, y entónces comprendí el vergonzoso papel que, al cabo de mis años, habia estado haciendo por causa de esa insolente—»

Y D. Blas, sin poderse contener, se llegó furioso hácia donde habia visto á Julia á la luz de los relámpagos, mas ántes tropezó con Mendoza. En aquel pequeño resalte de la peña, el menor movimiento imprudente podia hacerles caer al abismo; así es que hubieron de agarrarse uno á otro, para no perder el equilibrio.

Don Blas fué á soltar á Mendoza; mas éste le tenía con tal fuerza asido, que el vengativo usurero exclamó asustado:

«Qué es eso, amigo mio? Por qué no me suelta usted?»

«No se asuste usted, D. Blas», respondió Mendoza, con voz reposada y tranquilo acento. «Veo que acabo de hacer un mal negocio— pero no crea usted que le tenga rencor por haberse servido de mí para vengarse— Usted me acaba de prometer su amistad, y contando; como cuento, con ella; nada me importa lo que me acaba de suceder— A esta locuela— la dejarémos aquí— y sea de ella lo que quiera— En cuanto á mí—»

En aquel momento, la tempestad, que por un momento se habia aplacado, arreció de nuevo, y á la luz del primer relámpago, vió D. Blas á Mendoza, puñal en mano y dispuesto á asesinarle—

«Mendoza! Mendoza! amigo mio— por Dios— tome usted cuanto tengo— pero no me mate usted!!—»

El trueno ahogó los gritos de D. Blas; éste, á pesar de hallarse sin armas, se defendia cuanto le era posible; mas, de vez en cuando, su enemigo lograba ases tarle una puñalada mortal; con el último esfuerzo de D. Blas, cayeron ambos sobre Julia, la cual, reco-

brando en aquel momento el uso de los sentidos, abrió los ojos, y á la luz de un nuevo relámpago, vió que Mendoza empujaba hácia el abismo el cadáver de D. Blas. Pasó la luz, y ántes del retumbo del trueno, se oyó el ruido que hacia el cuerpo inanimado al rodar al precipicio.

Al estampido de la nube acompañó Mendoza con un sacrílego juramento; Julia se cubrió el rostro con las manos, y cuando fué á mirar en derredor, se halló sola, viéndose, á la luz de otro relámpago, con el vestido y las manos empapadas en sangre, á cuya vista cayó desmayada.

VI.

Julia, aterida de frio y completamente despierta, vió de ponerse en pié, pero sus entumecidas rodillas apénas la permitian moverse. El nublado iba pasando, mas la lluvia seguia; y á todo esto, á pesar de la oscuridad del cielo, empezaba á advertirse hácia

Oriente el primer pálido y apagado rayar de la aurora.

Necia insensatez fuera tratar de poner aquí los mil encontrados y dolorosos pensamientos que despedazaban el corazon de Julia: su amor burlado, la honra ofendida, el nombre de su casa cubierto por ella de ignominia, su cariño puesto en un asesino, acaso criminal de oficio, y á todo esto, hallarse en aquel sitio, sin más esperanza que la muerte; pues no le quedaba otro recurso sino acabar con su deshonrada vida en el precipicio que á pocos pasos tenía— Bien la castigaba Dios, por haber sido mala hija y mujer sin honor! —

En esto, y viéndose falta de fuerzas, quiso recostarse en la peña, pero la superficie debia de ser por allí más áspera, pues la fué imposible apoyar las espaldas sin hacerse daño, y, como apénas osaba moverse por no poner un pié en falso, se volvió poco á poco á palpar la peña, tropezando sus manos con los nudos de la escala; que, sin saber por qué, Damiana, la criada, no habia recogido todavía desde el balcon, como debió hacerlo en cuanto hubieran acabado de bajar los fugitivos.

En aquel momento Julia no se detuvo á pensar mucho tiempo, y viendo que el alba no habia de tar-

dar, asió con todas sus fuerzas la escala, y trató de subir por ella. Tremenda prueba para la desventurada! La escala daba tales vaivenes cuando Julia se movia, que várias veces se bajó, soltándola, no creyéndose con ánimo ni fuerzas para subir. Mas ya se columbraba, al traves de la oscuridad, la negra mancha del cerro del Socorro, y pocos minutos despues, los vendedores que, al amanecer, van de Palomera al mercado de Cuenca, de seguro habian de ver á Julia en sitio donde no era posible ocultarse á las miradas de nadie.

Movida de semejantes pensamientos, Julia empezó á subir la escala con más denuedo que las otras veces; el miedo á la vergüenza la prestaba fuerzas que jamas habia tenido, y Julia, á pesar de los vaivenes de la escala y del horrendo precipicio, cuyo solo recuerdo la mareaba, siguió subiendo hasta la mitad con buen ánimo; al llegar á aquel sitio era ya tal el dolor que experimentaba en los brazos, que apénas los podia levantar para asir la cuerda superior; subió algunos más, y viendo que cada nuevo esfuerzo la robaba las fuerzas, permaneció agarrada y sin osar moverse.

Al cabo, el alba se fué lentamente mostrando, y el temor de ser vista ayudó á la triste Julia á llegar á

muy pocas varas de la galería. A la altura se hallaba de las ventanas de su casa, y en medio de su espanto, estuvo por llamar á voces y golpes para que por allí mismo la abrieran; pero el honor pudo más, y Julia siguió subiendo— con tal suerte, que cuando ya sus delicadas manos no podian resistir el áspero contacto de la cuerda, pudo con la diestra asir el frio hierro del balcon de la galería.

Entónces creyó que aquel era el último instante de su vida, pues el empeño de llegar allí habia de tal manera agotado sus fuerzas, que estuvo á punto, más de una vez, de soltarse y caer al abismo.

Al cabo, cerrando los ojos y haciendo el último y supremo esfuerzo, llegó con ambas manos al antepecho, y exclamando: «Perdon, perdon, Dios mio!», cayó sin sentido en el suelo de la galería—

En breves momentos volvió en sí, y al punto se puso á recoger la escala, lo cual era harto difícil, á causa de lo húmedas y pesadas que estaban las cuerdas. Cuando Julia vió que toda la escala estaba ya dentro, se asomó al balcon, y merced á la luz de la aurora, que á duras penas pasaba al traves del anublado cielo, vió el primer serrano de Palomera, que por el deleitoso camino, orillas del Huécar, iba, embozado en su parda capa y entre cántaros, caballero

en su mula, á vender la sabrosa leche de sus ovejas á Cuenca.

Julia permaneció largo tiempo de hinojos, dando gracias á Dios por los infinitos males de que la habia librado; subió en seguida á un oscuro y desierto desvan, en donde ocultó la escala, hasta que la fuese posible deshacerse de ella sin que nadie lo supiera, y en seguida acudió á la alcoba de su madre.

Llena de vergüenza y temor, se acercó Julia al lecho de D.ª María, á quien halló durmiendo tranquila y sosegadamente. Súbito recuerdo la hizo volver los ojos á la mesa de noche, en donde estaba, como la habia dejado, la funesta carta, en que tan sin corazon se habia mostrado al despedirse de su madre; medio minuto despues, y aun á riesgo de despertar á ésta con el humo, Julia habia convertido la carta en ceniza. En seguida fué á dar un beso en la frente á D.ª María; pero al verse con las manos y el vestido ensangrentados, no pudo ménos de dar un grito, yéndose á su habitacion, en donde se encerró.

. . . .

VII.

Al dia siguiente, y ya bien entrada la mañana, Doña María se despertó, maravillada de haber dormido tanto. Mas Julia, que se hallaba en el gabinete inmediato, vestida de una sencilla bata de casa y cosiendo, vino á ayudar á su madre para que se levantara y vistiese. D.ª María se quejaba de la cabeza, pero atribuia el malestar á la tormenta que amenazaba la noche anterior.

«Ya ha descargado, madre mia», contestó Julia, «que en toda la noche ha cesado de tronar y llover.»

«Pues yo no he oido nada.»

Julia se hizo cargo de que su madre nada habia podido saber, pues no la habian despertado los truenos, y en seguida aprovechó cuantos ratos pudo por la mañana para llorar su ingratitud pasada y pedir á Dios perdon por tan negra culpa. Al mismo tiempo, siempre que se hallaba con su madre, hacia cuanto en su mano estaba para mostrarla cariño y obediencia.

En medio de la pena que la afligia y de la vergüen-

za sin consuelo que la agobiaba, no podia ménos, por un extraño capricho de la imaginacion, de darse á pensar qué razon habria tenido Damiana para no retirar y subir en seguida la escala á tiempo, esto es, en cuanto ya no era necesaria. Semejante suceso, que Julia tenía por providencial; y acaso lo era; venía de lo siguiente: D. Blas, para cuya alma negra y rencorosa todo parecia escasa venganza, habia dado dinero á Damiana; á la cual conocia y veia casi tan á menudo como Mendoza; prometiéndola otro tanto para despues, con tal que dejase la escala colgando hasta que todo Cuenca lo supiese; como si no fuera bastante para su venganza el ver á la insensata Julia en brazos de un aventurero desconocido!

Mas la pasion es enemiga mortal de la discrecion y la astucia, y D. Blas, ciego por el rencor, no tuvo paciencia para esperar unos cuantos minutos, despues de los cuales bien podia tener la satisfaccion de haberse vengado mortalmente de Julia.

Ésta, entre tanto, se hallaba en aquel estado de abatimiento y debilidad en que no nos podemos dar cuenta, sino á duras penas, de nuestros propios pensamientos; y el cuerpo sin fuerzas y el alma sin energía están á la discrecion del primer dolor ó contratiempo que se presenten. Sólo para una cosa te-

nía á la sazon Julia ánimo y voluntad, y era para amar á su madre y obedecerla con todo su corazon.

El triste náufrago que por nuestras costas del Oceano logra al cabo, despues de mil azares y temores, asir la húmeda peña que yace al pié de la tajada costa, tiene aquel refugio precario por dón del cielo, y la piedra resquebrajada y resbaladiza es, para el mísero, blando lecho, en que su quebrantado cuerpo descansa y el alma alienta! El aniquilamiento que le agobia despues de los esfuerzos que acaba de hacer para huir de la muerte, no le deja advertir, sino como en sueños, los peligros que todavía le amenazan; los enhiestos y tajados peñascos le estorban subir á lo alto, el verdoso oleaje rompe á sus piés, cubriéndole con mortal sudario de espuma, y en tanto la marea, subiendo de nuevo, acaso no tarde en cubrir y barrer con horrendo empuje el último asilo del desventurado náufrago!

Tal era el estado de Julia despues del naufragio de su alma y de su honor. Pasado el primero y natural impulso de conservar la vida y huir de la deshonra, no dejaba de pensar en los peligros desconocidos que la amenazaban, y al propio tiempo advertia, que, para hacer frente á lo que pudiera sobrevenir, ya Julia no era Julia!—

La vergüenza, propia de toda mujer honrada, y aun el orgullo aristocrático, que, á pesar de cuanto acababa de intentar la última descendiente de los Figueroas de Cuenca, no por eso dejaba de hallar eco tambien en su corazon, se unia á la horrible pena que no podia ménos de causarla el ver su secreto en manos de un infame asesino. Tampoco dejaba la vanidad de darse por ofendida, al ver que todo el fingido amor del aventurero Mendoza se fundaba en la suposicion, ó mejor, infame y mal intencionada mentira propalada por D. Blas, de que Julia era rica. Propio es de la miseria humana el que toda ofensa á nuestra vanidad duela más que otra alguna, y Julia recordaba á Mendoza, no sólo con miedo y repugnancia, sino tambien con enconada aversion.

Apénas se hubo vestido la señora de Figueroa, entró la vieja criada D.ª Francisca en la habitacion, con dos jícaras de chocolate, pan y vasos de agua en una bandeja.

«Qué es eso, Francisca?», dijo D.ª María Pelaya, «por qué no trae Damiana el chocolate?»

«No lo sé», contestó con avinagrado rostro la anciana.

«Pues, qué ocurre? A la hora que es, ya debia de estar Damiana de vuelta.»

«Sí, señora; pero el caso es, que no ha venido.»

«Pues estamos buenos! Entónces, es que ya no piensa volver á casa. Y el arca con la ropa, la tiene ahí?»

«No, señora.»

«Pues ciertos son los toros!», añadió, cada vez con más enojo, D.ª María Pelaya. «De manera que la pobre Francisca, que para nada está, habrá de ir hoy á la compra y hacernos la comida?»

«Ya he ido, y está puesto el puchero.»

«Bien; ahora lo que importa, es ver si la tal Damiana se ha llevado algo de casa.»

«No creo se haya llevado nada— á Dios gracias!» repuso D.ª Francisca.

«Vamos, Francisca», repuso D.ª María, «á juzgar por las apariencias, se me figura que se te queda algo en el tintero. Dinos, qué ocurre?»

Doña Francisca se quedó buen rato en silencio, dando con el rostro á entender que debia de callar cosas sobremanera importantes; por último, exclamó:

«No sabe usted, señora, lo que pasa por Cuenca?»

«Cómo lo hemos de saber, si nos acabamos de levantar?», dijo Julia, tratando de ocultar su anhelosa angustia.

«Lo primero es, que han encontrado esta noche muerto en la Hoz á D. Blas Becerril.»

«A D. Blas!», repuso Julia con aparente sorpresa.

«A D. Blas, señorita; el mismo que vestia y calzaba; cosa que jamas le volverá á suceder.»

«Y cómo ha sucedido semejante desgracia?», exclamó D.ª María.

«No lo sé, señora; D. Blas tenía lo ménos media docena de puñaladas mortales, y habia sido llevado á aquel sitio desde otra parte, ó bien le habian arrojado desde una altura muy grande—»

«Jesus, Dios mio!», dijo D.ª María santiguándose. «Qué ajeno estaba el pobre D. Blas el domingo de lo que le iba á suceder, cuando nos saludó á la puerta de la catedral. Dicen que era muy vengativo, y nos las tenía juradas— Dios le haya perdonado— Amén.»

«Amén!», contestaron á un tiempo Julia y Doña Francisca.

«Pero, no saben ustedes lo mejor!», añadió esta última.

«Más desgracias todavía?», dijo con voz apenada D.ª María Pelaya.

«No sé cómo llamarlo— en fin, ustedes dirán. Parece que el señor Comisario de policía habia entrado en sospechas, sobre quién podria ser— el desvergon-

zado ése, que tanto ha paseado la calle á nuestra señorita—»

Nadie habia pronunciado el nombre de Mendoza hasta entónces en casa de Figueroa. D.ª María le habia zaherido siempre indirectamente; pero, como nunca le nombraba, tampoco lo quiso hacer Julia, al principio por desden, y luégo por vergonzosa complicidad. Mas, al presente, D.ª María, dando rienda suelta al enojo, y eso que ignoraba cuanto en la noche anterior habia acaecido, no pudo ménos de exclamar:

«Qué le ha pasado al falso Mendoza, que debe de serlo en su apellido, como en todo?»

«Quite usted, señora; si ha pasado el lance más increible que se puede imaginar!»

«Vamos, siga usted, D.ª Francisca.»

«A eso voy, señorita Julia; sino que lo estoy contando, y me pareceria imposible, á no habérmelo estado diciendo, pocos minutos hace, la misma esposa del señor Comisario de policía.»

«Pues, con eso no hay duda», dijo D.ª María, «sigue, Francisca.»

«Cierto que no— allá voy, señora. En fin, para acabar pronto, diré que el Comisario, viendo que por las noches solian salir, á eso de las once, casi siempre juntos D. Blas y Mendoza; y habiendo ademas recibido

aviso de Madrid; fué primero á casa de éste, y no le halló; en seguida fué á casa de D. Blas, sin hallarle tampoco, y aun el ama de llaves, única persona que en la casa habia, se mostró temerosa de que á su amo le hubiese sucedido algo, pues tardaba más que otras noches en venir. Es el señor Comisario de policía hombre muy valiente; así, pues, mandando al celador que le acompañaba, le esperase en la calle; ocultándose para que nadie le viera, pero estando atento para acudir en cuanto se le llamára; él se quedó dentro de casa de D. Blas, en conversacion con el ama.

»A poco, subió la escalera un hombre con atropellados pasos; llamó, y apénas hubo entrado, Mendoza; que era el tal hombre; tapó la boca al ama y buscó un arma, sin duda para matarla; mas viéndose sin ella, acaso por haberla perdido, la metió un pañuelo en la boca, y amarrándola con una gran faja muy mojada que llevaba consigo— la echó sobre la cama, poniendo ademas encima de ella un colchon—»

«Jesus, qué horror!», exclamó Julia sin poderse contener.

«Bien sabía yo que el tal Mendoza era un malvado!», añadió D.ª María, «y el Comisario, qué hacia entre tanto?»

«Escondido, señora, y acechando al ladron—»

«Al ladron?»

«Al ladron— cabalmente, porque Mendoza fué á un arca, en donde ya sabía, sin duda, que D. Blas tenía el dinero— y miéntras la estaba forzando, pareció de pronto el Comisario con un par de pistolas— Mendoza se quedó un momento parado, diciendo no haria resistencia; mas, habiendo querido huir, el Comisario le disparó un pistoletazo, hiriéndole— pero Mendoza no se detuvo, por lo cual recibió un segundo pistoletazo, que le hirió motalmente, haciéndole caer en brazos del celador, que á la sazon, y llamado por el ruido, entraba en la casa—»

«Y qué más?» dijo D.ª María.

«Nada más, señora, sino que el Comisario confrontó las señas, que no há mucho, habia recibido de Madrid y Sevilla, y halló que el tal D. Diego Hurtado de Mendoza no era sino un jitano, llamado Diego Alamillo, natural de Triana, ladron cuatrero, despues ladron en cuadrilla, y acusado de várias muertes—»

«Pero, todo eso es verdad?», dijo D.ª María.

«Como que el mismo Diego Alamillo lo acaba de confesar, ántes de morir.»

«Madre mia!», exclamó Julia, pálida como la cera, apoyándose en una silla para no caerse, y tomando

de la mano á D.ª María, «necesito hablar con usted á solas.»

«Como quieras, hija mia. Te has puesto mala? Francisca, cierra esa puerta, que ya te llamaré— Siéntate, hija mia— siéntate á mi lado— así— vamos, habla—»

Julia se dejó traer y llevar por su madre, cual si hubiera perdido del todo el uso de los sentidos y de la voluntad. Al cabo, inclinando la cabeza, poniendo los ojos en el suelo y haciendo supremo y doloroso esfuerzo, fué refiriendo á su madre cuanto la acababa de suceder— . . . .

Largo rato duró la confesion. Al concluir, Julia inclinó la cabeza, tambaleándose, á pesar de estar sentada, y cayendo, por último, sin sentido en brazos de su madre.

CONCLUSION.

Al año, y cabalmente en el propio dia de Abril que el anterior, sacaban cuatro sepultureros, en hombros, un negro ataud de casa de Figueroa, yendo detras una hermana de la Caridad, con los ojos fijos en el suelo, y llorando. En el ataud iba el cadáver de la señora D.ª María Pelaya Figueroa de Figueroa; la hermana de la Caridad era su hija. Doña Francisca habia muerto hacia más de seis meses.

El ataud atravesó todo el pueblo, hasta llegar al cementerio, más allá del puente de San Anton. No hubo nicho ni lugar aparte para los restos de la noble dama; abrieron un hoyo, y á su borde cayó Julia de rodillas, llorando y rezando. Echaron el ataud en lo hondo; y ya que el sepulturero hubo acabado de cubrirle de tierra, exclamó con fria y terrible indiferencia, propia del oficio:

«Levántate ahora!»

Julia siguió rezando sobre la sepultura de su madre, hasta que la fueron á decir que se cerraba el cementerio; besó entónces aquella tierra, última morada de su triste madre, y salió al camino real de Madrid.

Como una hora despues, la diligencia que de Cuenca iba á la córte, se detuvo, para que la *hermana de la Caridad* subiese á la rotonda.—

Las últimas noticias que hay de Julia son harto atrasadas: únicamente se sabe que se embarcó para Buenos Aires, desde donde se puso al punto en camino hácia lo interior de Patagonia, con otras compañeras y la superiora, para establecer una casa de misericordia en aquella tierra desierta, de asperísimo clima y salvajes habitantes.—

La casa de Figueroa la ha derribado un prohombre, quien dice estaba guardado para él acabar con el feudalismo en España; por lo que va á vender el terreno, y parte de los materiales, para con los demas construir en Carretería un casucho al uso de Madrid.

FIN DE LA HOZ DEL HUÉCAR.

EL CERRO DE SAN CRISTÓBAL DE MÁLAGA.

EL CERRO DE SAN CRISTÓBAL,

DE MÁLAGA.

Baña apacible el mar Mediterráneo los ramos postreros de la más alta sierra granadina; acontece, al ir por tierra de un puerto á otro, tener que pasar, hundiéndose en la húmeda arena y sorteando las olas, miéntras se alzan enhiestos cerros que amenazan ruina, cuando el caminante, al deslizarse por sus basas terrosas y deleznables, desconoce el peligro, ó bien le arrostra.

De trecho en trecho se ven fertilísimas vegas, en donde el clima, el abrigo de las sierras y la cercanía del mar, se aunan para convertirlas en verdaderos paraísos de hermosura y abundancia; allá crecen, al lado de los chopos de Lombardía, las palmas de los oásis africanos, y á pocas horas de las nieves perpé-

tuas, se ven extensos campos cubiertos de caña de azúcar.

De aquellas formidables oleadas de azules montañas y cerros amarillentos forma parte el de San Cristóbal, á cuyos piés se levanta, separándole del mar, el de Gibralfaro, no atreviéndose á competir con él en altura, si bien le aventaja en importancia histórica y en los edificios que sostiene en su cumbre y laderas.

No es, con todo, el cerro de San Cristóbal completamente desconocido, ni dejan de mencionarle las crónicas de nuestro glorioso pueblo, cuando llega el momento de relatar el sitio de Málaga por los Reyes Católicos.

I.

Era ya mediado Mayo del año de nuestra salud 1487, y del imperio de los alárabes, 899 (1), cuando

(1) Luis del Mármol Carvajal, *Historia del rebelion y castigo de los moriscos de Granada.*

el ejército cristiano, despues de tomar á Velez-Málaga, caminó por la orilla del mar la vuelta del emporio marítimo de Granada. Gobernaba las armas Fernando V en persona, llevando bajo sus órdenes copia de ilustres ricos-hombres é insignes capitanes. Todas ó la mayor parte de las provincias de España habian enviado soldados, y el maestre de Santiago iba á la vanguardia con sus caballeros y las valerosas compañías de Galicia.

Estorbaban el paso al ejército los bagajes, numerosos en demasía; y la estrechez y dificultades del camino eran tales, que las diferentes banderas apénas iban formadas, tardando largas horas en tan embarazosa jornada. Puesto el maestre de Santiago á la vista de Málaga, halló el paso cerrado, pues era imposible atravesar la estrecha garganta entre Gibralfaro y San Cristóbal, el cual estaba tambien de antemano guarnecido de moros. Bien conocian éstos lo mucho que les importaba conservar el cerro, desde donde la artillería de los cristianos; si harto atrasada en aquella edad, con todo, temible y destructora; podia causar grandes daños al castillo, más bajo y dominado, segun la expresion vulgar hoy en la milicia.

En esto, los moros del cerro, que á vista de los de Gibralfaro, mandados por Hamet el Zegrí, esperaban

en arma, no sin zozobra, mas con rostro sereno y animosa resolucion, la embestida de los cristianos, vieron venir de frente dos bandas de peones, miéntras en pos seguia un cuerpo de caballeros, tomando á la izquierda; ágiles y diestros los musulmanes, embrazaron adargas, asestaron ballestas, dispusieron espadas y gumías, enviando sus arcabuceros recia rociada de balas á los cristianos, quienes siguieron lenta y pausadamente adelantando.

Sorprendíanse los moros, hechos á entrar siempre en batalla con fieras y rabiosas voces; costumbre á menudo seguida de los cristianos fronterizos; al ver á sus acometedores, y el silencio en que á la sazon venian. Los caballeros, revestidos de acero, ostentando en los pechos la roja y gloriosa insignia de Santiago, y montados en poderosos bridones, se detuvieron no léjos de la garganta, como esperando el resultado del ataque de los peones, á quienes en efecto correspondia la honra de comenzarle.

Era el andar de éstos, como ya hemos dicho, lento, y aun semejaba indeciso; tanto, que los moros cobraron nuevos bríos á vista del aparente encogimiento é incertidumbre de sus enemigos; con todo, al ver que el chasquido de las ballestas y el estallar de los arcabuces no detenian á un solo peon, sino aquellos que

habian sido heridos ó muertos, creció la sorpresa de los valientes musulmanes, maravillados ya del extraño aspecto de aquellos hombres, que estaban lo suficiente cerca para verse su traje y fiero ademan, encendidos rostros, anchos pechos, monteras y capellinas adornadas con ramos de plantas de su tierra, harto secos y marchitos, pocas armas arrojadizas, espadas de dos filos, pesadas mazas, temibles hachas de hierro, cuyo solo peso fuera parte para abrumar hombros ménos robustos de aquellos que las sustentaban.

Mas los señores del cerro, olvidando ya la primera sorpresa, insultaban á sus enemigos, motejándoles de cobardes y provocándoles con todo género de denuestos en *algarabía* ; no daban muestra aquellos cristianos de entenderles, bien porque la distancia no les dejase oir las injurias, ó ya por otra razon harto más sencilla : nacidos en Galicia, á considerable distancia de tierras habitadas de moros, era la *algarabía* tan desconocida para ellos, como corriente y usual en otras tierras.

Estaba escrito que los musulmanes habian de ver y oir en aquel dia cosas nuevas y enteramente desconocidas ; en vez de las trompas y clarines con que esperaban se alentasen sus enemigos á la pelea, vieron

en las más cercanas hileras hombres con sendos cueros debajo del brazo, llenos, al parecer, de aire; instrumentos de extraña forma, los cuales despedian largos y prolongados gemidos, aun despues de haber cesado los músicos de soplar.—

II.

Callaron éstos, y sólo se oian las pisadas de los peones, que producian ruido temeroso y acompasado: es fama y tradicion entre los hijos de los conquistadores, dueños hoy de aquellos campos, que un moro, nacido orillas del Guadalmedina, y por lo tanto, gracioso y decidor, se volvió entónces, apoyando la punta del corvo sable en el suelo, y habló á sus compañeros estas palabras:

«Por Allah y por las barbas del santo patriarca Abraham, injusto esposo de nuestra madre Agar, no temais, amigos; de niño estuve una primavera en Sevilla, y allá vi lo que llaman el Santo Entierro; ha-

beis de saber que esos hombres que contra nosotros vienen, son los cargadores que asisten á la procesion con hopalandas, llevando á cuestas los dioses de los paganos.»

Riéronse todos, ménos un famoso Gomer, de cetrino rostro, barba revuelta y torva mirada, que era el jefe; el cual peleaba entónces á pié, por el deseo que tenía de reñir batalla cuanto ántes con los cristianos. Volvióse, pues, el fiero africano, diciendo:

«Ya sabía yo que los musulmanes españoles eran descreidos y tenian por costumbre burlarse de Allah y de la ley de su santo Profeta— tengan cuenta no les haga perder la risa las fuerzas de que pronto habrán menester para echar abajo á esos perros, que, ó mucho me equivoco, ó gente son de más bríos de los que el mozo se presume.»

Callaron todos ante el enojo y experiencia del hijo de los Gomeres, y volvieron á clavar los ojos en los cristianos. Habíanse éstos detenido al pié del cerro, sin que uno solo cejára hasta entónces, á pesar de las rociadas de arcabuces y flechas que los moros enviaban á su salvo. Mas de pronto cesaron arriba las voces y denuestos, al oir un feroz y aterrador alarido, levantado á una por todos los gallegos, quienes al mismo tiempo arremetieron. Trepaban á buen paso

por el cerro, unos á la derecha, otros á la izquierda, por el lado opuesto al de Gibralfaro.

No esperaban los moros tan pronta embestida de aquellos, al parecer, tímidos corderos; con lo que, ahogando el temor causado por los *aturutos*— gritos— de los gallegos, se dieron prisa á pelear, bastándoles en el primer encuentro corto esfuerzo, pues la pendiente del cerro era por demas ágria, falso y movedizo el suelo, cabalmente por donde subian los cristianos, dado que por la parte de Gibralfaro se habrian visto entre dos fuegos.

Perdido el terreno, los gallegos se retrajeron á los arroyos que corren al pié del cerro, y alentados por el Comendador de Leon y demas jefes, volvieron á trepar con serena valentía. Espantoso reencuentro : los moros reñian mejorándose en lo alto; los gallegos morian ántes que cejar, sustentando con una mano el cuerpo para no rodar al precipicio, lidiando con la otra y ensañándose en aquellos enemigos de Dios, á quienes tan poca costumbre tenian de ver, y miraban por hijos del demonio.

Segunda vez rebatidos los indómitos hijos de Galicia, siguieron peleando en los arroyos, cuerpo á cuerpo, seis horas. Los golpes de los moros eran más repetidos; los de los gallegos más tremendos;

aquellos herian harto á menudo, éstos mataban siempre; reñian unos y otros, sin implorar ni conceder la vida.

Tan fiera y tenaz contienda, en la que todos estaban resueltos á morir, ántes que abandonar la empresa, no podia ser favorable al más valiente, pues por ambos lados era igual el esfuerzo, sino al más constante. Los gallegos, llevando á su cabeza al Maestre de Santiago, subieron de nuevo y con irresistible empuje, sin que los moros, cansados ya de tan rabiosa lid, lográran impedírselo. Aun seguian los más firmes defendiendo arremolinados la cumbre, cuando el valeroso Luis Maceda, alférez de Mondoñedo, se mostró buen soldado abriéndose paso por medio de los musulmanes, tremolando su estandarte con gran esfuerzo y valentía, hincándole en seguida en lo más alto; á cuya vista, arrebatados de entusiasmo, le siguieron sus compañeros, rodeándole y haciendo á los moros desamparar la cumbre: huyeron éstos, y aunque de vencida, todavía se volvieron á hacer rostro más de una vez, valiéndose de cuantas armas hallaron á mano.

Franqueado el paso, merced al esfuerzo de los gallegos, pues las demas batallas del ejército habian tenido que contentarse con tremolar las banderas y dar

voces desde lo más ágrio de la sierra (*Historia de Granada*, por D. M. Lafuente Alcántara), pudo el Rey Católico establecer el sitio en regla. Por el lado opuesto al de Gibralfaro, y al resguardo de sus fuegos, se hizo un camino para subir la artillería á la cumbre; camino por donde subirémos tambien, por más que sea trabajoso y difícil, sirviéndonos siquiera de ejemplo los valerosos gallegos, quienes, léjos de tener todo el espacio y facilidad que nosotros, no podian moverse sin fatiga, ni dar un paso que no les llevase á la muerte.

III.

Ante todo, bueno es advertir que no hay sitio en todos aquellos alrededores, inclusa la torre de la catedral, desde donde se descubra vista semejante á la que contempla uno, admirado, desde el cerro de San Cristóbal.

Al través del vaho salado, en los últimos fines del horizonte, dan muestra de sí, semejando blancas é

instables nubes, los montes de África; por el mar, de risueño azul, vuelan, remedando anchos copos de nieve, en donde reverbera el sol con resplandor sin igual, numerosas velas, que soplo invisible empuja; unas menguan y desaparecen como si insensiblemente las fuera tragando el abismo, y otras crecen y aumentan, conforme se acercan en demanda del Estrecho de Gibraltar.

Resalta por mitad la catedral en las azules olas y en el radiante cielo; su gallarda torre, harto inferior al cerro, parece un coloso en comparacion de cuantos edificios la rodean; Málaga yace á nuestros piés; á poca distancia arranca la ancha calle de la Victoria, y siguen las demas, estrechas y tortuosas, hácia la basa de Gibralfaro; sorprende el no ver más azoteas en clima tan benigno, y se echan tambien de ménos las medias naranjas de las iglesias, las cuales, en su lugar, tienen techos en forma de conos truncados, siendo notable que las únicas linternas, semejantes á las buhardillas de Madrid, que saltan á la vista, estén en los techos de los templos.

A nuestra derecha yace el histórico convento de la Victoria, en cuyo terreno, que era la huerta de Acibar en tiempo de la reconquista, tremoló el pendon del Rey Católico; mas acá el Calvario, cuyas cruces

van á parar á una blanca ermita; siguiendo adelante, un cercado lleno de cipreses— paz á los muertos en el cementerio; paz á sus almas en el seno de Dios!— Pasado el Guadalmedina, ó rio de la ciudad, seco casi siempre, pero imponente y aterrador en dias de lluvia, se ven los barrios del Perchel y la Trinidad; sobre sus casas descuellan las chimeneas de las fábricas, cuyo humo empaña á veces la pura atmósfera malagueña; mas allá los hermosos campos de la Hoya de Málaga; el andaluz pronuncia *Joya*, y fuéralo, en verdad, de inestimable valía, á estar toda regada; el hermosísimo verdor de los maizales y de algunos chopos y álamos forma notable contraste con las tierras de pan, tristes y agostadas.

Envuelve sereno ambiente la pintoresca sierra de Mijas, de agudos picos, que tiene por remate el gracioso promontorio de Torre-Molinos; tierra adentro, cierran la Hoya los empinados y por demas agrestes ramos de la Serranía de Ronda; á la izquierda, mirando al mar, ataja el horizonte la altísima sierra Tejeda, que descuella sobre infinitos montes de diferentes formas y alturas. Por todas partes, colosales montañas ciñen en arco hasta el Mediterráneo, una de las comarcas más productivas que pueden verse. Pueblan cumbres y laderas blancas casas con sus

paseros delante, y si bien es cierto que el hijo de las provincias del Norte habrá de echar aquí de ménos la frondosidad de sus hermosos valles y la frescura de sus montañas, no hay duda que la vista es por demas grandiosa y risueña, aun cuando la vengan á entristecer los cipreses, abundantes en demasía; plaga, segun parece, de las costas del Mediterráneo; árboles de llanto y duelo, que no de alegría y fiesta, á quienes los naturales profesan tan lamentable afecto, que hasta los plantan en fila y remedando alamedas, con lo que, es preciso hallarse bajo tan risueño cielo, para que no se llene el alma de negra melancolía.

Enfrente, y ántes de llegar al puerto, lleno de infinitos barcos de vela y vapores, se descubre una perspectiva verdaderamente original y africana, formada por las ruinas de la Alcazaba, cubiertas de altas yerbas, secas y enrojecidas; con cuyo color no tienen comparacion los agostados campos de Castilla; entre las que se ven chumbas, higueras, almendros, y, elevándose hasta allí, la cima de la torre de Santiago, con arcos moriscos; una muralla sube en escalones á Gibralfaro, el cual corona el monte; y por último, más á la izquierda se vuelve á ver el mar por el sitio llamado *la Caleta*, en donde tenía sus reales el Marqués de Cádiz.

Sólo el que haya subido á San Cristóbal puede decir que ha visto á Málaga. Y ahora, mirando más cerca, nos vemos en el mismo cerro, al lado de una ermita de sencillo aspecto y rodeada por todas partes de chumbas, en cuyas verdosas pencas se leen infinitos letreros, abiertos con cortaplumas ó navaja, blancos ya por efecto del tiempo; la mayor parte están en aleman y en inglés; casi todos se reducen al nombre del autor y la fecha en que se escribieron; un letrero en frances dice: *Un amant de la nature.* La vista del cerro de San Cristóbal merecia algo más, ó mucho ménos—

IV.

En lugar del áspero camino por donde hemos venido, y que está de la misma manera que se abrió para subir por él á la cumbre las lombardas cristianas, vemos por este lado ancha vereda, que baja, formando suaves pendientes, hasta la fuente *de la Manía;* siguiendo en derredor, se ve una casa, llamada,

á usanza de la tierra, lo de Crooke; su forma y construccion son indudablemente campestres; con todo, da tristeza el ver aquella preciosa casa suiza, rodeada de rala y miserable yerba y de plantas de color apagado ó completamente agostadas: *suum cuique*, cada clima requiere edificios de diferente modo construidos; los que edifican los ingleses en la India, rodeados de *verandahs;* cuyo nombre proviene acaso del español *baranda,* serian verdaderamente á propósito para el benigno cielo de Málaga. Ni es la casa de Crooke la única de las que se ven en torno que tengan nombre extranjero, pues al lado opuesto, en la cumbre de un cerro, se ve lo de Hope; manera de llamar las haciendas un tanto extraña, mas pronto se hace uno al uso, y no le sorprende: siguiendo la cañada por el arroyo Jabonero adelante, se ve, á la falda de ágria eminencia una pintoresca casita con su *sombrajo* ó cobertizo delante de la puerta, y rodeada de almendros, algarrobos y chumbas; llámase lo de Tellez; sus dueños son harto conocidos de los malagueños por la amabilidad con que reciben á cuantos se presentan á sus puertas: hablamos por veraces y agradecidos.

Todos estos montes, que desde el mar presentan rojizo aspecto y estéril apariencia, son de lo más rico

y fértil, no sólo de España, sino del mundo; el vino que producen compite con el de Jerez; sus almendras y pasas de uvas moscateles son las mejores que se conocen. En los infinitos arroyos que corren lamiendo las basas de los cerros, se crian plantas aromáticas y medicinales sin número; cabe la amarilla flor del chumbo, se gallardea el blanco jazmin; entre las esparragueras, de suave fragancia, nacen al par romero, tomillo y alhucema ó espliego; al pié de las esbeltas pitas, embalsaman el ambiente matas de zarzaparrilla; el guayabo y el naranjo, de hojas parecidas, se mecen no léjos del álamo blanco; todo tiene aspecto original y característico, segun ahora se dice.

Al caer de la tarde, la fragancia que prevalece por los secos cauces de aquellos arroyos, es tan fuerte, que marea; quien á tales horas pasa por allá, solo y en silencio, deja de oir la voz de la sangre, y por lejana que esté de aquellos campos su cuna, experimenta irresistible deseo de quedarse á vivir para siempre en tan hermoso rincon de España, que, semejante á la tierra de los Lotofagos, pone en olvido á la patria.

V.

Mas, volviendo á la cumbre, sin que nos distraiga la soberbia perspectiva que encanta y enamora, miéntras á nuestros oidos llegan, hendiendo el aire sereno, vibrando en nombre de Dios, tardas, graves, lentas, las campanas de la catedral, ponemos los ojos en la ermita, y— juráramos que aquellas blancas paredes nos piden, con mudas é invencibles razones, una lápida, que diga en letras de bronce lo siguiente:

A LA MEMORIA
DEL ESFORZADO ALFÉREZ DE MONDOÑEDO,
LUIS MACEDA, Y DE SUS ANIMOSOS HERMANOS DE GALICIA,
CONQUISTADORES DEL CERRO DE SAN CRISTÓBAL.

FIN.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE.





